Ángel Guerra

La lapa y otros cuentos

Angel Guerra

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

16

LA LAPA Y OTROS CUENTOS

Edición de Antonio Cabrera Perera


Biblioteca Básica Canaria

Ángel Guerra

LA LAPA Y OTROS CUENTOS

Islas Canarias
1989

ISBN: 84-87137-16-4

Depósito Legal: M. 24.267-1989

Fotomecánica e impresión:
MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN

ÁNGEL GUERRA Y LA LITERATURA REGIONAL CANARIA

A finales del siglo XIX aparece en Canarias el movimiento regionalista. Ángel Guerra (seudónimo bajo el que se oculta el escritor lanzaroteño José Betancort Cabrera) representa uno de los hitos más importantes de ese movimiento.

Surgió entonces un grupo de jóvenes intelectuales que intentan acabar con la apatía e indiferencia en que se hallaba sumido el arte literario de nuestro país; y, sobre todo, querían terminar con la inercia en que se encontraban nuestros escritores.

Su intención era crear una literatura a base de las tradiciones propias y de la historia local. Un pueblo en nada refleja tanto su carácter como en las obras artísticas que produce. Pero sin tradición y sin historia propias es casi imposible la existencia de una literatura regional.

El lazo de unión de los individuos para formar las nacionalidades no es el afecto mutuo y colectivo; es la unánime aspiración en el porvenir y el respeto común a los recuerdos del pasado.

Y ese hálito de vida que anima a los pueblos es el factor principal de las literaturas regionales.

Pero en Canarias había algunos escritores, algún joven temeroso que, de vez en cuando, llevaba a las columnas de los periódicos ideas nuevas y nobles; que quería salir de

aquel estado de anquilosamiento, como fuera. Pero eso no bastaba. Faltaba algo tan importante como un jefe, el cabecilla que se pusiera al frente del nuevo movimiento y que fuera abriendo paso a las huestes que indudablemente le seguirían.

Pues bien. Ángel Guerra fue el paladín de ese movimiento. Fue quien decidió dar el primer grito y poner el ejército en marcha.

En sus escritos expone claramente y repetidas veces lo que entiende por regionalismo y por literatura regional; va dando pautas para que el vigor espiritual de los escritores noveles no se pierda o no se derroche; y lanza, a través de la prensa, sus gritos de esperanza y de aliento.

Y, una vez erigido en director indiscutible del movimiento regionalista, da ánimos, escribe, contempla, critica y su pluma se convierte en portavoz. Y sus palabras llegan valientemente desde las islas a la Corte, entonces tan lejana. Y hacen exclamar a Juan Ramón Jiménez:

> «Espíritus aislados luchan con valentía... lanzando un reto a la crítica imbécil que en todo se ocupa menos en juzgar y educar. José Betancort (Ángel Guerra) nos envía de vez en cuando, desde su rincón de Canarias, una bocanada de brisas frescas cargadas de aromas sanos, de efluvios de su alma consagrada al estudio y al trabajo.»

Pero una novedad importante de la literatura regional que preconiza Ángel Guerra es que esa literatura no debe ser estrecha de miras, no debe encerrarse en medio de nuestras peñas atlánticas. Como el ave que vive y ama en el nido donde naciera, porque es suyo, pero que tiene alas con que volar, debe tender su vuelo a la azul inmensidad, a lo infinito que es de todos.

Sin embargo Ángel Guerra no se limitó a ser un mero incitador o a escribir algún que otro artículo sobre el regionalismo en general o la literatura regional en Canarias en

particular, sino que él mismo se convierte en uno de los narradores regionalistas canarios y, en opinión de las voces más autorizadas, llega a ser uno de los mejores. Aunque yo, siguiendo la línea de modestia que él se trazó a lo largo de su vida, prefiero decir que si, dentro de esa narrativa canaria, no es el primero, está entre los primeros; y, si no es el mejor, está entre los mejores. Pero nadie podrá discutir nunca que fue un narrador de notable altura y de indudable mérito; y que, por lo que significó en su momento, nadie podrá discutirle tampoco, ni por vocación ni por méritos, el privilegio de ser el mejor y el primero.

NARRACIONES CANARIAS DE ÁNGEL GUERRA

Ángel Guerra escribió diez narraciones de tema regional canario: «Al sol» (1903), «Cariños» (1905), «Mar afuera» (1907), «Al jallo» (1907), «El justicia del llano» (1908), «De mar a mar» (1908), «Rincón isleño» (1911), «La casta de los Luzardos» (1911), «A merced del viento» (1912) y «La lapa» (1927?).

Para esta breve antología de su obra que se publica bajo el nombre de «La lapa y otros cuentos», he seleccionado, además de «La lapa», otras dos bellas narraciones: «El justicia del llano» y «Cariño eterno».

«La lapa» es la novela más difundida y por ello más conocida de Ángel Guerra. De ella dice Sebastián de la Nuez Caballero que le parece una de las mejores novelas regionales que tenemos.

«El justicia del llano» es una novela que, a pesar de que se anunció como publicada independientemente en 1908, nunca llegó a ver la luz de esa manera. Sólo se la conoce por la versión que hizo de ella en «Rincón isleño», un ramillete de narraciones y cuentos de motivos isleños publicada en París en 1911.

Así como Homero cantó en la «Odisea» la epopeya del mar, y en la «Ilíada» la epopeya de la tierra; o de la misma manera que nuestro gran Néstor llevó a los lienzos el Poema del mar y el Poema de la tierra, Ángel Guerra entonó asimismo en dos de sus novelas un canto al mar y un canto a la tierra. «La lapa» sería su epopeya del mar, «El justicia del llano», su epopeya de la tierra.

«Cariño eterno» es uno de los cuentos predilectos de Ángel Guerra y, como veremos, fue el primero y el último que publicará.

LA LAPA

«La lapa» apareció por primera vez en 1908. Ángel Guerra estaba entonces en París como redactor de «La Correspondencia de España» y fue publicada por la editorial La Unión de Barcelona. Formaba parte de una novela que se titulaba «De mar a mar». «De mar a mar» contenía dos narraciones, «A bordo», que ya se había publicado en 1901 como un boceto santanderino, una clarísima imitación de «Sotileza» de Pereda; y «La lapa», totalmente inédita, una narración de costumbres marineras canarias.

Más tarde, entre 1927 y 1930, el periodista tinerfeño Leoncio Rodríguez la volvió a publicar en su Biblioteca canaria, entresacándola del libro «De mar a mar» con unas ligeras variantes.

Finalmente, en 1978, Ediciones Cátedra de Madrid publicó la edición más completa y cuidada que se ha hecho, una edición crítica, que ha servido para difundirla definitivamente.

«La lapa» es hoy, para los que no conocen bien la trayectoria literaria de Ángel Guerra, su obra más importante.

«La lapa» es una novela en la que el mar es el escenario casi permanente, con los pequeños barcos de vela, con los barcos de cabotaje y con un terrible naufragio en una noche de tormenta.

Aunque en ella nos cuenta la triste historia de Martín, la lapa, víctima de su irresistible pasión por el mar, la novela es un verdadero canto al mar, a su misterio y a su poesía.

Hay en la novela un capítulo intermedio, titulado Intermezzo, que cumple la misma función que el «Intermezzo» tenía en una obra teatral. El Intermezzo era una pequeña composición de música teatral que se introducía entre dos actos de la obra principal. Si Ángel Guerra hubiera sabido música, tal vez hubiese escrito en música este pasaje; pero, al carecer, como él reconocía, de buenas aptitudes para la música, introduce unos párrafos poéticos que parecen totalmente innecesarios a la narración que viene contando. Yo he dicho alguna vez, que esa actitud demuestra su formación humanística y su conocimiento de la literatura griega y que ésta intervención en la que el autor irrumpe de improviso en la narración, me hace recordar la presencia del coro de la antigua tragedia griega, mitad espectador, mitad actor, que, a veces, también se asoma para expresar su ansiedad, su alegría o su temor.

Los motivos canarios salpican toda la novela. La acción ocurre en Lanzarote. Pero las demás islas aparecen también en la lontananza:

«Fuerteventura, la isla melancólicamente desolada como una planicie lunar...

»La ciudad de Las Palmas, semiafricana, medio europea, tendida en la playa, escalonándose monte arriba...

»Santa Cruz con sus riscos negros al fondo, como ciclópeos titanes en acecho...»

Aparecen los hombres canarios, con sus problemas y con sus tensiones, con su duro vivir dramático.

Y, por supuesto, tampoco faltan los rasgos de humor isleño o de punzante ironía.

Encontramos a unos chiquillos deslenguados que se burlan de un vigilante gritándole:

«Coge los güiros a tu mujer»...,

o nos divierte maliciosamente la noticia de algunos costeros que se pasan tres meses de jornada fuera y una semana en puerto; y, a pesar de ello, viene un chiquillo cada año. Es posible que el crío venga sin que coincida ni el mes, ni el día, ni la hora con la anterior y necesaria estancia del costero en puerto. Pero siempre habrá una buena comadre que sepa arreglar las cuentas al tiempo.

Como es natural, abunda en esta narración el léxico propio de las gentes de Lanzarote; y de este léxico echa mano también al hacer las narraciones; pero sin embargo la lengua que emplea en la narración es un castellano muy correcto y cuidado. Cuando escribe su obra lo hace mirando al interior de la región y se manifiesta con sus expresiones, pero no se olvida de que en todo momento quiere dirigirse a un público universal.

EL JUSTICIA DEL LLANO

Frente a «La lapa», epopeya marina, está «El justicia del llano», lejos del mar, que se desarrolla en el corazón de unos arenales soleados que se abrillantan y doran bajo la espléndida luz africana.

El tema de esta novela se centra en un crimen que se ha cometido en medio de unos arenales de Lanzarote, cuyos médanos, al parecer, guardarán un secreto más.

Pero, sin embargo, y a pesar de su dimensión, «El justicia del llano» es más bien un cuento literario que una novela.

«Novela corta» y «novela» son dos conceptos que se emplean desde hace tiempo, aunque sus fronteras no estén tan bien definidas. No debe, pues, extrañarnos, que el término «novela corta» se aplique también al cuento.

Cuando analizamos los personajes de esta obra, los encontramos invariables desde el principio hasta el fin, incluso cuando se cuenta su vida; lo que la convierte en un verdadero cuadro de costumbres en el que el autor intercala tradiciones y leyendas propias de Lanzarote; y donde hay también alusiones a su primitiva historia.

Se habla de la *última*, fiesta familiar de gran raigambre en la ciudad y en los pueblos por aquellos tiempos.

Cuando en una familia, no muy acomodada, nacía un hijo, desde el día del parto al noveno día, todas las vecinas y conocidas de la parida, e incluso algunos hombres, entraban en la habitación y no salían de ella hasta la medianoche, quedándose, después de esta hora, dos o tres personas en vela, hasta que clarease el día.

El bautizo se celebraba a los nueve días. Y *la última*, la noche del bautizo.

Había una fiesta con baile y música de timple y guitarra desde temprano y, en cada intermedio, se repartía vino o aguardiente. Generalmente el baile, los alegres cantos y el buen orden se mantenían hasta las primeras horas de la madrugada, pues, en ese momento, el alcohol empezaba ya a hacer de las suyas, dando lugar a pleitos y disputas. Normalmente los hombres apagaban el candil de un garrotazo y se armaba, dentro y fuera del aposento, entre los gritos de las mujeres y sobre todo de la parida, una pelea general que no terminaba hasta que los invitados se iban retirando, poco a poco, cansados y molidos.

La última que no terminaba de esta manera no merecía la pena.

Las descripciones que hace el autor no abundan en palabrería vana ni en adjetivos inútiles, buscados para que oculten la ausencia de ideas y disimulen la pobreza de imágenes. Son descripciones concisas, gráficas, nerviosas y fuertemente evocadoras.

La narración se desarrolla totalmente tierra adentro. Esta vez el mar es el gran ausente, aunque su rumor lejano nos acerca a él más de una vez.

«El justicia del llano» es el gran poema del jable de Lanzarote. El jable es el escenario principal y el viento, con su influencia decisiva, viene a convertirse en un protagonista activo de la obra.

No faltan las citas de lugares y rincones de Lanzarote, por los que han de pasar, en sus constantes idas y venidas, las lavanderas y los pastores: la Villa, Tiagua, Sóo, la Poceta, el barranco de Maramajo...

Pero algo muy importante en la obra es también su léxico. El autor se complace salpicando con formas propias del habla canaria toda la narración, poniéndolas en boca de los personajes. Algunas de estas voces son de auténtico origen indígena, otras son simples deformaciones del castellano-andaluz y no falta tampoco algún arcaísmo que se ha conservado, a lo largo de los siglos, en la boca de nuestras gentes.

«La lapa» y «El justicia del llano» están inspiradas totalmente en Canarias. El propio autor confiesa que los personajes que bullen en sus obras son personas que ha conocido y con quienes se ha codeado. Los paisajes bellos, extraños, algo original y especial de nuestro país, son sobre todo de su tierra lanzaroteña, más hermosa en su interior evocada por el recuerdo y más querida cuanto más distante.

Los rasgos de nuestras costumbres típicas están muy bien observados y traídos con mejor arte a las páginas de la narración, dándoles un encanto admirable.

Aunque el tema insular le parecía entonces de difícil factura artística por estrecha de horizontes, por su ambiente reducido y por su nota de color invariable y única, sin embargo la vida con que bulle, lo que tienen en detalles salientes sus costumbres, la idiosincrasia característica de sus tipos, los matices del alma regional, pueden caber muy bien en los moldes de un cuento a la moderna.

CARIÑO ETERNO

Ya hemos dicho que *Cariño eterno* fue el cuento predilecto de Ángel Guerra, a tenor del número de veces que lo sacó a la luz. Lo publicó por primera vez en el «Diario de Las Palmas» el 17 de mayo de 1898; lo recogió de nuevo en uno de sus primeros libros (Aguas primaverales, 1900); lo repitió, a continuación, en distintas publicaciones, casi una decena de veces; lo vuelve a reeditar, aunque cambiándole de nombre, *La vieja*, en «Agua mansa» (1906) y finalmente volvió a publicarlo dentro de la que fue su última obra, «Andanzas y añoranzas» (1930).

Ángel Guerra está viejo y nos dice que ya comienza, casi, a vivir de los recuerdos.

En *Cariño eterno* llama la atención el encuentro final con la vieja protagonista, que yo interpreto como el encuentro del autor con todo su pasado; y que siempre he considerado una nota más para definir a Ángel Guerra como uno de los hombres de la generación del 98. En el recuerdo infantil la realidad aparece circundada por un nimbo heroico e incitante, como dice Laín Entralgo. En la elaboración ulterior de ese recuerdo se muestra transida del dolor triste y fatigado que tienen las almas a la vista de lo que pudo ser y no fue.

Aunque en *Agua mansa* el cuento cambió de título y sufrió una serie de interpolaciones, el texto que se repitió en todas las demás publicaciones, incluyendo la de «Andanzas y añoranzas» (1927), fue el mismo que publicó en «Diario de Las Palmas» en 1898. Esa primitiva versión fue, sin duda, su versión favorita y por tanto la que considero que debe darse al lector de hoy.

NUESTRA EDICIÓN

Para la presentación del texto de esta edición, he tenido presente la primera edición de «La lapa» en 1908 (de la obra «De mar a mar»); la versión de «El justicia del llano» es la que aparece en «Rincón isleño», obra publicada en París en 1911; y la versión de «Cariño eterno», la de «Diario de Las Palmas» en 1898.

Hemos unificado criterio en relación con los vulgarismos y léxico propio de las islas. Por ejemplo, el autor escribe unas veces *cabosos* y otras *cabozos*; y considerando que en Canarias no se pronuncia la z, se trascribe siempre *cabosos*. También estas voces, que unas veces aparecen en cursiva y otras veces entre comillas, y, a veces, indistintamente en cursiva o entre comillas, las hemos unificado poniéndolas todas en letra cursiva.

En cuanto a la ortografía ha sido totalmente puesta al día.

Por último hemos introducido, al final de la obra, una lista de voces canarias, sin pretensiones etimológicas ni lingüísticas, para que el lector no muy versado en nuestro léxico patrimonial pueda recrearse con la lectura de las obras sin tropiezos dialectales insalvables.

ANTONIO CABRERA PERERA

II. LA LAPA

UNA PÁGINA DE MI NIÑEZ

Mi abuelo era un buen hombre. Tengo la vanidad de creer que entre todos sus nietos, y hemos sido bastantes, yo era el predilecto.

Siempre tenía una frase en la boca: *cuando yo fui militar...* Decíala viniese o no a cuento. Sobre todo la entonaba con un aire de orgullo, como si allá en sus mocedades, en sus tiempos de soldado, hubiese sido Mariscal del Imperio.

No pasó de Sargento. Aún recuerdo, evocando inolvidables memorias de la infancia, aquel morrión descomunal que, como un trofeo sin gloria, colgaba de un clavo en la pared de un húmedo desván, y el sable oxidado, con la funda llena de moho, rígido, en un rincón.

Muchas veces el pobre abuelo me cogió de la mano y me llevó a verlos. Yo confieso que, por la frivolidad infantil, nunca sentí ninguna emoción ante aquellos arreos marciales. Tentado estuve una vez de pedirlos para jugar con los compañeros a la tropa allá en el huerto de casa, cuyas tapias escalaban las yedras, al caer de la tarde cuando salíamos de la escuela. No los pedí en buen hora. Tal vez en un minuto hubiese perdido toda una vida de cariño, ese rango de predilección que mi corazón, o tal vez sólo mi vanidad, han soñado que conquisté.

Contuve mi súplica al ver los ojos de mi abuelo enrojecer de pronto, cuando hacia los suyos levanté los míos, y advertir

que su mano trémula que pasó por sus párpados estaba mojada.

Y a renglón seguido su voz de viejo repetíame de nuevo:

—Cuando yo fui militar...

Instintivamente, ahora no sé explicarme el por qué, mi boca de niño fue a buscar aquella mano temblorosa y húmeda, y la besó. Ha sido la primera vez en mi vida que conocí el sabor de las lágrimas.

¡Tristezas del destino! Las andanzas del vivir nos separaron. Yo abandoné, al azar de mi suerte, el cálido nido que me albergara, piadoso y amante, de niño; dejé para siempre, al rodar por el mundo, la casa humilde donde mis abuelos vivieron y murieron.

Y ahora, yo siento amargos remordimientos. Mi pobre abuelo descansa, en la eterna paz de los sepulcros, bajo la tierra madre, la tierra natal donde quisiera que un día fueran a encontrar reposo mis pobres huesos. ¿Qué habrá sido del morrión descomunal y del sable enmohecido? Mi olvido es culpable. Yo debí prevenir la suerte que habían de correr esos míseros arreos. ¡Dios sabe dónde estarán!

Cierto. Hubiese sido una ridiculez; tal vez muchos lo hubieran tomado a cuenta de sacrílega profanación. No; era un tributo de cariño, enaltecer una santa memoria.

Mis propias manos hubiesen puesto sobre el féretro del abuelo muerto el viejo morrión y el sable mohoso.

Y ellos, con su elocuencia muda, con su pompa guerrera, hubiesen repetido la voz del muerto:

—Cuando yo fui militar...

* * *

Nunca perdió su aire marcial. Hasta la vejez conservó sus bigotes fieros y aquella mosca como una mancha negra

a ras del labio inferior. Esto le daba un aspecto imponente. También su voz áspera, que hablaba con brío, infundía respeto. Sólo el mirar de sus ojos, llenos de dulcedumbre, delataba al momento sus bondades de niño.

Y ¡cosa rara! Mi abuelo que hubiese luchado heroicamente sobre los campos de batalla, que hubiese gustado del olor de la pólvora y de la sangre sin que le conmoviera el trágico espectáculo de las guerras, era un infeliz. Amaba con locura las flores. Él cultivaba el huerto de casa, solícito, con extraños enamoramientos de poeta. Yo le vi muchas veces desolado, a punto de llorar, viendo esparcidas por el suelo un montón de hojas que una ráfaga traidora de viento había arrancado a los rosales.

¡Ah! ¡Si él supiera que, después de muerto, ya no hay flores en su patio! Sobre la vieja casa en ruinas, vendida, otro edificio se ha levantado. Ya no resta nada, ni huellas. Sólo en mi corazón viven las memorias del pasado, el recuerdo de los que amé y me amaron; en mi corazón que va por el mundo, de tierra en tierra, como un niño sin madre, perdido a la ventura y a lo largo de los caminos desiertos y sin fin.

Insisto en la predilección. Si estoy en error, su piedad me valga.

Una vez estuvo gravemente enfermo. Creyóse que se moría. Se nos prohibió a todos los nietos entrar en la casa. Bullangueros y díscolos hubiésemos atormentado con nuestros ruidos al abuelo. Pero, este silencio era para él más doloroso.

Un día preguntó:

—¿Y los niños?

Se nos hizo venir a todos. Se nos encargó una compostura discreta bajo pena de azotes.

Entramos en la alcoba. Mis primos, casi de mi edad, quedáronse consternados, mudos. Cumplieron la consigna del silencio por la súbita impresión de temor que los hizo empalidecer y callar con mudez próxima al llanto. Mi prima ocultó la cabeza entre las faldas de su madre, trémula y sollozando.

Yo, valiente, miré al lecho. Entre las sábanas, descansando sobre las blancas almohadas, destacábase un rostro macilento, de ojos vivos, fieros los bigotes restos de antiguo empaque militar del abuelo. Conmovido y doliente mi corazón de niño, algo expresivo puso en la mirada.

La mano de mi abuelo hizo señas, indicando al grupo, de que se acercaran.

—¿Quién? —preguntó una de mis tías.

—El mío...

Y me señaló ya distintamente.

Yo me acerqué, besando su frente pálida, cubierta de frío sudor.

El pobre abuelo me miró largamente; cerró después los ojos como para soñar y nada dijo. Sólo sentí que su mano febril acariciaba mis cabellos, entonces rubios.

—¡El mío!...

Estas lacónicas palabras nunca las he olvidado.

* * *

Pues bien, ya sabéis cómo me quería mi abuelo. Sin embargo, me azotó un día. Fue injusto por ser justo. Su compasión para con los desgraciados le llevó a tan extremo rigor conmigo. En él pudo más en esa ocasión la misericordia que el cariño.

Fue la única vez que su mano, que nunca tuvo más que caricias para mí, y en ellas era sabia, y de ellas era además pródiga, cayó para mí implacable castigándome.

Yo he perdonado el castigo. Él también arrepintióse más tarde de su extravío en un instante de severidad ejemplarizadora, cuando se enteró de la bondad de mi conducta y de lo injusto de sus azotes. Si hubiera sido necesario, como Scévola, pusiera la mano en el fuego para purificarla.

Pero ¡pagóme tan con creces!

Hasta en sus últimos años me han contado que se condolía de aquel castigo. Considerábalo como el único remordimiento de su vida. ¡Ingenuas puerilidades del cariño, que hasta de lo que es impulso de un amor excesivo siente escrúpulos!

Contaré el caso.

Y sea el mejor recuerdo de un ser que vive en mi corazón más allá de la muerte.

EL MENDIGO

Bajo la torre de la iglesia, en la plaza del pueblo, muchas veces vi sentado al viejo, resecando sus andrajos al sol. A la vera de él siempre estaba aquel muchacho, canijo y pálido, con cara de hambre, con ojos grandes y negros, de mirar doloroso, que más tarde supe que era su hijo. Al ciego le servía de lazarillo en sus andanzas por los caminos de pueblo en pueblo, en todos los caseríos del interior de Lanzarote.

Yo tuve miedo a aquel pordiosero. Cuando paraba a la puerta de mi casa, demandando con su voz áspera y tonante una limosna, yo temblaba. Llegué hasta huir al más apartado rincón al primer aldabonazo que sonaba en la puerta, repercutiendo cóncavo en el patio y arriba en las desmanteladas habitaciones, donde mis hermanos, mis amigos y yo jugábamos en las horas de asueto. Muchas veces, casi siempre, resultaba que no era el mendigo quien acudía a nuestra puerta. Ya era alguna devota mujer que venía a pedir flores de nuestro patio para los altares, ya era algún medianero de los cortijos de mi casa que llegaba con los cestos de fruta olorosa, todavía con la acre fragancia de la huerta.

Sabía que le llamaban Martín, porque en mi casa, corteses con los pobres, se les daba limosna y respetuoso trato. Pero, a los muchachos, mis compañeros de la escuela, cuando los burlaban o perseguían, siempre los oí llamar *La lapa*. Desconocía la razón del apodo, y aunque me riñeran

en casa, yo también le llamaba por lo menos Martín *La lapa*.

Aquella figura de mendigo la tenía siempre presente como una espantosa visión de pesadilla. Han pasado tantos años y aún la recuerdo con todo su plástico relieve. He recorrido con ánimo sereno tantos peligros al correr de paraje en paraje la tierra, y todavía su recuerdo me sobresalta, como si en mi corazón revivieran mis temores de niño.

No sé qué edad tendría. Oí decir que era joven, pero entonces me pareció una ingenua mentira. Aquellos cabellos blancos, la barba salvaje muy poblada, cerdosa y cana; las arrugas profundas de la frente que llegaban como surcos hasta los lagrimales y en las comisuras de los labios como piel quemada que se retuerce, no podían ser de un hombre ni siquiera de madura edad.

Mi espanto lo causaban sus ojos. Uno estaba hueco, con una hendidura negra entre los dos párpados. El otro movíase pero como muerto. Era atroz. La pupila parda, inerte, sin vida interior, destacábase sobre la córnea lechosa, casi siempre inmóvil. ¡Y su boca! Gracias a que de continuo apretaba los labios para mantener la pipa. Cuando la abría, enseñaba la encía superior rota, donde faltaban los dientes.

Sí; era una figura trágica para mí. A los camaradas de mi edad les resultaba ridícula. Lo burlaban sin compasión. Ni siquiera se apiadaban de los lloros del chico, el pobre hijo y lazarillo al mismo tiempo. ¿Cómo se llamaba el muchacho? ¡Ah! ya recuerdo.

Tenía un nombre bíblico, altamente eufónico. Se llamaba Benjamín. Muchas veces, después, yo compartí con él mi pan de merienda cuando llegaba a las puertas de mi casa.

Cada dos semanas, poco más o menos, aparecía con las alforjas al hombro, Martín *La lapa* en el pueblo. Sus paradas eran de un par de días. Comía en cualquier rincón de la

calle, dormía al socaire de una pared y calentaba sus andrajos al sol bajo la hinchada torre de la iglesia.

Los chicos hablaban del miedo que *La lapa* tenía al agua. No se acercaba a un aljibe destechado ni a tirones y cuando oía el rumor del agua, al sacarla en el balde para que aplacara la sed, el dulce rumor al agitarla, el chasquido de las gotas al resumirse y caer, le producía escalofríos y se echaba a temblar casi como un epiléptico. Hablarle, sin intención, del mar, era como si se tentara la nerviosidad de un supersticioso.

Las comadres, por espíritu de burla, solían decirle, al darle la limosna:

—Martín: ¡vaya una roña! En la cara una costra de tierra de a palmo y la ropa cayéndose a pedazos del peso de la mugre. ¿Por qué no te bañas? Agua no falta. ¡Hay tanta en el mar!

Callaba él, sombrío. Su hijo, no sé por qué, levantaba sus ojos negros y grandes de un mirar doloroso a los de su padre que no veían, vacíos e inmóviles.

—¡Por Dios!... Dénme caridad, y no penas.

Los muchachos conocían este miedo del viejo. Cuando le alcanzaban a ver, le gritaban a voces:

—¡Agárrate, Lapa, que viene la ola!

Aquel día me fue funesto, tal vez por ser martes. Muchas veces formaba yo grupo con los demás muchachos al salir de la escuela. Los acompañaba en sus travesuras, pero sin tomar en ellas parte. Siempre fui tímido. Cuando ellos entraban en los sembrados, verdes en enero, dorados en junio, yo los veía perderse y sólo por el movimiento de la mies abatida me daba cuenta del rumbo de su jornada. Asomando la cabeza a ras de la cerca, yo los espiaba y espiaba el camino, vigilante, por si alguien venía a turbar los solaces de los traviesos camaradas. Solían pagarme con algún nido, todavía caliente, que yo apenas conservaba unos momentos, porque hubiese sido una gran locura llevarlo a

en casa, yo también le llamaba por lo menos Martín *La lapa.*

Aquella figura de mendigo la tenía siempre presente como una espantosa visión de pesadilla. Han pasado tantos años y aún la recuerdo con todo su plástico relieve. He recorrido con ánimo sereno tantos peligros al correr de paraje en paraje la tierra, y todavía su recuerdo me sobresalta, como si en mi corazón revivieran mis temores de niño.

No sé qué edad tendría. Oí decir que era joven, pero entonces me pareció una ingenua mentira. Aquellos cabellos blancos, la barba salvaje muy poblada, cerdosa y cana; las arrugas profundas de la frente que llegaban como surcos hasta los lagrimales y en las comisuras de los labios como piel quemada que se retuerce, no podían ser de un hombre ni siquiera de madura edad.

Mi espanto lo causaban sus ojos. Uno estaba hueco, con una hendidura negra entre los dos párpados. El otro movíase pero como muerto. Era atroz. La pupila parda, inerte, sin vida interior, destacábase sobre la córnea lechosa, casi siempre inmóvil. ¡Y su boca! Gracias a que de continuo apretaba los labios para mantener la pipa. Cuando la abría, enseñaba la encía superior rota, donde faltaban los dientes.

Sí; era una figura trágica para mí. A los camaradas de mi edad les resultaba ridícula. Lo burlaban sin compasión. Ni siquiera se apiadaban de los lloros del chico, el pobre hijo y lazarillo al mismo tiempo. ¿Cómo se llamaba el muchacho? ¡Ah! ya recuerdo.

Tenía un nombre bíblico, altamente eufónico. Se llamaba Benjamín. Muchas veces, después, yo compartí con él mi pan de merienda cuando llegaba a las puertas de mi casa.

Cada dos semanas, poco más o menos, aparecía con las alforjas al hombro, Martín *La lapa* en el pueblo. Sus paradas eran de un par de días. Comía en cualquier rincón de la

calle, dormía al socaire de una pared y calentaba sus andrajos al sol bajo la hinchada torre de la iglesia.

Los chicos hablaban del miedo que *La lapa* tenía al agua. No se acercaba a un aljibe destechado ni a tirones y cuando oía el rumor del agua, al sacarla en el balde para que aplacara la sed, el dulce rumor al agitarla, el chasquido de las gotas al resumirse y caer, le producía escalofríos y se echaba a temblar casi como un epiléptico. Hablarle, sin intención, del mar, era como si se tentara la nerviosidad de un supersticioso.

Las comadres, por espíritu de burla, solían decirle, al darle la limosna:

—Martín: ¡vaya una roña! En la cara una costra de tierra de a palmo y la ropa cayéndose a pedazos del peso de la mugre. ¿Por qué no te bañas? Agua no falta. ¡Hay tanta en el mar!

Callaba él, sombrío. Su hijo, no sé por qué, levantaba sus ojos negros y grandes de un mirar doloroso a los de su padre que no veían, vacíos e inmóviles.

—¡Por Dios!... Dénme caridad, y no penas.

Los muchachos conocían este miedo del viejo. Cuando le alcanzaban a ver, le gritaban a voces:

—¡Agárrate, Lapa, que viene la ola!

Aquel día me fue funesto, tal vez por ser martes. Muchas veces formaba yo grupo con los demás muchachos al salir de la escuela. Los acompañaba en sus travesuras, pero sin tomar en ellas parte. Siempre fui tímido. Cuando ellos entraban en los sembrados, verdes en enero, dorados en junio, yo los veía perderse y sólo por el movimiento de la mies abatida me daba cuenta del rumbo de su jornada. Asomando la cabeza a ras de la cerca, yo los espiaba y espiaba el camino, vigilante, por si alguien venía a turbar los solaces de los traviesos camaradas. Solían pagarme con algún nido, todavía caliente, que yo apenas conservaba unos momentos, porque hubiese sido una gran locura llevarlo a

casa. No me permitían el vagabundaje. Cuando asaltaban las huertas, al hurto de frutas, yo huía al primer ladrido de los celosos canes.

Era nada más que un testigo. Declaro que nunca asalté tapias, ni invadí huertas, ni dejé sin nido a los pobres pájaros. Mis manos están santas porque nunca hicieron daño, ni supieron más que de caricias, las que aprendí en el regazo de mi amante madre.

Pues, aquel día, uno de sol agresivo que retostaba la tierra, mis compañeros concertaron una partida de baño. Allí estaba la cisterna, con sus aguas muertas, verdosas y pútridas al descubierto y en sitio solitario. Fue un verdadero asalto. Veinte cuerpos cayeron, desde el alto pretil, para hundirse en el líquido cenagoso y luego reaparecer a flor de superficie las greñas cubiertas de verde lama apelotonada.

Ninguna novedad ofrecía el caso. Era pasatiempo de casi todos los días. Pero aquél, la mala suerte deparó un triste espectáculo y a mí un afrentoso castigo. Aquella puñada iracunda de mi abuelo, la primera y la única, que jamás he olvidado en la vida.

Cuando ya todos los muchachos, largamente remojados y después bien resecos al sol, dejaban la cisterna para emprender nuevas aventuras, entre otras apedrear el cascado esquilón de un viejo convento abandonado, cuyos sones, al herirlo un pedrusco, lanzaba sobre el pueblo algo así como un quejido doloroso de bestia herida, dieron de frente con Martín y su hijo en demanda de las calles de mi villa natal.

—¡Ah, *La lapa!*

No sé quién lo gritó. Tampoco recuerdo quién sugirió la malévola idea.

—¡Vamos a remojarlo!

—¿Cómo?

—Quieras que no. No puede valerse. Yo lo agarro y tú lo empujas.

—De *Menjamín* me encargo yo.

Fue una lucha tremenda. Los muchachos, en orden de batalla, hicieron rápidos un movimiento envolvente. En medio del corro quedaron prisioneros el ciego y el lazarillo. Yo me opuse a la broma, pero mis ruegos sólo merecieron burlas.

Yo vi el terror con que, tornándose aún más pálido y entristeciendo todavía más el mirar doloroso de sus ojos, Benjamín los vio llegar, advertido por presentimiento de las infantiles intenciones; yo sentí el grito de espanto y súplica, un alarido extraño, con que el muchacho demandaba un inútil socorro.

Presencié aterrado la embestida corajienta de la turba. Vi cómo el pobre mendigo iba dejando los pedazos de sus harapos en las uñas de la chiquillería enardecida y después como míseros despojos se desparramaban sobre el polvo del camino; vi cómo *Lapa* atacado así de improviso, esgrimía su báculo de ciego con energía desesperada, tal vez con vértigo enloquecido de matar.

Y vi caer, herido por el propio padre, a Benjamín, desplomándose como un cuerpo exánime. Ante su grito de dolor, Martín paróse suspenso, en una actitud de angustia trágica. Jamás figura alguna me ha parecido tan imponente. Y era de ver al ciego rastrear a tientas por el suelo en busca del hijo, tal vez muerto. Entonces sí que temblaban con convulsión descompasada sus manos.

Yo rompí el círculo de la turba. La piedad me hizo ser valiente.

Me acerqué al grupo, echéme en tierra y con mi pañuelo cubrí la herida sangrando del pobre Benjamín.

Sonó en esto una voz áspera muy cerca.

—¡Malvados!

La conocí. Era la voz de mi abuelo. La banda de muchachos dispersóse como por encanto en rápida huida.

Al verme sobre el cuerpo ensangrentado de Benjamín, mis manos en su cabeza para hacerle más blando aquel duro lecho de la tierra, sin duda mi abuelo me juzgó en riña. Sentí el golpe en mi cabeza de una mano recia. Empujado, mis labios fueron a dar sobre los labios de Benjamín, como en un beso de hermanos, luego sentí en mi cuello la presión de unos dedos como garfios, los que empuñaron el sable legendario del desván, que me incorporaron violentamente.

Luego otros golpes en la cara de aquellas mismas manos que nunca supieron tener para mí más que caricias.

—¡Caín!

Yo rompí a llorar.

* * *

Muchos años después mi abuelo me contó la historia del mendigo, a quien todos llamaban *La lapa.* Nunca la sospeché. Ella dejó en mi corazón de niño una perdurable impresión trágica.

Mi abuelo la refería viva, doliente, con todo su dramático colorido. Él sentía por Martín, el héroe como decía, una misericordia muy grande. Sin escrúpulo a los harapos del pordiosero, se le dio abrigo muchas veces bajo el techo de casa y compartió siempre el pan del horno doméstico, aquel pan blanco, apetitoso, hecho con grano de nuestra hacienda y molido en las piedras del molino familiar, cuyo olor regocijante parece que al cabo de tanto tiempo todavía lo llevo pegado al alma.

Yo la voy a recontar. Y pido de antemano indulgencias. Ya he olvidado muchos detalles, y además, la novela bajo los puntos de mi pluma carece del calor, del interés hondo,

de la intensa emoción con que a mí, de niño ¡hace treinta años! me la refirieron una tarde de mayo, a la sombra de la vieja higuera del patio, en medio de las hileras de rosales que abrían sus flores nuevas, cerca del aljibe en cuyo fondo el agua se dormía y de vez en vez, por el brocal abierto, dejaba escapar como un suspiro, una ráfaga de frescura y un blando rumor de paz, alma y poesía de la soledad y el silencio.

Mejor hubiera sido contarla con todo el desgaire de la pintoresca charla de mi abuelo. No puede ser. No heredé ni su vivacidad de palabra ni su agudeza de ingenio. Menos su entereza de carácter. Es una desgracia y para mí un desconsuelo.

Yo no puedo atusar el fiero mostacho ni repetir su frase consagrada:

—Cuando yo fui militar...

¡Ay! Ni siquiera heredé su viejo sable y su morrión.

"LA LAPA"

I

AÑOS JUVENILES

El molino de Varona es ya una lamentable ruina. ¡Quién lo conoció en sus buenos tiempos!... No queda de él, como orgullosos vestigios en pie de su pasado esplendor, más que el muro, grueso, alto y cónico, unas cuantas tablas podridas del viejo capacete y un trozo del botalón roto, enclavado en el rechoncho madero del eje de las aspas que a pedazos se cayeron. Ya no tiene puerta, ni ventana, y los dos huecos desmantelados, como hendiduras negras en la recia fábrica de piedra que resiste valientemente a la pesadumbre de los años, dejan ver un interior vacío, en la pared la costra sucia del polvo de harina y de tierra entremezclado y la lenta labor de las arañas que han ido tejiendo por todos los rincones una inmensa red. Al mediodía, al peso del calor, los perenguenes, rastreando osadamente el muro, donde crecen unos salvajes jaramagos, escalan lo alto y se tienden con pereza para dormitar al sol.

Ahora el molino en ruinas se asoma, con su miserable aspecto de viejo y de mendigo, a la vera del camino, como para pedir una limosna.

Además sus contornos son desoladamente áridos. Tuvo la mala suerte de asentarse en suelo pedregoso, renegrido, donde nunca creció un árbol y donde es seguro que jamás

se vio brotar una brizna de yerba en los mejores inviernos de mi tierra.

Había que verlo ha un cuarto de siglo. Joven, bien trajeado, alardeaba de su hermosura y de su fanfarria. El muro, enlucido por la cal, blanqueaba suave, con un albor tan intenso que cegaba a las horas de cruda luz solar. El capacete estaba pintado de rojo oscuro y de un carmín blando la puerta y la ventana. Las casuchas miserables que lo rodeaban se las veía, como hembras enamoradas de un buen mozo, mirando complacientes, con cierto desconsuelo envidioso, pero también con íntimo orgullo de tener a su lado gigante tan apuesto.

Muy pocos ratos tenía de descanso. Día y noche, si había molienda, trabajaba, como dando ejemplo a aquellos *galibardos* del campo y a los *solajeros* de playa, que las noches se las pasaban roncando y las mejores horas del día durmiendo al sol o al socaire de las barcas varadas en la ribera.

Cuando el viento era flojo, cosa corriente en el bochorno de incendio casi habitual, desplegábanse todas las velas. En un dos por tres, trepando por las aspas, quedaban tendidas y bien sujetas, las lonas, blancas casi como un lienzo de altar. Si refrescaba el aire, con soplo constante, demasiado fuerte, o con ráfagas por repentinas traicioneras, la *tranca* paraba en seco el movimiento rotativo del eje y las aspas quedaban medio desnudas, enseñando su áspero costillaje. Se ponían *a medio pañuelo.* Nunca se vio con su aspa en alto y un *rizo* en el extremo. Eso era demandar limosna de trabajo, y a tamaña degradación no llegó nunca en sus buenos tiempos el molino de Varona. No; ahí estribaba todo el orgullo de su abolengo.

Todavía ostentaba el molino una nota más de color. Sobre el blanco de las paredes, y el rojo del capacete, en el remate de éste, coronándolo, se erguía, como si intentase volar, una tosca paloma de madera pintada de azul. Como flecha que hiriera al ave, haciéndola desplegar en una con-

tracción brutal las alas, alzábase la veleta, girando loca siempre. Su chirrido áspero parecía el grito de queja de la paloma herida. Sobre todo de noche, el clamor del hierro herrumbroso al girar, daba la sensación de un quejumbroso plañido de dolor.

Se había plantado el molino en un altozano. Desde la tierra llana, en unas cuantas leguas a la redonda, y desde el mar, a distancia de algunas millas, tenían todos que divisarlo. Era como anuncio alegre de la ciudad aquella mole blanca solitaria, volteando sus aspas siempre como un lejano pañuelo que nos despide o nos saluda.

A la vera izquierda, detrás de un ribazo, que salvaba una vereda, estaba el camino real, largo, como una línea oscura del color del cascajo con que hacían el *recebo* de la carretera. Desde el amanecer hasta la caída de la tarde, en un ir y venir ininterrumpido, pasaban por allí las recuas de asnos y de las enormes caravanas de camellos que llegaban o salían para el interior de la isla, para la Villa, vieja y señoril siempre en su desgracia, para Haría, de sabor árabe, con cielo alegre, durmiendo una siesta de poesía y ensueño bajo el toldo de las palmeras, perennemente verdes.

Pero, llegaron para el molino días tristes. Hoy una en el llano del Cementerio, mañana otra por el Lomo, fueron apareciendo las *molinillas* más jóvenes, más ágiles, ¡ay!, pero también más feas. ¡Al diablo quien las inventó! Rechonchas, escurridizas, carecían de gallardía, de *peso*, es decir, representación viril para el trabajo. Bien llevaban nombre de mujer. Nada de la recia fábrica de piedra; cuatro palos negros y esqueléticos y cuatro tablas pintadas de colorines por aspas. ¡Y aquella gloria de las velas blancas! ¡Y aquel hercúleo alarde de la mole inmensa! Todo olvidado, todo preterido.

Malas hembras, las *molinillas* triunfaron desde el primer momento. El pobre molino, tengo para mí que de tristeza, fue poco a poco envejeciendo. Ya no se blanqueó cada año, y fueron desde entonces más continuos y largos sus descansos

a la fuerza. Inválido a la postre, manco, pues las aspas se rompieron, allí quedó desmantelado a la vera del camino como un miserable pordiosero. ¡Ah, pero mantuvo siempre en pie el orgullo de su abolengo!

Muchos años estuvo Clemente Carrasco al frente del molino de Varona. No se dejaba nunca ver por las calles del Puerto. Siempre al pie de la tolva. Llamaba sus momentos de descanso a los ratos que el molino paraba, en contadas ocasiones por cierto. Porque él, entonces, *picaba* las piedras.

Dentro del molino el ruido era infernal. El engranaje de las ruedas rechinaba ásperamente; el tic-tac de la tolva no cesaba un instante, el rozar de las piedras triturando el grano era de un rumor discorde y seco. Luego añádase la trepidación del capacete a cada movimiento de las aspas al saltar el viento.

No es extraño que al llegar a la puerta, la gente se desgañitara llamando.

—¡Eh! ¡Clemente!... ¡Acuda!

Nada. Nadie respondía.

—¡Sordo confiscado!... ¡molinero!

A las voces, que era indispensable que fuesen muy fuertes, por el alto ventanillo asomaba una cabeza. ¡Dios santo, y qué cabeza! No era más que una mancha blanca. Pegada a la piel, espolvoreando tupidamente los cabellos, las cejas y la barba, la harina había puesto sobre el rostro de Clemente una informe careta. Ya era una costra recia, bien amasada en el transcurso de unos cuantos años de oficio.

El molinero gritaba desde lo alto:

—Llamen a los chicos.

—Ni brujos los encuentran.

Montaba en cólera Clemente entonces, jurando y perjurando.

Como un muecín desde lo alto del minarete llama a los creyentes, así, con voz estentórea que repercutía vibrante en los contornos e iba a perderse muy lejos, el molinero gritaba:

—¡Candela!... ¡Martín!

No acudían. Sabe Dios dónde anduvieran los dos muchachos del molinero.

Resignábase a bajar la empinada escalera que caracoleaba en torno al recio muro, y ayudaba a descargar los costales y a entrarlos bajo techo.

A poco, jadeantes, llegaban los chicos. Cada cual traía distinta procedencia. Candela era un *pimpollo.* Con buenos colores en su cara, tirando a rubia, aunque sin serlo, más roja estaba con la sofocación de la caminata al trote, bajo un sol agresivo y bajo la presión del miedo.

—¿Dónde *fiste*?

—A tiendas.

—Machona, y más machona. Te gusta mucho la *conversa*, pero ya te maduraré yo las ancas. Te voy a poner como *acemite.*

—Si es que... tenía que mercar...

—Adentro, *jimiera.*

A medias estaba este sermón, cuando haciéndose el bobalicón, como si hubiera estado a cuatro pasos del molino, presentábase Martín. Las perneras chorreando agua, denunciaban de dónde venía a la legua.

—Y tú, ¿dónde te has enconejado?

—Lleguéme al camino, por ver de apañar alguna cebolla. ¡Ni rastro!... Llevan las *bolsinas* bien *cogías* los camellos.

—¡Anda, playero!

La dura mano de Clemente abatía del golpetazo la cabeza del muchacho.

—Tú que a la mar, y yo que a tierra. ¡Veremos quién puede!

Bien sospechaba el padre dónde perdía las horas Martín. Ni regaños, ni golpes eran bastantes a contener sus aficiones de *solajero* de playa. ¡Casta de muchacho! ¿A quién saldría? La pícara afición al mar era rara. En los suyos, gente de tierra adentro, el más que se había acercado a la costa era Clemente, y eso quedándose a bastante distancia de las olas, abroquelado en el molino.

Por aquellos días Martín sentía la necesidad de escapar hacia la playa. Tiras harían su pellejo, curtiéndolo a golpes como recio cordobán, pero ¡dejar de echar un vistazo siquiera a Porto Naos, allí a dos pasos! No podía ser. Sobre todo ahora que estaba embarrancado, desguazándose en los vaivenes de las mareas, el *Goliat*, un bergantín farruco, valentón sobre las ondas, que daba gloria verlo cuando echaba antes todo el trapo al viento.

Sin miedo a las voces del guardián, los chicos, completamente en cueros, bajo la encendida luz solar, echábanse al agua y nada que nada abordaban el negro casco inmóvil del bergantín. Trepaban ágiles todos. Luego, de cabeza, ¡al agua!

No importaban gritos y amenazas del pobre vigilante burlado.

—¡Ah, *cabosos*! Si os trinco ¡los *jareo* como un *cazón*!

Uno de los chicos, más deslenguado, contestábale para más irritarlo:

—¡Atraca, bocinegro! ¡Coge los *güiros* a tu mujer que *cose pa fuera*!

Y para evitar las piedras que venían desde tierra, el muchacho, *tirándose de margullo* desde la borda, escondíase en el seno de las aguas para resurgir de pronto, donde menos se le esperaba, a muchas brazas de distancia.

Alguna vez Martín acompañó a los nadadores en estos asaltos al *Goliat*, inválido, tendido, y removiéndose trabajosamente sobre la arena, como un monstruoso cetáceo moribundo.

Más que bañarse, tirándose desde la amura, gustábale husmear el barco. Para despeñarse de bastante altura, allá estaban las bolas sobre las arrogantes columnas del Puente. En el *Goliat*, por la vía que a la hora del reflujo quedaba casi al descubierto, entraba el agua con ímpetu ciego, arremolinándose dentro y saliendo después en tremendos borbotones, como sangre de una herida que respira. Y a cada golpe de mar, aquel áspero *crac* de las maderas desvencijándose, erizaba el cabello, como si el barco, de improviso, fuese a abrirse en dos mitades, desvertebrado, floja la resistente armazón chapada de cobre.

¡Si Martín hubiese podido escapar del molino siquiera una noche! Las noches de oscuridad cerrada eran fantásticas en Porto Naos, después de la varadura definitiva del *Goliat*. Antes que los martillos de los calafates hicieran astillas el casco, los ladrones furtivos, al amparo de las nocturnas sombras, iban poco a poco dejando en esqueleto al mísero bergantín.

Sobre el haz de las aguas en calma, de vez en vez brillaban la lumbre de un cigarro, el chisporrotear de la piedra de fuego batida por el eslabón, con un fulgor rápido y vivo que no se confundía con ese momentáneo fulgurar de las aguas que de pronto al entrechocar se iluminan de un modo extraño, aquí y allá, en la infinita extensión.

Bien podían ser barcas pescadoras. Pero la rapidez del resplandor, presto apagado, denunciaba botes de presa, en acecho, espiándose en medio de la oscuridad unos a otros

hasta reconocerse. Después venía el avance juntos o por lo menos con idéntico rumbo. Atracaban al costado del *Goliat* en silencio, sin remover el agua a golpe de remo, dejándose ir a la deriva bajo el empuje del oleaje sin más guía que el guiño hábil del timón.

Mientras tanto el guardián, farol en mano, corría adormilado, hundiendo los pies en la arena, con torpeza al andar, el largo orillar de la playa. Vigilaba los asaltos de tierra, impidiendo las depredaciones en el casco destrozado de los saqueadores de tierra que, acaso, escondidos en los peñascales costeños, espiaban, rabiosos y codiciosos, el imposible botín.

Algún rumor al desclavar un trozo de madera, que venía de a bordo, sobresaltaba al guardián. Atendía, con el oído en escucha. Nada. El clamor del oleaje batiendo el mísero casco del *Goliat*.

Luego siluetas móviles entre las sombras, bultos informes que se deslizan por la borda, chapoteo del agua... y silencio en torno del infeliz *Goliat* descuartizado, no bajo el hacha, sino a la presión de los dedos en las maderas arrancadas a los clavos herrumbrosos. Y ya, más de mediada la noche, en los islotes vecinos, a larga distancia de la playa, el golpe seco de los trozos de madera arrojados desde los botes al peñascal donde rebotaban con áspero rumor. Luego, vuelta al chapoteo del agua y ahora ya, franco, el golpe de remo. Las barcas no se recatan y van a sus puestos de pesca. Orilla adelante, saltando charcones, salpicando el agua con los pies desnudos, la recua de mujeres y de chicos desfila, camino de casa, con los haces de madera vieja a cuestas. Y siempre entre sombras, espiando la oscuridad, como procesión macabra de asaltadores de cementerios.

De estas aventuras nocturnas nunca pudo gozar Martín. No podía burlar el encierro del molino. Ni aun de noche, en ocasiones, dormía su padre. Arriba, junto a la tolva sentíalo trajinar, mientras sonaba enronquecido y áspero, al girar al impulso de las aspas, el formidable eje y, como

un quejido de mujer que llora, chirriaba sus destemplanzas la veleta.

Quizás por el encierro más que por otra cosa Martín le había cobrado un odio vivo al molino. Resultábale como mazmorra de cautiverio. ¡Ah! gracias que desde la ventana, cuando su padre lo ponía a vigilar por si llegaban con costales de molienda, alcanzaba a ver el mar, azul en su inmensa llanura, blanqueando espumoso al estrellarse las ondas contra las restingas de la costa. ¡Qué hermoso sería correrlo! ¡Ir más allá de aquella cinta oscura en que el cielo y el agua se abrazaban confundiendo sus dos azules diáfanos, bañados ardientemente de sol!

Ya su padre quería que fuese aprendiendo el oficio. Con el tiempo Martín había de sustituirlo en el molino. Aún era muy pequeño para prestar servicios, pero era necesario que de todo se fuera imponiendo. En vano. A lo más que llegaba era a llevar las *lavijas* a casa del herrero para *calzarlas* y recomponerlas. Picar una piedra, ensebar las muelas, coger un viso trepando por el aspa, no llegó nunca a aprenderlo. Jamás lo hubiese aprendido ni aun a la fuerza.

Las cosas, de pronto, cambiaron por completo. Para encauzar su vocación necesitóse que pasara un aire de tragedia. Fue así.

La mañana encalmó. Torpemente, con una languidez enorme de pereza, volteaban las aspas del molino.

—¡Diantre! —díjose Clemente al ver la lentitud con que giraban las piedras. —¡Hay que *tender*! ¡Y que no es un puño lo que hay! ¡Y que es pa el *costero*! ¡No espera el barco, ni el jinojo del señor Pedro!

Bajó, después de echar la tranca, Clemente. Aún se detuvo en el primer piso del molino, donde se amontonaban los sacos de grano en turno y los costales de *gofio* y de harina de las últimas moliendas.

Candela, la muchacha, enhebraba una copla en otra. Su voz mimosa no cesaba de cantar un aire de *folías.*

Si no fuera por tu culpa
mi corazón no sufriera
. . . .
. . . .

Y luego, más viva, alocada, saltando en la música, rompía en el *tanganillo*

. . . .

ni con María
ni con Marciala,
sino con Rita
la corcovada.

Clemente riñola:

—¡Qué *cantías* ahora!... ¡Mejor remendaras, andoriña!

—¿Hago mal?... Si es que ayuda.

Candela volvió a las coplas, aferrada a las *folías.* Clemente llamó al chico:

—¡Martín!... ¡Jurria, acá!

Era tal vez la primera vez que el muchacho, al llamarlo su padre, estaba en el molino.

—Coge el cabo en cuando lo eche.

Comenzó a trepar por el aspa Clemente para desrizar la vela.

¿Cómo fue? Sin duda garreó la tranca al soplar una ráfaga de viento sobre la lona *a medio pañuelo.*

Viose voltear las aspas; viose al molinero inútilmente intentar agarrarse. Arriba en lo alto, con los brazos abiertos, se le vio despedido, girar como un pelele trágico en el aire, y oyóse su voz que gritaba con acento de espanto:

—¡Juye, que te aplasto!

Nada más se oyó, a no ser el golpe áspero al rebotar el cuerpo sobre el suelo, que los ojos de Martín vieron ensangrentando la tierra.

Dentro, la voz de Candela, más alegre y loca, continuaba el vivaz ritmo del tanganillo.

Llévame a misa
de madrugada
. . . .
. . . .

A solas, como una tonta rompió a reír. Fuera, inmóvil, mudo, Martín rompió a llorar.

II

PRIMERA AVENTURA

Los dos huérfanos quedaron en el mayor desamparo. Candela, ya muchacha, podía salir adelante trabajando. ¡Buenos brazos y buenas caderas tenía! Además, con aquella cara que era una pintura, bien podía engolosinar a cualquier mozo, casándose. Pero, a la *confiscada* ¡le tiraban tanto los *enralos* con todo el mundo! Su coquetería y sus farramallas amorosas, el tira y afloja de su pudor elástico, fácil a las palabras, duro a los desmanes, eran de sobra conocidos en las tiendas y almacenes del Puerto. Su ruta estaba bien trazada. Tal vez parase en la vicaría. Era lo más seguro. Mas, de ahí en adelante, acerca del rumbo que tomara no convenía, en juramento, poner la mano en el fuego.

Martín era otra cosa. Apenas llegaría a los siete años, negruzca la piel como un tizón, retostada por el sol y curtida por el áspero aire del mar. Fuerte era. Con el tiempo tendría el corpachón musculoso y atlético de Clemente, atrofiadas las energías en aquella vida de parásito dentro del molino.

Los primeros días de orfandad fueron tristes. Incapaces los dos hermanos de resolución contentáronse con llorar. Bien pronto advirtieron que estaban de más allí. Un nuevo molinero, fachendoso y brutal, vino a reemplazar al padre muerto.

—A ver si avían... Véngome aquí con la mujer y la *injalla.*

No había más remedio que ir a la calle. Candela era seguro que se *acomodaba*; casas sobraban donde servir. Pero ¿y Martín? No era tan fácil hallarle sitio donde pudiese estar aunque sólo fuese por la comida. Las vecinas no lo podían recoger. Mucho lamentar la desgracia, mucho compadecer a los muchachos, pero ¡había tan poca agua en el *bernegal* y era tan escaso el *gofio* en el zurrón! Que fueran a dar a puertas de ricos...

Mas, un día, sabedor de la desgracia, presentóse el tío Pancho en el molino. Venía por ellos. Era un buen hombre, hermano de la madre, también muerta, a quien los chicos recordaban apenas. Trajinaba como camellero y vivía en Teseguite al cuidado de un cortijo donde era medianero. Claro que los cuatro tirajos de tierra en cultivo, estériles los más de los años, mal daban la semilla para la siembra venidera. El grano quedaba para otros con gavias y bebederos. ¡Pajareros! Ni soñarlos. Nunca se conocieron en el cortijo de *El majuelo.* Doce cabras, más que menos, tenía también Pancho. Gracias a ellas, tirándoles de las ubres, iba remendando las hambres y las miserias de la vida. Pero ¡qué diantre! allí no faltaba alegría. Hueco había en la casa, paja en la tronja, agua en el aljibe, queso en el cañizo y *gofio* en la tinaja para que a los chicos no faltara ni cama con trapera para descansar ni *pella* sustanciosa que engullir.

Y dicho, y hecho.

—Abajo me allego... Al vencer el sol, ya estoy de camino. Al paso os recojo. Conque aviar el matalotaje, y la ropita en un pañuelo.

Era inesperado el remedio. Ninguno de los dos chicos, ni la Candela ni Martín, querían dejar el Puerto. A cada cual distintas aficiones lo retenían allí. Candela, en silencio, lloraba a lágrima viva. ¡No entrar y salir ya por los comercios, sin pretexto alguno, sólo por oír chicoleos y alcanzar regalos,

riendo, burlando, jugando al capricho con los enamoriscamientos repentinos de los hombres, aplazando a éstos una engañosa promesa!

También Martín lloraba sin consuelo. ¡Perder de vista la playa para siempre; alejarse del mar, sin haberlo gustado a todo su antojo de continuo hasta entonces bajo la severidad del castigo paterno!

—¡No llores, mocoso!

—¿Y tú?

—De verte llorar...

Se mentían ambos, disimulando las intimidades de su duelo.

—Yo voy a gusto.

—También yo.

Callaban. Después Martín insinuábase.

—Dímelo, ¿tú *güelves*?

—No.

—Dime que sí. ¿Me traerás?

No almorzaron. La tristeza a entrambos les acobardó los ánimos para todo.

Mediada la tarde, en el camino sonó una larga voz:

—¡Eh, muchachos! ¿Estáis listos?

Candela se asomó a la puerta del molino, y vio al tío Pancho junto al camello. Salieron los chicos cargando a hombros el matalotaje. Acomodado éste en la silla que porteaba el manso animal, bramando de hambre, comenzaron la jornada. Bien pronto se unieron a otros camelleros para hacer juntos el camino. La charla era animada, pero los chicos marchaban jadeantes y silenciosos. De vez en vez, a hurtadillas, volvían la vista atrás, echando una larga

mirada a través de la llanura polvorienta y árida. A la hora de andar, ya Candela no miró más, tornándose más cavilosa y triste. Ya nada alcanzaba a ver. Allá, muy lejos, detrás de los cerros que abría la cinta blanca del camino, quedábase escondido el Puerto. Ni la alta torre de la iglesia de un albor inmaculado bañada por el sol, se divisaba a la distancia. Todo había acabado. Ya no quedaba más horizonte que los desolados contornos del caserío, Teseguite, donde en adelante había de vivir entre mozos zafios, de rostros enterregados que nunca se lavaron y con largas greñas en cabeza y cara como zalea de res cabría, revuelta y áspera. No; el lugareño vivir no era para ella.

Martín seguía, a duras penas, fatigado de cansancio, la solemne y tarda caravana. A veces, sus pies descalzos, heridos contra los guijarros, le hacían tambalear, retorciéndose de dolor, pero sin quejarse.

—¡Diantre! ¿Vas ciego? ¡Coge el *teso*, muchacho!

Así le gritaba, cariñoso en el regaño, el tío Pancho.

—Un descuido... replicaba tímido Martín, no queriendo confesar que, por volver la cabeza tropezaba en los chinarros del camino.

—Si no llevara el camello tan cargado...

Era una lástima. El pobre hombre creyó que los muchachos eran de más aguante al proponerles la jornada a pie. ¡Pobretes! De saberlo...

Martín no escarmentaba. Una vez se fue de bruces, y era cosa de reír verlo escupiendo tierra.

Pero, a lo lejos ¡estaba tan azul y hermoso el mar!

La noche llegaba con sus sombras. Allá por Tahiche se desbarató el rancho. La caravana siguió camino de la Villa. Eran camelleros que porteaban a sol. Pancho con los suyos siguió el atajo, camino de Teseguite, bordeando una inmensa pared vieja, cuyas piedras iban desmoronándose, desporti-

llada, con hinchazones amenazantes a trechos, como una larga muralla de ciudadela, extendida a guisa de cinturón por la parte baja del caserío, linde de los tunerales copiosos, salvajes y siempre verdes.

Ya había cerrado la noche. Pasaron las últimas casas de Tahiche. En alguna, muy contada, parpadeaba una luz. Sin un ruido, daba la impresión de un pueblo muerto, de un caserío en soledad, completamente abandonado.

Entraba el páramo, las tierras llanas, casi infecundas. El pedregal negruzco, desierto y anchuroso, se perdía en todas direcciones, hasta las lejanas y solitarias montañas de un lado, y por otro hasta la costa deprimida, baja. Ni un árbol rompiendo la monotonía. Algún matorral agreste, de vez en vez, que se confundían con los mojones de piedra, aquí, más allá, delimitando el extenso y estéril campo. Bajo las matas relucían vivos, fijos, los ojos de los perenguenes reposando en la paz nocturna, inmóviles como asiáticos fakires en éxtasis.

Por casualidad, a mucha distancia, oíase el silbo monótono de algún caminante atravesando la soledad del páramo. Quizá algún pastor rezagado; tal vez un ladrón nocturno al robo de una brazada de paja para un camello hambriento.

En todos los detalles del camino fijaba la atención Martín. Acaso en su cabeza bullía alguna idea rebelde, todavía en embrión.

Sentía sed. La fatiga de la jornada y el polvo del camino secando las fauces, acrecían sus ansias.

Ya no pudo contenerse.

—Tío: quiero agua.

—Aguanta un poco; más *alantre*. En el cortijo...

Todavía anduvieron cerca de una legua. Al fin, en la oscuridad, vieron blanquear las tapias de una casa.

Pancho gritó al camello para que detuviera la marcha. Al cuidado de él, sobre el camino, quedó Candela. Tío y sobrino encamináronse al cortijo, y al instante dos mastines carniceros se lanzaron al encuentro ladrando.

—¡*Cho* Moisés! ¡Ah, *cho* Moisés!

Los perros impedían el avance. Sonó la puerta abriéndose, y una voz gritó:

—¿Quién llama?

—Pancho el del Majuelo. Una *lagrimita* de agua para un chico *esmorecío*.

—¡Mal avío! Ni una escurraja en la destiladera, *cho* Pancho. ¡Como hay Dios, que ni una escurraja! ¡A la prima *cantó* la olla!

—Todo sea por Dios.

No había más remedio que aguantar. Más adelante, a unos dos kilómetros, había un aljibe donde abrevaban los rebaños.

Pero ahora, Candela, contaminada por la sed, tal vez codiciosa por la imposibilidad de saciarla, también sentía seca la boca y un ansia atosigante de refrescar las fauces.

—Pues, yo ¡también me daba un *jartón*!

Callando, con la lengua estropajosa revolviéndola tormentosamente dentro de la boca sin saliva, andaban los chicos. Además los pedregales les lastimaban los pies ya doloridos. Y ¡aquel camino tan largo, tan triste y espantosamente solitario!

—¿Muy lejos astora?, atrevióse a preguntar Martín, con ansias de tirarse al suelo como una bestia fatigada.

—Ya cerca... ahí *lantrito*...

Era una piadosa mentira. No atreviéndose a quejarse otra vez Martín lloraba en silencio. Ni aun la humedad de

las lágrimas le llegaba a la boca. Empapaban aquéllas el polvo pegado a la piel como una costra.

—Ya me caigo...

—Arrempuja un poco, hombre. Mira allí está el aljibe.

Y el tío Pancho señalaba con la mano un punto invisible, pero todavía lejano, envuelto en la sombra.

Llegaron. Pero el brocal estaba cerrado con candado. El primer ímpetu fue saltar la cerradura. Pero ¿quién se atrevía? ¡Bueno era el amo! Mas, tampoco los muchachos muertos de sed podían continuar la jornada.

Miró Pancho en el dornajo. En el fondo blanqueaba con reflejo pálido el agua.

—Sí hay...

Candela y Martín se acercaron ansiosos intentando beber a flor de labio como los animales. No había más que unas escurrajas.

—¡Uf! —gritó Candela, alzando la cabeza con una expresión de enorme asco. Martín siguió bebiendo, codicioso, con una gula insaciable.

—¿Pues, qué?... preguntó el tío Pancho.

—¡Uf!... Babas... ¡Sangraza de carniza!

Era posible. Allí debieron babear las reses de los rebaños y algún camello al pasar; allí debieron lavar algún cabrito desollado los pastores. Pero la ardiente sed no hizo reparar a Martín en menudencias tan ordinarias.

Bastante entrada la noche llegaron a Teseguite. Comenzaba entonces a clarear en los altos cielos una dulce luz de luna. Todo aquello parecíale extraño a los dos chicos. No era el campo árido, ni las viejas casas miserables, ni el silencio de muerte que rompían aquí el ladrar de un mastín, allá el bramido de un camello, lo que les llamaba la atención.

Pancho gritó al camello para que detuviera la marcha. Al cuidado de él, sobre el camino, quedó Candela. Tío y sobrino encamináronse al cortijo, y al instante dos mastines carniceros se lanzaron al encuentro ladrando.

—¡*Cho* Moisés! ¡Ah, *cho* Moisés!

Los perros impedían el avance. Sonó la puerta abriéndose, y una voz gritó:

—¿Quién llama?

—Pancho el del Majuelo. Una *lagrimita* de agua para un chico *esmorecío.*

—¡Mal avío! Ni una escurraja en la destiladera, *cho* Pancho. ¡Como hay Dios, que ni una escurraja! ¡A la prima *cantó* la olla!

—Todo sea por Dios.

No había más remedio que aguantar. Más adelante, a unos dos kilómetros, había un aljibe donde abrevaban los rebaños.

Pero ahora, Candela, contaminada por la sed, tal vez codiciosa por la imposibilidad de saciarla, también sentía seca la boca y un ansia atosigante de refrescar las fauces.

—Pues, yo ¡también me daba un *jartón*!

Callando, con la lengua estropajosa revolviéndola tormentosamente dentro de la boca sin saliva, andaban los chicos. Además los pedregales les lastimaban los pies ya doloridos. Y ¡aquel camino tan largo, tan triste y espantosamente solitario!

—¿Muy lejos astora?, atrevióse a preguntar Martín, con ansias de tirarse al suelo como una bestia fatigada.

—Ya cerca... ahí *lantrito*...

Era una piadosa mentira. No atreviéndose a quejarse otra vez Martín lloraba en silencio. Ni aun la humedad de

las lágrimas le llegaba a la boca. Empapaban aquéllas el polvo pegado a la piel como una costra.

—Ya me caigo...

—Arrempuja un poco, hombre. Mira allí está el aljibe.

Y el tío Pancho señalaba con la mano un punto invisible, pero todavía lejano, envuelto en la sombra.

Llegaron. Pero el brocal estaba cerrado con candado. El primer ímpetu fue saltar la cerradura. Pero ¿quién se atrevía? ¡Bueno era el amo! Mas, tampoco los muchachos muertos de sed podían continuar la jornada.

Miró Pancho en el dornajo. En el fondo blanqueaba con reflejo pálido el agua.

—Sí hay...

Candela y Martín se acercaron ansiosos intentando beber a flor de labio como los animales. No había más que unas escurrajas.

—¡Uf! —gritó Candela, alzando la cabeza con una expresión de enorme asco. Martín siguió bebiendo, codicioso, con una gula insaciable.

—¿Pues, qué?... preguntó el tío Pancho.

—¡Uf!... Babas... ¡Sangraza de carniza!

Era posible. Allí debieron babear las reses de los rebaños y algún camello al pasar; allí debieron lavar algún cabrito desollado los pastores. Pero la ardiente sed no hizo reparar a Martín en menudencias tan ordinarias.

Bastante entrada la noche llegaron a Teseguite. Comenzaba entonces a clarear en los altos cielos una dulce luz de luna. Todo aquello parecíale extraño a los dos chicos. No era el campo árido, ni las viejas casas miserables, ni el silencio de muerte que rompían aquí el ladrar de un mastín, allá el bramido de un camello, lo que les llamaba la atención.

Era una inexplicable hostilidad que les salía al encuentro, repudiándolos antes de llegar.

Pasaron ante un portillo abierto en una pared de piedras sin encalar. Allá en el fondo, en la puerta de la casa cortijera, surgió la luz de un candil que hacía parpadear el viento. Recortaba la figura de una hembra con una criatura en brazos, mientras que a su falda se agarraban otros dos muchachos.

—¡Ah, Pancho! ¿Eres tú, Pancho?

—Sí; y la compañía.

—¡Siempre lo dije! Pero, *cho* hombre ¿los has *tráido*? ¿Más piojos en casa? ¡Dios me valga!

Candela y Martín, temblando, se miraron en silencio.

Pancho rezongó entre dientes y luego con voz enérgica gritó al camello:

—¡Tuche!... ¡Tuche, animal!

III

SEGUNDA AVENTURA

A los pocos días, hecha por las manos de Candela, le pusieron a Martín una *camisola* de lienzo, muy larga, que por un lado se recogía a la cintura, prendida con la vaina del cuchillo. Luego le colgaron al hombro la mochila. Nada le falta, ni aun la *lata*, un fino, largo y recio garrote, en su nueva guisa de pastor. Allí estaba también el ganado esperándole, una docena de cabras, y por añadidura el borrico que, en los días de descanso, también salía con las otras reses a triscar y a pastar por aquellos resecos campos de Dios.

Candela riose al ver a su hermano en facha tan pintoresca. Martín, avergonzado, callaba porque estaba presente la tía, una mujerona *refeñegala* que gastaba malos humores.

—Te arrejalas *pal lejío.* ¿Ves? A la banda allá de aquel cortijo. En llegando, tumbas por el atajo del barranquillo. ¿Uyiste?

—Sí, señora; harélo tal y como lo manda.

—Y no me *corriquees* el burro, que ya me lo *tienen en las tablas* de emprestarlo *pal* molino.

No había más remedio que resignarse a la suerte. Sin duda alguna estaba de Dios que fuese pastor.

Tras él, refunfuñándole, iba el perro. Aún no eran amigos. Muy fácil sería que no lo fuesen nunca.

Al verse solo en el descampado tuvo intenciones de desertar. Primero morir de hambre en un camino que someterse a aquella vida solitaria en la que ni aun siquiera podía contar con esa alegría infantil del juego con los camaradas. ¡Era mucha soledad y era mucha tristeza las suyas! ¡Si al menos estuviese a la vera de su hermana!

Al llegar al *lejío* las cabras desparramábanse, en pequeños grupos o sueltas, en busca de un mísero yerbajo que parecía imposible de encontrar sobre aquella tierra negruzca, pelada, sin una nota siquiera de verdor. Manso y cachazudo, el asno se distraía contemplando el campo estéril con estoica resignación de filósofo. Y el perro, ya con el vientre harto en casa, alejado de toda compañía humana, que le era enojosa, se espatarraba, en un altozano, sobre la tierra caliente, amodorrándose bajo la ardorosa caricia del sol.

Martín se aburría. Para matar las murrias, engañando a la vez la soledad, tendíase *a la panca* al arrimo de una pared, con intención de dormir, pero realmente sólo para soñar. ¡Y qué sueños! Con ellos le venía una inmensa congoja, poniéndolo a punto de llorar. Siempre le surgía en la memoria el blando recuerdo de sus pasados días, viendo claramente, como si hasta los ojos, cegándolos, le llegasen las salpicaduras del agua y hasta en la raíz misma del alma sintiese el acre olor de salitre en los peñascales, toda la hermosa ribera que se corre delante de Arrecife, que él en otros tiempos, contemplara extasiado desde el ventanillo del molino y que en las atrevidas escapadas, cuando burlaba, desafiándolo, el mandato paterno, había recorrido tantas veces, los pies desnudos y mojándolos en las ondas revueltas de espuma que se tendían desmayadas sobre la orilla.

¡Quién lo vio entonces y ahora lo viera! ¡Con aquellos arreos de pastor, guardando un mísero rebaño de cabras, cuando sus ansias le llevaban al mar, a vivir a bordo, con-

templando siempre arriba la claridad azul del cielo y abajo la inmensidad también azul de las aguas!

De este delirar imaginativo a solas le venían a despertar grandes voces:

—¡Ah! Martinillo...

Erguíase sobresaltado, como si la misma tía en persona hubiese venido a sorprenderlo en sus descuidos con el ganado.

—¡Que me des el burro!

Era una chica a la busca del jumento para llevar grano al molino.

—¿Lo dijo tía?

—Sí; se lo emprestó a mi madre.

Pero, llegaban los apuros. ¿Dónde demontre se había metido el condenado? A la vista no estaba. Quizás se lo hubiese tragado la tierra. Busca entonces por aquí, rebusca luego por allá. Nada. Era para desesperarse.

De pronto, y cuando menos se esperaba, se oía a lo lejos su rebuzno triunfal y asomaba por un recodo del camino, trotón, rejuvenecido, como si se hubiese descargado de los trabajos y de los años.

—En el cortijo ¡como si lo viera! ¡Tienen que *ajuliarlo*! Y ¡chícharos! Me lo trae *esgorrifao* la *matacana* del viejo Barriga.

—Pos... ¡cúdialo! Que lo que es la burra ¡me futro!...

—¡Ajoto! ¡Si es más sobejo!

Cuando eran muchachos los que venían, ya se llevaba Martín mucho ojo antes de hacer entrega del animal. Se la habían jugado de lo lindo por dos veces. Ahora, de acuerdo con la tía, demandaba el santo y seña. ¡Y cómo, entonces, se rieron los condenados! Fue un engaño y también una

burla en toda regla. ¡La carrera que le dieron al animal los dos mequetrefes! Sangrando ancas y cuello lo trajeron de los pinchazos brutales con que espolearon los cansados bríos de la bestia. Luego, cuando se entregó de fatiga, la abandonaron en medio del camino, huyendo a campo traviesa.

Martín se encolerizaba al recuerdo. Y él que tenía los pies desollados de andar sobre aquellos pedregales cortantes ¡nunca pudo sobre los lomos del borrico darse el gusto de sentar las posaderas! ¡Y qué ansias le tentaban algunas veces!

De sol a sol se pasaba los días en el campo como un lagarto tendido sobre la dura tierra. Con el véspero, a la luz última, con ráfagas rojizas en el cielo, retornaba a casa detrás del hato mísero, par a par del borrico. Aquello no era vivir. Gozaba de una libertad salvaje en aquellas soledades campesinas, pero no le gustaba el oficio y de añadidura sentía una aversión indomable por aquellos parajes yermos, ásperos y desolados como un desierto, con un calor de horno al mediodía.

Pero, no había más remedio que resignarse. ¿Qué iba a hacer? ¿A dónde ir? Cuando fuera hombre... Y su espíritu se remontaba pasando años, como si pudiese empujar la edad, todavía temprana, demasiado muchacheril. ¡Ah! ¡entonces! Desertaría, abandonando cayado y mochila, los arreos infamantes de pastor. La ilusión entera de su vida estaba en el mar, el buen padre que había querido desde niño. ¡Cuando él se embarcase! Nunca había logrado el deseo siquiera de pasar la barra de Juan Rejón en una lancha de pesca. ¡Hacerse a la mar en un costero! Con la visión en los ojos de las aguas tranquilas que había visto en sus años de niñez desde el altozano del molino, adormilábase, bajo la cegadora claridad del sol, y al quejido de la tierra reseca que se resquebrajaba, pensando en sus viajes futuros, en las correrías, largas y emocionantes, su promesa.

Un día tentóle la curiosidad de avanzar. Banda allá de unos cerros oíase el ronco clamor del mar. ¿La inmensa llanura azul, con espumas blancas, se alcanzaría a ver desde allí?

Hacia allá iba la vereda de Guatiza. A saltos, dejando en abandono el ganado y con riesgo de que se extraviasen las reses, Martín anduvo los altibajos del campo pedregoso. El último repecho para llegar a la cúspide del alcor que cerraba el fondo, una solana espléndida, la acometió con brío, chorreando sudor los cabellos, sangrando los pies, pero con el ímpetu de la ilusión que llevaba dentro. Mas, ¡todo en vano! Se tiró al suelo como una bestia rendida, casi muerta. Montañas negras, de pelada costra, cerraban el horizonte por allí, y, sólo dejaban presentir, distante, la tierra baja, la ribera larga con el rostro al mar. Pero, oía a éste con su respiro de fatiga, resollando incansable en su titánica lucha contra los peñascales costeños, como si lo llamara con su grito de espanto y cólera desde lejos.

Quizás, de sobrarle ánimos, Martín hubiese intentado otro avance. Pero ¿cómo volver?

Llegaría tarde a casa y el hato, con el sol de la tarde, sin esperar al rabadán, echaría por los atajos y veredas, sonando las esquilas en el silencio campesino, de retorno al aprisco, bajo la vigilancia del can, rodrigón irremplazable.

¡Menguada esperanza! Se volvió, arrepentido del intento. Condenado estaba a no ver delante siempre más que el lienzo de tierra áspera, donde parecía que nunca granó una espiga, ni siquiera una mala yerba verdeó.

En el sordo coraje que le produjo el desengaño, rabiaba Martín contra sí mismo. Ya en camino, de vuelta a casa, una cabra se le desmandó. Su brazo esgrimió una piedra con cólera y la pobre res, herida, cayó en tierra con un flébil balido de dolor. No podía andar. Tuvo que cargar al hombro con ella, tendida sobre las espaldas del muchacho, dando al viento su largo plañir, que a veces tenía el desgarrador acento de una voz humana que se queja o grita. Y

era de ver al pobre perro, cabizbajo, levantando sus ojos implorantes, consoladores, hacia la res herida, marchar detrás, a cortos pasos, en silencio, como chico cariñoso que sigue el ataúd de una amiguita muerta. Rompiendo el silencio, por la vereda solitaria adelante, sonaba el hipo de llanto, con que Martín, medroso ante el castigo, lamentaba su suerte y la malaventura del golpe.

Sí; ¿qué iba a hacer? Imaginaba locuras con que disculpar lo hecho inventando historias extrañas de camelleros borrachos que habían pasado apedreando el rebaño desde el camino, de un perro carnicero que persiguió las reses desparramándolas despavoridas por el campo y una, la herida, tuvo la mala fortuna de despatarrarse al saltar un viejo paredón que se desmoronara, quedando presa, entre las piedras dispersas en revuelto montón.

Algo había que mentir. Con el cuento ya hilvanado, como más fácil a la credulidad lo pudo fingir, llegó a la puerta de casa, a zagüero del rebaño. Allí estaba la tía, bufando colérica, como si lo esperara. No tardó en gritarle:

—Entra, cachorro. Creíme que habías tomado soleta como la *felecona* de tu hermana.

—Pos ¿qué hizo Candela?

—¿Qué? ¡Que le picó la sarna! Como el tío va pa dos días que está Vuelta Abajo, mientras yo me allegué al molino, cogió lo suyo y ¡andando!

—¿Fuese?

—A media mañana.

Quedóse Martín aterrado. Cuando le preguntaron por la cabra herida, ya había olvidado la peregrina historia que inventara para el engaño.

Desahogó la mujerona la rabia descargando sobre la cabeza de Martín brutales puñetazos.

—¡Revejío! ¿Conque ansina cumples? Llenándote el mondongo y de *jadasio... ¡Arranca!... ¡arranca la penca* ahora mismito!

—Es que... el tío Pancho.

—¡Buen *cajeta* está Pancho! ¡Traerme estos *pardales* a casa! Aquí no entras. Lárgate... ya sabes por dónde se fue tu hermana.

Y cerró, con estrepitoso golpe, la puerta desvencijada. Dentro aún se la oía rezongar, mientras, al ruido, el crío, despertándose, comenzó a berrear inconsolable.

Era triste la cosa. Martín, atontado, no supo qué hacer. Hasta el perro, tumbado en el quicial, lo miraba con unos vivos ojos rencorosos.

Su primer intento fue echarse, no a dormir, sino a llorar, bajo la pared de la casa, esperando el día. Mas el temor de que la irritada tía volviese a los golpes, le hizo cambiar de propósito. Tembló al pensarlo. Capaz era ella, en su bravía cólera, de azuzarle el perro para que lo despedazase. Además se le encogía el corazón al oírla allí cerca, a media docena de pasos, escupiendo injurias, como animal de presa al olor de sangre.

Echó a andar Martín, vacilante. Aquello había acabado. Ya no tenía albergue, ni pan. Entonces sintió, en su corazón infantil, sin definirlo, el primer tirón cruel de la vida. Antes de tiempo, niño aún, comenzaba a ser hombre. Después de todo, mejor. Se iría hacia el Puerto, al rincón de antes, a la orilla del mar, a dormir al abrigo de cualquier barca vieja, ya que el molino, matador del padre, los había echado para siempre.

¿Encontraría a Candela? Pensando en ella, le amargó el desafecto de la hermana marchándose sin llevarlo en su compañía. ¿Qué iba a ser de él, solo y mal querido, en el cortijo de Teseguite? No, no se lo perdonaba.

Anduvo largo rato. Siguió la senda de todos los días detrás del ganado, la única que conocía. Pero ¿y después? La noche cerrada en sombra nada dejaba ver en los contornos.

Martín, junto a la pared de un camino, paróse un rato. Aguzaba el oído por si oía el tintineo de algún camello de jornada hacia el Puerto. Nada. El silencio nocturno rompíalo nada más que el canto estridente de los gallos de vez en vez, en un cortijo distante, en alguna casucha del lugarejo.

Fijóse entonces en el ronco clamor, como un alarido, del mar. Parecía una voz que llamaba...

Arriesgóse. Iría al encuentro del grito de las aguas batiendo la costa. Ya la encontraría. Luego, a la vera del mar, orilla adelante, marchando siempre, encontraría el Puerto.

Tardó en llegar, atravesando cerros, huyendo los cortijos donde los perros furiosos salían ladrando a los caminos. No vio un alma. Sólo una vez vio, sobre la tierra, moviéndose, una cosa negra, con unas lucecitas. Y oyó como un crujido. Tuvo miedo. Después pensó si sería algún gato salvaje despedazando algún pobre pájaro dormido.

Al alba, con la luz primera del día, Martín vio la cinta azul del mar, bajo las tintas rosas del cielo. Y allá, lejos, como una gaviota blanca, la vela de una barca de pesca desplegada al viento.

Respiró el muchacho. Era grato el aire del mar en la paz de la mañana. La costa tendía a lo largo su línea de espumas.

—Estoy en camino.

Y continuó andando.

IV

HOMBRE DE MAR

La boda de Candela se remató con muchos comentarios molestos, unas cuantas risas de burla y gorja, y cuentan las vecinas comadrescas que con unos sonantes golpes con que la obsequió el marido en la alegre noche de novios. No es cosa de destapar, con la punta de la pluma, el secreto de estas desavenencias matrimoniales. Allá ellos.

La muchacha, como quien salva un mal paso, contentábase con responder a los indiscretos:

—¡Chincharse!... Ya lo tengo por la Iglesia.

La luna de miel no le impidió recalar, husmeadora y resaladilla, con la pompa de su trapío y el encanto de su labia, por almacenes y comercios resobando, de tan largas paradas, los mostradores y aun malas lenguas añaden que también los fardos de las trastiendas. Yo sigo en mis trece. Allá ellos.

Estaba de Dios. Candela pescó un *caboso* de mar. *Roncote* era Leoncio y andaba en un costero. Ninguna elección más sabia pudo realizar la chica, aunque no es muy meritoria porque de ella hay mucho ejemplo. Maridos de este oficio son los que convienen. Trabajan como bestias de carga y el jornal lo disfrutan apenas. Tres meses de jornada y una semana en puerto, con inalterable repetición años y años,

dan a una mujer más que suficiente garantía de que el matrimonio no es muy molesto. ¡Un chico al año! Es toda la carga que imponen los deberes. Puede que el azar trastrueque las fechas y el crío venga al mundo no coincidiendo el mes, ni el día ni la hora, contando con los dedos, con la anterior y necesaria estancia del costero en puerto. Siempre hay una buena comadre, piadosa en el engaño, que arregle admirablemente las cuentas al tiempo. ¡A todo se hace el hombre con buena maña para convencerlo!

Con el casamiento de su hermana Martín vio los cielos abiertos. No pudo soñar nunca mejor medio de redimir su servidumbre de *palanquín de muelle*, recadero, cargador, a la que salta, el mucho vagar, algo dormir y poco comer.

También sería hombre de mar. Haría el aprendizaje pronto, puesto que de sobra tenía la primera condición de marinero: la vocación.

Tuvo que esperar plaza. Al fin la halló, en el mismo barco, el *Frasquita*, donde León —como le llamaban a su cuñado abreviando el nombre— estaba navegando.

Un día Martín se encontró a bordo. Sintióse extraño, pero contento.

¡El primer viaje! Es para recordarlo toda la vida. Ruido de cadenas filando el ancla, gritos sobre cubierta al izar las velas; después el buque que se despereza y rompe a andar, con choque de olas que levantan en la proa remolinos de espuma y dejan atrás, como un surco en el agua, muerta, la blanca estela que se pierde distante; más tarde la costa que se va borrando poco a poco, las casas doradas y refulgentes al sol, los picachos de los montes con nimbos de luz, muy remotos, en el seno de la tierra que desvanece sus contornos y al fin la inmensidad sin límites, azul, silenciosa y desierta, muda arriba en los altos cielos, impenetrable abajo en el misterio augusto de las aguas. Y así, en estas soledades infinitas, días y días.

Las semanas de pesca en el África fronteriza eran tediosas. La salazón a bordo era una faena ruda. Sobre el sollado la sangraza de los peces abiertos corría con el agua y las escamas, resecándose, se pegaban como una costra a la madera. ¡Y aquel olor! Hasta acostumbrar el olfato producía náuseas indomeñables. Era un tufo repugnante el que despedía el barco, apestoso como el aliento de un estómago con cáncer.

Pero, al mismo tiempo el oficio era divertido. Los lances de la pesca animaban la monótona vida de a bordo. Cierto que muchos días era necesario darle con brío al remo, como galeote al banco, incansable el esfuerzo brutal de los brazos, yendo de un banco de pesca al otro, a veces estérilmente.

También el costero, una goleta de buen velamen y largo andar, si el viento soplaba, iba de un lado a otro, desplegando el trapo, bordeando la costa, la inmensa y cálida costa del Sahara, desde Cabo Juby a Río de Oro.

Desde la borda se alcanzaban a ver las recuas de camellos atravesando el arenal y los rebaños de carneros morunos, de sucia pelambre, sesteando sobre la playa inacabable. Y aquí y allá grupos de moros con sus flotantes jaiques, con sus chilabas, con sus blancos turbantes algunos, y otros astrosos, casi encuerinos dejando ver la greñuda cabeza y las carnes sarnosas.

Fondeaban frente a Santa Cruz de Agadir. Los restos de la vieja fortaleza que fue un día señorío, según cuentan, de los Condes de la Gomera, en un paraje áspero y solitario, destacábanse como un inútil montón de ruinas que ni siquiera de mísera cabaña podían servir a un náufrago. En Río de Oro, el barco quedaba a gran distancia de la factoría, también mísera, a pesar de su fortín y de sus almacenes. Y en los aledaños, un campo salvaje, lleno de matorrales, una llanura árida donde la vida se perdía tediosa y fatigada.

Los marinos isleños congeniaban con los moros de la costa. Eran amigos. Hacían sus tratos y contratos. Sólo de vez en cuando surgían tormentosas querellas. Aquellas moras sucias, semisalvajes, bestias de acarreo, que más de una vez se revolcaban en el suelo hurtando las brutalidades de los bárbaros, sus dueños, eran la piedra de discordia. A veces los moros, iracundos, quemaban la pólvora. Sospechaban infidelidades, sorprendían descomedimientos. Y entonces, ya no hablaban en español extraño, sino que rompían en su jerga, con gritos, en verdaderos alaridos del siglo del desierto.

También se cobraban. Agravio por agravio devolvían, por sorpresa, cayendo sobre algún marinero descuidado, brutales en su lujuria y en su cólera.

Sobre estas aventuras y desventuras las tripulaciones guardaban siempre secreto.

Siempre que la ocasión favorecía robaban los ganados, trayéndose alguna res a bordo.

Precisamente un robo trajo terribles represalias. Los moros, al acecho tras unos matorrales, cayeron un día sobre unos cuantos marineros del *Frasquita*, echados en tierra para hacer leña.

Se les hizo cautivos. No valieron súplicas. Había que entregar rescate. En vano la lancha de a bordo se presentaba en la playa con un trapo blanco a popa en señal de parlamento. Entre los marineros en rehenes estaba León. Del susto Martín casi enferma. Mas, el patrón no daba importancia al suceso. Era cosa corriente. Lo malo era el retardo, que producía un enorme quebranto en la pesca, impidiendo a la vez el retorno del costero, ya medio abarrotado, a los puertos del Archipiélago.

Hubo necesidad de transigir, dando a la morisma enrabiada, aquellos salvajes de duro gesto y mirada torva, la mayor parte de la vitualla de a bordo, con más algunas ropas y trozos de vela vieja.

Desde entonces, quebrantáronse los ánimos de Martín. Sintió una íntima aversión a la vida de costero. Se hablaba mucho de que en aquellas arenas saháricas cualquier día se jugaba la vida o la muerte.

Abandonar la vida de mar ¡nunca! Pero, mejor era buscar un hueco en el rol de un pailebot de cabotaje. Era una vida sin tantos peligros y más cómoda con muchos más días en tierra.

No era fácil encontrar este acomodo. Los barcos de cabotaje son muy codiciados en la marinería. De isla a isla, de puerto en puerto, las travesías se hacen a gusto y sin ningún riesgo. Lo malo son los recalmones y las largas quietudes al abrigo de cualquier recodo de costa, donde no corra ni el más leve soplo de aire o las tenaces inmovilidades en los estrechos de tierra a tierra, separados por cortos brazos de mar, donde las aguas se remansan con un reposo de modorra estival.

Pero, en estos viajes, ni un solo momento se dejaba de ver la costa. Y además producían impresiones variadísimas. No era la misma visión la de la ribera baja, la inmensa sabana de arena que se corría a lo largo de la parte meridional de Fuerteventura, la isla melancólicamente desolada como una planicie lunar, y la de los cantiles al norte de Gran Canaria, las peñas tajadas desplomándose sobre el mar.

De añadidura se hacían estancias en puertos de una hermosura extrema. ¡Aquella ciudad de Las Palmas, semiafricana, medio europea, tendida en la playa, escalonándose monte arriba y abriéndose de anca y esplendorosa, en pintoresco anfiteatro! ¡Y Santa Cruz con sus riscos negros al fondo, como ciclópeos titanes en acecho, y bañándose en las olas el caserío señorial con las torres de las iglesias rompiendo la azul diafanidad del cielo bañado ardientemente en sol!

Tardó en conseguirlo Martín, pero al fin se encontró enrolado como marinero en un pailebot del tráfico. Era el

Buenaventura, casi acabado de botar al agua, con unos cuantos viajes de prueba nada más.

Ya era un mozo hecho y derecho. Sus robustas espaldas cargaban sin fatiga, el agua hasta la cintura, los pesados fardos en las playas del litoral sin muelles ni embarcaderos; su mano era ya perita en el timón, y en las guardias a popa, junto al gobernalle, sabía dar rumbo al barco como el primero, capeando vientos y huyendo traidoras embestidas del mar.

Sí; estaba ya a cubierto en la vida. A cada día que pasaba más y más sentía la pasión de los mares, gustándole las travesías casi más que los descansos en puerto, porque entonces era mucho más dura la labor al banco en la lancha y la callosa mano al remo o cargando sobre las espaldas en la playa los petates de sobordo que eran fletes a reunir para el *Buenaventura*. El vivir a bordo no causaba sobresaltos.

Lo peor era la soledad de la existencia. Cuando saltaba en puerto ¿qué hacer? Se aburría, entrando aquí y allá para apurar copas con compañeros y amigos.

Llegó a pesarle en el corazón el tedio. Mozo, con buen jornal, sin familia, pensó en la necesidad de una casa que fuera la suya, y no el mísero mechinal de a bordo; pensó también en una mujer, la primera novia, y dando vuelta la incansable devanadera de la imaginación tejiendo sueños, pensó, con una incierta y melancólica visión del porvenir, en aquellos muchachos, los suyos, que correrían por la playa, como corriera él de niño, y que vendrían a esperarlo al muelle cuando el *Buenaventura*, fachendoso con su velamen blanco al viento desplegado se presentara a la vista del puerto.

Rumiaba a solas estas ensoñaciones, desbordamiento de un cariño hondo que resollaba a ratos, como las aguas escondidas bajo tierra, que no dan más que rumores sordos,

pero que fecundan el suelo y hacen que broten, señalando su curso, manchas de césped y algunas flores.

Fue en el bautizo de uno de los chicos de Candela. Allí estaba Marciala, una moza henchida de carnes, con ojos negros e incendiados como soles. Las miradas se trabaron, pero lo que es los labios, torpes o comedidos, se negaban a cruzar una palabra. Pero en el sonrojo de ella y en la turbación de él, otra menos lista que Candela hubiese también comprendido cuanto pasaba.

Candela, desde su lecho de parida, donde a ratos reía y a veces se quejaba, puso término al enojoso embarazo de los enamorados.

—¡Martín! ¡Ah, Martinillo! —gritó—. Arrecula un taburete pa Marciala. ¡Si está la indina rabiando! Pos tú ¡con ojos de chernel!

—¡Carrizo! ¡Y qué coplas sacas!

—*Cuando lo digo, digo.*

—Es que...

—¡A *mociar*!

Tras el *moceo* de una noche vino el noviazgo de meses. Luego la boda para luengos años.

V

SALVADO

Con los dedos hacía cuentas Martín en sus ratos de ocio nocturno, espatarrado sobre cubierta, perdida la mirada en la alta claridad de las estrellas y sorbiendo con ansia, en la calma del estío, el aire libre, que venía desde muy lejos, de la mar.

Sí; era cosa cierta. Seguro que ya había venido al mundo aquel primer muñeco que esperaba. Día más día menos, no marraban los cálculos. ¡Y él distante! Una, dos, tres semanas debían transcurrir aún para que el pailebot *El Cometa*, en que ahora navegaba, barco al servicio de los faros de las islas, recalase en Arrecife.

Solazábase, en medio de las murrias, pensando en aquella criatura que habría saludado la vida, como todas, llorando. ¡Y no estar él allí para sorberse a besos las infantiles lágrimas!

Saldría a él, ciertamente. Y miraba sus manos grandes y peludas, echándose a reír como un tonto. ¡Cómo parecérsele el crío! Imaginaba aquellas otras manos, pequeñas, débiles, que se cerraban corajientas en los instantes de enojo, cuando no le cantaban, cuando no lo mecían.

—¿Qué haces, Martín?

—Pues, ya ves, echado.

—Si parece que hablabas.

—Figuraciones.

—Por éstas que son cruces que creí que reías hace un rato. Y solo...

—Pa echar cuentas, no es menester compañía.

En algunas ocasiones, de pronto, sobresaltábase. Ideas tristes, como una fatídica visión de pesadilla, pasaban por su mente con torva luminación de relámpago.

—¿Habrá muerto?...

Y quedaba abismado, perplejo, sin gota de sangre.

Sería horrible. No verlo; encontrarlo bajo tierra, sin besarlo ni un sola vez siquiera, a su llegada, era en verdad lo más cruel que la suerte podía reservarle.

Mas, al instante reaccionaban sus ánimos. Un dulce optimismo, creación de su cariño, desbordaba en su corazón y llevaba a su imaginación visiones y ensueños de una alegría feliz.

¡Oh, las venturas que entonces se prometía! ¡Sentar al chico en las rodillas, dormirlo al son de una vieja canción de mar, sacarlo en sus brazos playa adelante, por parajes solitarios, para que sintiese la fresca caricia de la brisa mojada en las ondas y el cosquilleo en la cara de la radiante claridad del sol!

También se llamaría Martín. Y de chico, abreviándole el nombre, todos le habían de decir *Mar*. Y quedó caviloso, contento de la enorme revelación de esta palabra.

—¿Mar?

Sí; era un nombre eufónico, significativo y bello. Pero, era posible que venciese en su terquedad Marciala. Su mujer empeñábase en que se llamara Benjamín, como su abuelo, el padre de ella.

—¿Benjamín?...

Interrogábase, no sonándole este nombre a nada, por qué habían de bautizar así a un chico, que mañana, como él, sería un rondador de playas y más tarde un lobo de mar.

Llegaba la hora ansiada. Dentro de dos semanas, a más tardar, andarían en Arrecife.

Con aceite para los faros y comestibles para los torreros, abandonados en islillas salvajes y desiertas, salía ahora *El Cometa.* Se hizo a la mar con rumbo a la isla de Lobos, aquel montón de rocas áridas y negruzcas, que se alzaba entre Lanzarote y Fuerteventura, las dos islas más orientales.

Fue corta la estancia allí. Se izaron de nuevo las velas y *El Cometa* enfiló la proa hacia el Norte, costeando el litoral desierto de Lanzarote, una cinta de negra lava volcánica que avanzaba en el mar, en dirección a Alegranza. De noche ya, divisaron el cantil siniestro de la islilla septentrional y se mantuvieron al pairo, arriando trapo, engañando las horas de espera de vuelta y vuelta, al socaire de las montañas de Famara, tranquilos en la quietud de las mansas aguas en la enorme ensenada abierta.

Al clarear el alba, anclaron en la pobre rada, peligrosa en los días de tormenta.

Allí hicieron más larga parada. Verdeaban los míseros campos de la isla, cuatro tirajos de tierra, con el esplendor de las sementeras nuevas. Dos grandes rebaños pastaban, y tres camellos, en la época del celo, bramaban con su alarido de cólera que astillaba el aire, rompiendo aquel reposo de profundo silencio. Erraban sueltos, corriendo el contorno en galope frenético. Los cortijeros, hecha la siembra, descansaban a placer, confiando las esperanzas a la fecundidad engañosa de la tierra, con los ojos contando casi los tallos de los trigales verdes.

Era buena época. No se aburrían los torreros. Si la tierra no era muy fecunda, en cambio lo eran con exceso los vientres de las cortijeras. La recua de los chicos era casi tan grande como los rebaños.

Además había, por entonces, hasta media docena de cazadores de pardelas. Triscaban por los riscos, se aventuraban en los cantiles sin temor al riesgo, azuzando los hurones, disparando las escopetas sobre aquellas aves extrañas, grasientas y hediondas, que colgaban sus nidos en lo más abrupto, cara al mar, amantes de la soledad y del abismo, que volaban con alas torpes y arrastraban por el suelo el plumaje áspero del vientre y que, en la paz de la noche, dejaban oír el hórrido clamor de sus graznidos con un son malagorero.

Daban asco. Al morir vomitaban, y aquel líquido aceitoso, mal oliente, recogíanlo en *gánigos*, toscos cuencos de barro, los codiciosos cazadores.

El Cometa, después de rendir el obligado viaje, encontraba unos pequeños fletes para el de retorno a Arrecife. Montones de pescado seco con que se agenciaban unas monedas más sobre el exiguo rédito de las cosechas, entregaron los cortijeros, en Alegranza, seres anfibios que así ponen unos días las manos sobre el arado como la mayor parte del año empuñan la caña de pescar recorriendo charcones y caletas. Pacotilla de pardelas, saladas, chorreando grasa, con un tufillo pestilente, embarcaron los cazadores, como una de tantas remesas. La caza iba para largo y aquellos avechuchos parecen no extinguirse, multiplicándose en sus guaridas de los peñascales trágicos, en cantil, donde las aguas baten con ímpetu, escupiendo sus espumas salobres inútilmente a los cielos.

Hubo que apresurar el trasbordo, la cerrazón veníase encima a prisa y ya las aguas, con la bravura de *reboso*, se revolvían turbulentas en la rada y sacudían destempladamente a *El Cometa*. Izó éste las velas para ganar el mar libre, huyendo los peligros en ancón tan inseguro de sor-

prenderlos allí la galopante tormenta, que ya lejana rugía, con ráfagas de un aire cálido, aire del cercano desierto y con la neblina de polvo rojizo, arena retostada que el Sahara enviaba corriendo a ras de las aguas que sacudía, que hinchaba, que hacía estremecer con convulsiones rápidas y fatídicamente turbulentas.

Comenzaron estos augurios al anochecer. No podía perderse el tiempo. La sombra, ni el embate de las olas, ni el retemblar del viento, eran obstáculo a que saliese *El Cometa*. Peor era mantenerse sobre las anclas o aguantarse a la vela junto a la costa con escollos de Alegranza, teniendo a un lado el litoral más peligroso aún de Montaña Clara, islilla salvaje, rechoncha, de un bloque macizo, con sus líneas de antiguo y ciclópleo templo.

Era preciso ganar el Río, el canal de aguas dormidas entre Lanzarote y la Graciosa, resguardado por riscos gigantescos de un lado y de otro por la tierra baja de la islita pintoresca.

Ese fue el propósito. Y *El Cometa* salióse mar afuera para hacer la recalada hábilmente y fondear hasta que amainase la tormenta. Navegaron bien en los primeros momentos. Mientras el pailebot afrontó el viento y las olas de proa, remontándose, con retardo pero valientemente, las costas de Alegranza se fueron borrando en la sombra de la noche y en la oscuridad de la neblina y sólo la luz del faro, pálida como una estrella del cielo, guiñaba parpadeante en la densa tiniebla.

—¡Ah, del barco!

Sonó este grito ronco entre el clamor de las aguas. Asomados a la borda nada vieron los marineros de *El Cometa*.

Después, más cercano, oyóse el mismo alarido, como voz que saliera del seno mismo de los mares en cólera.

—¡Ah, de a bordo!

Apenas se dieron cuenta de la trágica visión en marcha. Un bote de pesca, sin vela, sorprendido en la altura, pasó cerca de *El Cometa* como una exhalación. Pareció verse la figura de un hombre, medio desnudo en la popa, aferrado al timón, las crenchas, largas, al viento y pareció oírse el gemido de un herido, tumbado en el fondo de la barca. Precisarse estos detalles no podían, porque la visión fue rápida, como en un trágico desfile de alucinación o pesadilla, que la densa oscuridad hacía más hórrida y solemne.

De pronto se sintió un golpe seco y luego un áspero crujido. Las velas de *El Cometa* trapearon desorientadas y el ruido de un roce constante, el rumor de maderas que se astillan, sonaron de un modo siniestro, espantando a la tripulación con terror supremo:

—¡Se ha perdido!

Los hombres corrieron en todas direcciones sobre la cubierta, que ya las olas barrían, y por los escobenes los chorros de agua saltaban con un ímpetu ciego. Cortáronse los amarres de la lancha y cayó ésta al agua con un chasquido sordo, estremeciéndose temblorosa como con calambres nerviosos de escalofrío. Luego se la vio hundir, abriendo en las aguas un hueco negro, como de fauces monstruosas.

Martín agarróse a las jarcias y trepó a lo más alto del mastelero, respondiendo a un tirón del instinto de vida.

En la locura del pánico, una de sus manos palpando la sombra, tocó la dureza de la roca. Y se asió a la tierra con garra de felino, para trepar, mientras sentía que bajo sus pies, prendidos al mastelero con la piel escamosa y hasta hincando las recias uñas, el barco se hundía lentamente, en medio de las ondas en furioso remolino.

Cuando se halló sobre la roca, los ojos de Martín volviéronse al oscuro e impenetrable cielo, por donde el viento seguía corriendo con bramido espantoso.

No dijo más que unas palabras, que fueron un trágico grito:

—¡Cristo de la Veracruz! ¡que vea a mi hijo!

PARÉNTESIS

Cuantas veces lo he contemplado desde tierra, a larga distancia, en el remoto confín del horizonte, más allá de las otras islas pequeñas, el Roque del Oeste, surgiendo negro y sombrío del mar azul, me ha parecido extrañamente bello. Su silueta recortada destacándose en la lejanía, no sé qué rara forma tiene que los ojos lo miran con ahínco.

También lo he visto de cerca, pasando a su vera en una barca, y he sentido una impresión de miedo, un escalofrío de pánico hondo, no sólo por el cóncavo rumor de las rompientes, sino también porque he sufrido por un instante la trágica alucinación de un rápido desplome del granito, aquellos picachos puntiagudos que se lanzan osados al aire, manteniéndose cara al inmenso vacío.

No es posible imaginarlo sin verlo; ni comprenderlo en toda su grandeza trágica sin haberlo, con angustia en el alma, alguna vez temido. Más que una isla, es un enorme peñón, un bloque de granito, surgiendo, como una infernal aparición, del seno turbulento de las aguas en aquellos mares salvajes.

Majestuoso, imponente, se yergue el Roque del Oeste como un monolito gigantesco.

Junto a su base, las ondas se revuelven, se encrespan, se agigantan, saltan, baten la roca con traidores remolinos. Al pie del Roque, en los covachos, como guarida de monstruos,

el agua rezongando clamorosa dentro, escupe al aire sus espumas.

Es inabordable. Nunca la planta de un hombre profanó el misterio de su soledad. Las mismas gaviotas, que lo rondan en largas bandadas, que en él descansan en las penosas travesías, creo yo que nunca allí colgaron el amor y la poesía de sus nidos. Jamás una barca se acercó, rendida, a demandarle la piedad de su abrigo.

Como tierra maldita, condenada a vivir en perpetua soledad, la huyen los navíos de altura y las barcas de pesca, que ni aun en los días de calma solemne se aventuran a pasar cerca, dejando detrás la huella de las quillas, la alegre melancolía de las estelas como un camino por donde han ido cantando sus esperanzas y sus tristezas los eternos romeros de la mar.

Sobre todo al caer de la tarde, cuando la pálida luz declina en aquellos ocasos del país canario en que parece que el sol se despide por última vez y para siempre, llenando de una tristeza infinita tierra, mar y cielo, espanta ver entre la media sombra el contorno rígido del monolito gigantesco. Parece que avanza, que sigue nuestros pasos, amenazando desplomarse sobre nosotros con ansias de muerte. El chasquido de las rompientes, con su clamor interminable, más cóncavo, más largo, más resonante a la distancia, remeda el chapoteo de unos pies en el agua y sentimos la sensación de algo tremendo que nos persigue, que va a nuestros alcances, que nos echará de un instante a otro toda su inmensa pesadumbre encima.

Se nos encoge el corazón, sentimos frío en los mismos huesos, y casi cerramos los ojos instintivamente para no ver el horror de la catástrofe, mientras el alma tiembla dentro esperando el supremo instante de morir.

Yo cuento mis sensaciones, la angustia estertorosa que alguna vez experimenté de niño muy cerca de aquella mole ingente, negra y escueta, del Roque del Oeste. Comprendí

su grandeza, me impresionó su hermosura extraña y alucinante, y todavía la veo surgir en el divagar de mi imaginación como un viejo sueño de pesadilla que estrujó dolorosamente mi corazón infantil, no hecho todavía a los grandes y trágicos sobresaltos de la vida.

Después, mirándolo a lo lejos, desde la tierra firme de mi isla natal, me ha parecido gallarda su silueta, alzándose arrogante y en jaque de desafío.

Y en mis rezos de entonces, cuando los maternales labios imploraban por los navegantes y nos hacían rogar por ellos, perdidos al azar de los mares, yo recordaba siempre aquel peñón siniestro, que huían los navíos y también las pobres barcas, donde navegaban unos buenos hombres que yo conocía, que yo estimaba, que muchas veces me dieron a compartir su mísero rancho y que, al abrigo de sus chozas y a la luz de las hogueras que encendían en la playa, muchas veces me entretuvieron con cuentos y consejas, los más sabrosos y los más emocionantes que yo he oído y he leído en mi vida.

¡Quién sabe! Ha pasado mucho tiempo... Tal vez alguno de ellos hallara muerte en las rompientes del Roque del Oeste, cuya imagen surge ahora en mi memoria como una visión de pesadilla.

VI

A LA HORA DE LA MUERTE

Martín, al reposar en tierra firme, respiró con ansia. Quiso trepar, andar, reconociendo el terreno, pero era imposible. Las rocas abruptas impedían los pasos.

Era una temeridad en medio de la densa tiniebla aventurarse a una exploración.

Convencido de que estaba a salvo, confióse a la suerte y determinó esperar.

¿Dónde estaba? Ésta fue su pregunta, naturalmente incontestada. Tal vez en algún peñascal de la Graciosa; quizás en la costa misma de Lanzarote.

Tan profunda era la oscuridad que Martín no alcanzaba a ver más allá de un par de brazadas. Percibía delante el *aire* del vacío, y desde abajo subía el clamor de las olas rompiendo furiosas contra las rocas; detrás alzábase el peñascal negro, erizado de picachos y en ellos el viento que los azotaba con furores de vendaval rugía con continuo y estridente rumor.

En los primeros instantes, entre el fragor de las aguas, Martín creyó oír gritos angustiosos, voces desesperadas que se perdían en la soledad infinita del mar.

—¡Socorro!

Aquella voz se apagaba, ronca y dolorosa, por un lado y a la parte opuesta, allí abajo mismo, percibió también un chapoteo en el agua, que bien podía ser de las ondas batiendo la costa y también de algún náufrago que se ahogaba.

Sí; algún náufrago, un infeliz compañero, a la hora de la muerte, imploraba la misericordia de los cielos.

—¡Dios!... ¡sálvame!

¿Qué había sido de los compañeros? La suerte del buque ya la conocía. Lo sintió hundirse lentamente bajo sus pies a la hora última.

También quiso vocear llamando a los camaradas de *El Cometa* para indicarles dónde, como él, encontrarían tierra para salvarse.

—¡Patrón!... ¡Ah, patrón!

Nadie respondía. Escuchábase nada más que el fragor de las olas en las rompientes, y el silbo destemplado del viento al pasar en ráfagas violentas.

—¡Juan!... ¡Acá!

Eran en vano las voces. Tal vez los compañeros, a nado, habían logrado ganar la costa. Luego pensó que aquel silencio de los náufragos podía ser una señal de muerte. Le sobrecogió de miedo la rápida visión de la catástrofe, entrevista, presentida, en todo su realidad dolorosa y trágica.

El instinto de conservación despertándose de improviso, el acoso de un miedo repentino que no pudo dominar, hicieron a Martín erguirse, trémulo, espantado, con los cabellos en punta y los dientes castañeteando.

Ya de pie, sondeó con ojos abiertos por el terror la niebla espesa y cruelmente impenetrable. Nada se alcanzaba a ver, fuera del negro peñascal a la espalda y delante aquel espacio que daba la sensación deprimente del vacío, la impresión de una altura impracticable.

Entonces, gritó a los vientos:

—¡Favor!... ¡Socorro!

Así continuó en su vocear durante largo tiempo. Lejano, sobre el haz de las aguas, percibía cómo el eco, medio apagado, repetía las palabras de angustia:

—Socorrooo...o.

De tanto gritar, su voz se fue enronqueciendo hasta salir de la boca débil, sorda, como el gemir de una bestia desangrada que se muere.

—¡Fa...a...vor!...

Por último calló. No podía más. Las ropas empapadas, que se pegaban al cuerpo, chorreaban el agua; los cabellos, también mojados, se le amasaban, ásperos, ensalitrados.

El frío le llegaba hasta los huesos y comenzó a temblar con convulsión nerviosa de epiléptico, dando diente con diente. El charrasquido de éstos, indomeñable, más y más lo llenaba de miedo, como si estuviese en el estertor último.

En momentos tan graves, casi llegó a olvidarse de sí mismo, tenaz el corazón en traerle a la memoria la visión de su casa, el cariño de la mujer, las gracias de aquel chico ya venido al mundo y que aún no había podido ver.

¡Si supieran!... Cavilando que las angustias suyas de aquel instante trágico hubiesen amargado la paz de los suyos, casi las olvidaba, pretendiendo ahogarlas, destruirlas, como si la voluntad pudiese conjurarlas a su capricho.

Desalentado, calenturiento, temblando siempre bajo la impresión del frío en las carnes, sentóse a esperar la claridad del nuevo día. Sin cerrar los ojos la aguardó horas y más horas que fueron largas, que parecían interminables.

—Mañana —decíase interiormente— mañana saldré de este escondrijo.

Y llegó el alba. Una luz pálida comenzó a clarear sobre el confín lejano de los mares, todavía revueltos y clamantes.

Los ojos de Martín, antes que la incierta luz primera llegase, ávidamente rompieron la sombra, escudriñando anhelosos, los contornos y la vaguedad del horizonte.

Rompió en llanto. Sus lágrimas pareciéronle más amargas que el agua salobre que, desprendida de las greñas y resbalando por su rostro, mojaron antes su boca.

Fue inmensa la desesperación de su desengaño. No le mentían los ojos. Muy familiar le era aquel rincón del mar, que tantas veces, en días de paz, alegremente navegara bordeando la costa.

Estaba en el Roque del Oeste. ¿Cómo? Era, sin duda, un milagro. Nadie creería en un náufrago salvado en aquel peñón alto, escarpado, inabordable.

Pero, era cierto. Allá al fondo, surgía la línea sinuosa de la costa de Lanzarote. Aquí la Graciosa, después Montaña Clara, luego Alegranza. Y distante alzábase la mole del Roque de Este, como un centinela de la tierra firme que ha avanzado en el mar.

Difícil era la salvación. ¿Quién lo iba a socorrer? ¿Cómo rescatarlo? No se alcanzaba a ver una barca en los contornos. Sin duda el temor a las ráfagas del vendaval, todavía vivo, las tenía aún varadas prudentemente en la playa. De *El Cometa* ni vestigios quedaban.

Despojóse de la camisa. Mejor estaba así. El sol secaba misericordioso sus ateridas carnes. La agitó al aire, en la esperanza de que en alguna de las playas fronterizas donde se asientan las rancherías de pescadores, iban a divisar la señal y acudirían las barcas a prestarle auxilio.

Se arrojaría desde la altura, aunque se estrellase, y a nado ganaría la barca que se acercara a recogerlo. Al asomarse

al cantil para medirlo, Martín quedó horrorizado y largo rato estuvo viendo el macabro espectáculo.

Las olas de la rompiente empujaban, a cada vaivén, contra la roca un cadáver. A cada golpe, el duro cráneo sonaba de un modo extraño y la piel desgarrada manaba sangre. En la roca quedaban pegados los manojos de cabello.

Lo conoció. Era Pepe Manuel el contramaestre.

A más comenzaba el festín de las *sardas*. Se las veía revolverse bajo el agua y asomar a ras de onda sus negros lomos o sus blancos vientres de una blancura escalofriante.

Los monstruosos peces, a mordiscos, con sus dientes, de sierra, tiraban de las ropas y de los tirajos de piel del pobre ahogado.

No quiso ver más. Era horrible. Morir así, herido, magullado, despedazado, infundía un hondo espanto.

Martín pensó en su suerte. Sería acaso igual. Ahora, famélico el vientre, le acosaba el hambre. Fue peor. Sintió de un modo horrible la sed. ¡Imposible! no podía prolongarse suplicio tan grande.

De nuevo agitó al aire la camisa, como una bandera de señales. Otra vez probó a dar voces, por si la onda la llevaba a las fronterizas playas.

—¡Favor!

Tan débil era su voz que apenas él mismo la oía. Inútilmente sondeaba el horizonte. No se alcanzaba a ver en la lejanía una barca.

Sus ansias de sediento lo volvían desesperado y loco. Intentó pegar los labios a la humedad de la roca. ¡Fatal idea! El sabor del agua salobre acrecentó sus ansias.

Entonces sintió el vértigo de la demencia, la pasión del suicidio a la desesperada. Mejor era arrojarse desde la altura

estrellándose contra las rocas o sumergiéndose para siempre en el fondo de los mares que la soledad y el desamparo infinito en el islote salvaje e inhospitalario.

Sin embargo, el instinto de conservación aún vivo le hizo esperanzarse. Resistiría.

Cuando ya no pudo más, cuando la sed le acosó, intensa, desesperante, pensó morir a todo trance. Su horror entonces le sacudió hasta la propia raíz del alma. Sus ojos, febriles, extraviados, ya casi no tenían fuerza para abrirse y se cerraban fatigados como si quisieran adormecerse para siempre.

Mesóse con rabia los cabellos. Con tal furia tiraban sus dedos, aferrados a las crenchas, que entre las manos quedaron algunos mechones.

Martín tembló. ¡Sus cabellos estaban blancos! En unas cuantas horas de horror y sufrimiento había envejecido. Sus negros cabellos color de azabache, estaban como el albor limpio de la espuma del mar.

Luego, débil su cerebro, el rumor continuo del mar parecía desgarrarle los oídos y darle golpes en la cabeza con una dureza de martillo. Su cuerpo, de rozar la roca, inmovilizado casi, dábale la impresión de estar en llaga viva.

Y la sed en aumento. No se calmaba ni respirando a pleno pulmón el aire que se había humedecido al correr sobre el haz inquieto de las aguas.

No había más remedio. Acudió al recurso supremo. De morir, que fuese una muerte dulce, en que la vida, sin sentirlo, se fuese escapando poco a poco. Todo era preferible a la muerte brutal bajo el acoso desesperante de la sed, babeando, como un animal hidrófobo.

Decidióse. Hincó con furia los dientes en el brazo. A la primera mordida, los dientes no desgarraron la piel, acartonada, recia. Con nuevos bríos, hundiendo la dentadura

con mayor ahínco, lograron la dura incisión en la epidermis, hasta la misma carne. Comenzó a sangrar la herida. Los labios de Martín se pegaron tenaces a los bordes del desgarrón sorbiendo con delicia su propia sangre. Pero la codicia hacía que el ahínco con que la boca se pegaba a la piel desgarrada impidiera el brote en abundancia de la sangre. Comprendiólo y se entretuvo en dejarla manar para después sorberla con gula porque refrescaba plácidamente sus secas fauces, mientras teñía sus bigotes y manchaba de rojo, un rojo vivo y repugnante, las comisuras labiales y la rala barba que cubría míseramente el mentón.

Con el hambre que arañaba el vientre y desangrándose, Martín sintió que lentamente las fuerzas le iban faltando; que se le caían los párpados, que todo el cuerpo desmadejado y dolorido parecía insensible y como muerto.

Casi no se daba ya cuenta de nada. Sobre los ojos cerrados, como una hermosa visión, sentía posarse aún la alegría de la luz del sol, pero dentro, en los rincones del cerebro, como martillazos, seguía oyendo el rumor colérico de los golpes de mar abajo en las rompientes estrellándose contra el peñascal.

¡Qué bien! Sentía un abandono, un reposo, algo así como si el sueño llegase, pero un sueño extraño, mezcla de vida y muerte, un aletargamiento en que de vez en cuando sentía la impresión de la realidad.

Como en sueños oyó rumores. No pudo precisarlos. Parecían voces humanas discordantes y también semejaban graznidos de aves que se acercaban, que pasasen volando.

Después el sueño se hizo más profundo. Tuvo la impresión de que rozaban su ropa, de que cosquilleaban en sus pies, de que algo blando pasaba por su cara. Era como la sensación de una caricia. Y aquella mano tenía blanduras de plumaje, como la mano de un niño. Como en un delirio calenturiento, confusas las ideas, inciertas las imágenes,

vio al chico recién nacido, el suyo, que todavía no había visto, a su lado dejando caer su mano sobre el rostro del náufrago como velando el largo sueño de descanso. ¿Por qué no cantaba? ¡Ah, si le hubiese enseñado sus viejas canciones de mar!

De pronto sintió un agudo dolor. Era en los ojos como si un dedo brutal los hundiera, como si un torvo pico los arrancara de cuajo. Quiso abrirlos; distendió los doloridos párpados, y nada vio. No oyó más que el rumor como de graznidos de cuervos que antes le parecieron voces humanas.

Bajo la impresión del dolor, incorporóse loco, con movimiento rápido de huida.

Después sintió la sensación del vacío, del espacio libre en que se despeñaba; luego el desmayo, la insensibilidad, la muerte, nada.

INTERMEZZO

¡La poesía del mar!... ¿Quién no la ha sentido? ¿quién no la ha amado?

Los que nacieron junto a la orilla nunca olvidarán la visión de las aguas quietas, azules, con cabrilleos de luz a las horas de sol; los que muchas veces se durmieron al blando rumor de las ondas, y de día, despiertos, soñaron al son de su cantar vago y quejumbroso como un arrullo de cuna, al internarse tierra adentro se sentirán extraños, suspirando por la eterna cantinela que dejaron, lamentando no sé qué amores traicionados junto a la costa, en la arena de la playa que todavía puede que conserve la huella de nuestros pies y hasta el eco del latir presuroso de nuestro corazón.

Se ama al mar con locura, con pasión honda, como se puede amar a una mujer. Porque el mar parece vivir, parece que tiene alma, un alma de niño que no sabe más que llorar o reír. ¿No remeda en ocasiones su rumor, en la paz de las noches con estrellas, un rumor de sollozo, de largo y doliente llanto? ¿No parece a veces, cuando salta juguetón entre las rocas, su cristalino ruido una alegre explosión de risa; de muchas risas?

Cuando a lo largo de la ribera hemos paseado en tardes de soledad, nadie más que él con sus silencios despertó nuestros pensamientos, nadie más que él, presentando a

nuestros ojos la inmensidad azul de su extensión infinita, nos hizo imaginar, crear y sentir, desvelando en lo más hondo de nuestro ser no sé qué hermosos sueños. Nos enseñó también la poesía. ¿Dónde bebimos ésta? ¿Creéis acaso que fue en los libros?

No. Alguna vez en la vida nos hemos sentido poetas. Todos lo hemos sido en una ocasión, cuando los ojos de una mujer prendieron nuestro corazón y unos labios que nos mintieron divinos, tuvieron la piedad de engañarnos diciéndonos que nos amaban. Creímos entonces y soñamos. En ese instante fuimos poetas, porque la música espiritual que dentro de nosotros sentimos, muy íntima, para nosotros solos, era la poesía de la vida que venía a consolar nuestro corazón que se creyó solo y perdido en el mundo.

Y a la vera del mar fuimos también poetas. Ante el piélago anchuroso tuvimos la primera idea de grandeza y la hermosura de lo que es grande, de lo que es fuerte, entrándose en nuestra alma hasta lo más hondo, haciendo temblar de emoción, nos hizo cruzar las manos e hincar la rodilla en una solemne adoración.

En las charcas llenas de sol, hemos visto cómo el agua transparente marcaba nuestra imagen, como si nos dijera que allí había de perdurar siempre. También los ojos de mujer tienen el liviano capricho del agua de las charcas llenas de sol. Cándidos nosotros creemos en la permanencia de la imagen fugitiva.

¡Ah! y el amor es como el agua del mar. Despierta nuestra sed y luego, salobre, no la sacia y es amarga como si se nutriese nada más que de lágrimas.

No hay que beberla, porque en ella está el desengaño a nuestras ansias.

¡Las noches de luna! ¿Quién ha visto algo más bello y hondamente sugestivo? La blanca claridad cae sobre el haz revuelto de las ondas, de las ondas que se agitan con un latir de corazón oprimido, y la blanda reverberación de las aguas deja en nosotros un sedimento de melancolía, un deseo de abandono, como si nos sintiéramos en destierro, pobres seres entregados a la dureza de la tierra, y el alma quisiera escaparse para vivir en el misterio del infinito, en el seno majestuoso de la luz.

Sobre todo, el mar es azul, como su hermano el cielo. Dijérase que las estrellas se asoman por la noche al firmamento, sólo por enviar, asombradas, su blanca claridad al mar, y ver que éste la refleja orgulloso de tanta pompa, de tanta hermosura y de tanta majestad.

No habléis de perfidias. Si se recela, nunca se ama, porque toda hermosura es pérfida y todo amor es mentiroso.

No se diga que el mar no tiene corazón. Ya lo veis ¡a veces llora!

Es quizás la pena de ser cruel, lo que le da el sabor amargo a las aguas.

Creo siempre en el dolor porque él es cariño que sufre. Y si alguna vez he de tender mi mano de mendigo a algún corazón de mujer será cuando al levantar los míos vea, como en los cielos, el iris tras la lluvia, la paz del amor en otros ojos que han llorado.

VII

EN TIERRA

—¡Mi hijo!

Como un suspiro, después de mover los labios con un temblor angustioso, salió esta frase de la boca, pálida y cadavérica, del hombre tendido, espatarrado como un muerto, en el fondo de la barca. La latina vela, desplegada airosa al viento, hurtaba al rostro del doliente los rayos del sol, dejando caer sobre éste una plácida sombra.

—¡Otra friega! —gritó el patrón.

Un marinero roció su mano callosa con caña de la camtimplora y friccionó al yacente. Después lo dejaron de nuevo en reposo, pero fijas en él las miradas siempre, salvo cuando se distraían mirando el avance de las olas o el perfil de la lejana costa.

¿Quién sería el náufrago? Reparaban en aquella cara arrugada, un verdadero rostro de viejo; en aquel labio hendido, como tajado por un corte de cuchillo; en los cabellos blancos, de un albor prematuro que demostraban unas cuantas hebras negras como la endrina esparcidas acá y acullá entre las greñas amasadas y revueltas, donde aún estaban pegados cuajarones de sangre reseca; en los ojos sin brillo, rojizos, que de vez en vez, al abrirse fatigosamente los párpados, giraban como muertos, con señales de violenta

presión, de desgarro brutal, y el pie desnudo, con un dedo cortado a cercén, enseñando el repugnante muñón, todavía fresco, que cicatrizaba el agua salobre, y la piel mordida a trechos en las piernas como si los peces hubieran en ellas entretenido sus dientes agudos como los de una sierra.

Al divisarlo desde la barca, flotando sobre las aguas, lo creyeron un cadáver a la deriva, empujado por las olas hacia la playa. Un ligero parpadeo del náufrago les advirtió señales de vida. Era un milagro. Cosa imposible parecía que flotara, sin movimiento alguno nadando, el cuerpo inmóvil, ya casi rígido y hasta casi hinchado.

No sin esfuerzos lograron arrancarlo a los embates de las olas y meterlo a bordo, a cuyo efecto arriaron la vela, maniobrando al remo.

Ninguno de la barca lo conocía. ¿Quién era? Sin noticias de la catástrofe, desarrollada en la soledad y la sombra de noches anteriores, los pescadores no podían siquiera sospechar la pérdida de *El Cometa*. Sospecharon si sería algún desgraciado que se arrojara al mar, con intento de ganar la costa, desde la borda de algún buque de derrota, al pasar frente a las islas.

Nada podían ofrecerle para reanimarlo. Estaba extenuado. Bien se conocía en la palidez mortal del rostro y en la fatiga con que algunas veces intentaban los pies un movimiento, al instante paralizado por falta de fuerzas o por una crispación de los músculos doloridos.

—¡Eh! ¡*cholombre*!...

Varias veces lo llamaron. No contestaba, afanándose sólo por abrir los ojos y contraer los labios como si le fuera imposible hablar o no entendiera. Tal vez fuese extranjero, algún *musulustre* de los que no hablan en cristiano.

A fuerza de fricciones y de humedecerle los labios con *caña*, el náufrago reanimóse.

—¿Quién *sos*?

—Mar...

—Sí; en la mar estamos. ¿El nombre?

—Mar...Mar...tín.

—¿De qué parroquia?

—Casé en el Puerto.

Poco a poco, entre respiro y respiro, Martín fue contando su desventura. Recordaba las cosas vagamente, como si despertase de la pesadilla horrible de un sueño.

—¿Dónde estoy?

Los marineros, hablando todos a un mismo tiempo, dieron detalles. Era la suya una barca de Haría y estaban de temporada en Caleta Sebo. Allí, en aquel rincón de playa, en la Graciosa, hallaría Martín socorro por lo pronto en la ranchería de pescadores, compartiendo el lecho de cualquier choza.

—¿Y los compañeros?

—Nada sabemos; se habrán salvado o puede que hayan perecido. No hemos visto ni rastro de *El Cometa*. ¿Dónde se trabucó?

—En el Roque.

Trató de incorporarse, pero no pudo. Después, restregóse los ojos, inertes casi, doloridos, y con una expresión de espanto y angustia, dijo:

—No, no veo...

Fijáronse entonces con más ahínco los marineros. Los desgarros en los ojos del náufrago bien podían ser de los dientes de una sarda o del corvo pico de un cuevo.

—Sí, hay daño.

Laváronle con agua, extraída del barrilillo con la *cañuela.*

Inútil todo.

Martín, al abrir de nuevo los párpados, insistió con doliente queja:

—No; no veo...

De su garganta salió un sollozo ronco. Todo el encanto de su vida creyó que era ya acabado para siempre. No era lo peor quedar inválido para el trabajo. Se iría de pordiosero por los caminos, de pueblo en caserío, llamando a todas las puertas. Lo que sentía era algo más hondo y áspero que le estrujaba cruelmente el corazón. Mejor hubiera sido haber muerto y que las olas no hubiesen escupido nunca su cadáver a la playa. ¡Haber estado suspirando tanto por aquel hijo que estaría ya en el mundo, que lo esperaría en la cama dormido al son del blando cantar de la madre! ¡Y no poder verlo!

Al oírlo sollozar, el patrón preguntóle:

—¡Martín! ¡Qué diantre, coraje, que nunca falta para un pobre una *pella*!

—No; no...

Y continuaba hipando, afanoso en distender los párpados como si así, muy abiertos, las muertas pupilas pudiesen ver.

—No veo...

—Disgracia es...

—¡No lo tengo de ver!

Contó entonces la historia íntima de sus venturas matrimoniales, la realidad ahora de sus desdichas ciertas.

Callaron los pescadores, conmovidos. Más de uno se llevó la áspera manga de la camisa de bayeta ensalistrada a los ojos.

El patrón, con piedad, aventuró un consuelo:

—¡Todo por Dios!

Fue un suceso el arribo de la barca a la playa. Al ver que los pescadores sacaban un hombre en brazos, las mujeres que en la orilla esperaban las redes para tenderlas a secar sobre las restingas, alborotáronse, trémulas de ansiedad y miedo. Luego comenzaron a gritar, con voces despavoridas, llamando a las compañeras que se espulgaban sentadas en la arena a la puerta de las chozas o charlando disfrutaban el aire del mar y la ardiente caricia del sol.

—*¡Jelés! ¡jelés!*

Tras los primeros gestos de horror y las cordiales palabras de piedad, las buenas mujeres atendieron a Martín solícitas, desviviéndose en la caridad y en el celo con que lo acorrían. Una le dio también leche, un poco de la leche que aquella mañana, en la costa de Lanzarote donde fuera a buscar agua, le diera un pastor para el niño enfermo.

De nuevo, ante el corro de mujeres, volvió a contar Martín la historia triste de su malaventura y de nuevo volvieron a hipar llorosas ellas, como antes los hombres en la barca, lastimadas de tanto infortunio.

Daba, en verdad, pena oírlo. Sobre todo por la voz débil que parecía mojada en lágrimas, por los cabellos y la barba blanca de aquel pobre hombre prematuramente viejo y por la inútil fijeza de sus pupilas sin expresión, a la sombra de los párpados como dormidas o muertas.

Durante algunos días las buenas mujeres no lo dejaron partir. No marcharía hasta que no estuviese repuesto.

Mientras los pescadores andaban a la mar, las mujeres y los chicos hacían compañía a Martín. Éste contaba toda su vida, los bellos días del molino, la muerte trágica de su padre despedido desde la altura por el aspa, hasta sus horas

de desesperación, de agonía mortal, en el peñón inabordable.

Ellas, sin saciarse nunca, pedían detalles que Martín bondadoso daba.

—Se llama Marciala. Que me casé va para dos años.

—¿Y el chico?

—No lo aseguro a fe, Martín por mi gusto; Benjamín a cuenta de la madre.

—¿Y si salió hembra?

—Entonces, como la limpia y pura Virgen del Carmen.

Otras veces, alguna comadre indiscreta se aventuró a decir:

—Ya lo sabrán. No lo contarán por vivo.

—Sería desgracia.

Guardaba silencio Martín un instante, imaginando la desolación de los suyos si tuvieron noticia de la catástrofe. La habrían tenido seguramente. Ante la sospecha, temblaban sus carnes como si en ellas volviese a sentir el frío agudo, mordiente, de las ropas empapadas por el agua.

Su impaciencia era grande. Al fin, creyéndolo *remendado*, consintióse en la partida. La misma barca que lo recogiera lo trasladó a la costa fronteriza de Lanzarote, al pie mismo del risco de Famara, cuyas alturas escalaba una senda en zigzag. Fue curioso. Al sentirse de nuevo en el agua, al escuchar el chapoteo de las olas batiendo el casco de la barca y estrellándose con ronco rumor sobre la playa, Martín estremecióse como un epiléptico, sacudido por un invencible pánico. Era superior a sus ánimos el espanto al mar. Tapóse los ojos. ¿Para qué? ¡Aquellos ojos que no veían! Luego acurrucóse en el fondo, junto al *eito* de popa; la cabeza entre las manos obstruyendo los oídos para que por ellos no entrase el ronco grito de cólera de las aguas, arrastrando

los *callaos* en las playas y embistiendo con furia los cantiles de la ribera inexpugnable.

Una de las mujeres sirvió de lazarillo. ¿Cómo iba, solo, sin despeñarse, a subir la áspera cuesta el pobre ciego, cojeando, aun sostenido en la cayada, con el dolor del muñón fresco en el pie y los desgarrones de las piernas con la sangre apenas restañada?

Lo llevó hasta Haría. Allí lo entregó a unos camelleros que hacían al Puerto la jornada a diario.

—¡Que caridad no le falte!

A través de las lágrimas Martín creyó ver el rostro de la buena mujer.

—¡Tome! Para el chico.

Le puso en las manos a Martín algo que era un modesto regalo.

—¡Dios lo pague!

—En paz, hermano.

Arrearon las bestias los camelleros y, entre nubes de polvo, la caravana se perdió camino adelante.

VIII

No podía andar más. Con un enorme esfuerzo llegó hasta la entrada del Arrecife.

Martín oyó el áspero chirrido de las aspas del molino de Varona, que señoreaba en el altozano y pidió a los camelleros que lo pusieran en la vereda, que conocía palmo a palmo por haberla corrido tantas veces de chico. Al acercarse, sintió un estremecimiento de placer que le llegó al fondo mismo del alma. ¡Qué grata la sombra de aquellas paredes y qué alegre la música de las velas henchidas por el viento rodando incansables! Las conocía; eran como unos viejos amigos de la niñez.

Llamó con el cayado a la puerta. Desde el alto ventano una voz preguntó:

—¿Quién va?

Martín volvió la cara al cielo, abriendo inútilmente sus ojos.

—Soy yo...

—¿Quién?

—Martín.

—¿Martín?... ¿qué Martín?

—El de Clemente, el otro molinero.

Bajó el molinero y también salió a la puerta la mujer. No conocieron al pronto a Martín. Era imposible que fuese él. Aquel viejo de los cabellos y de la barba blancos, con surcos hondos de arrugas en la cara no podía ser Martín. ¡Si tendría los treinta mal contados!

Recelosos preguntaron:

—¿Qué quiere?

—Agua, si me dan.

Diéronsela a discreción. Creyéronlo cuando contó la muerte de su padre.

—Allí estaba yo. Lo recuerdo; bien lo vieron estos ojos que ahora no ven.

Preguntó por los suyos. No sabían los molineros. Encerrados día y noche allí, sólo al asomarse al ventano veían pasar a los viandantes por el camino y a las recuas de camellos. Con las gentes que venían con grano gastaban poca conversación, pues casi siempre regañaban por el precio o disputaban la calidad de la molienda. ¡Poner defectos a las piedras del molino de Varona que llevaban triturando grano cerca de un siglo!

—Candela ya no viene.

—¿No vive enfrente?

—Sí; ahí sigue viviendo. Se conoce que ahora come pan...

Una mirada colérica del marido cortó la cruel expresión en la boca de la molinera. Insinuaba una historia brutal, que entregaba a las hablillas de las comadres la maledicencia.

—¿Cómo es eso?

—Digo, que no tuesta.

—¿Y Leoncio?

—Pa el moro debe andar.

Después de reposar un rato, acosado de la impaciencia de ver a los suyos, Martín levantóse para marchar. Dábale pena dejar la sombra del molino, la sombra húmeda que tanto conocía, mientras la veleta giraba en lo alto, rompiendo el rumor isócrono de las aspas, con un son que remedaba el llanto de un recién nacido.

Tanteando el suelo con el cayado, Martín se aventuró por la vereda que tanto conocía. ¡Vaya si la conocía! Era la vereda por donde escapaba al Charco de San Ginés, al pie del Lomo, cuyas casuchas se sabía de memoria puerta por puerta. A la sombra de éstas, afianzándose en las paredes avanzaba acercándose a la casa donde su hermana vivía. Y a medida que andaba iba recordando todos los habitantes enumerándolos.

—Aquí vive Pancho García... ésta es la de *Carpeta*... si no se ha mudado, la otra la tenía Pepa Jipiona, la viuda.

Luego paróse, saltándole el corazón con brinco descompasado.

—Aquí es.

No quiso llamar con el cayado. Dio con la mano unos golpes en la puerta. A poco escuchó el chirrido de los herrumbrosos goznes de un postigo que se abría en la ventana baja, a ras mismo del suelo.

Después, una voz, la voz de Candela que decía:

—Perdone por Dios.

—Soy yo, hermana.

—¿Quién es yo?

—Martín...

Sonó un ruido dentro. La misma voz de Candela, entre besos, no cesaba.

—Ven... ¡aquí está pae!

La puerta se abrió y en la ceguera Martín extendió los brazos para abrazar a su hermana, pero en ellos sintió algo blando, caliente, como un cuerpo de un niño.

—Ahí lo tienes... Benjamín.

Los ojos de Martín se distendieron hasta el dolor para ver. ¡Nada! La sombra eterna miraba en ellos. Bajó temblando los labios para besar al chico, que rompió en llanto.

Luego preguntó:

—¿Y Marciala?

—Pos... ¡la pobre!... echólo al mundo... y murió.

Callaron ambos. Sólo persistía el llanto del niño como si llorara su destino, el infortunio del padre ciego y la desgracia de la madre muerta.

FIN

(París, 1908)



III. EL JUSTICIA DEL LLANO

I

EL TOQUE DE ÁNIMAS

Restregóse los ojos llorosos con los puños, y encarándose con su hermano, que echaba humo por nariz y boca, adoptando un aire bravucón, le dijo:

—¡Qué, ni una calera!

—Mejor, más que mejor.

—Me ajogas. ¡Uf!

—Aguántate.

—Se lo digo a mare...

—¡Cuentera!

Y la chica dio un golpe con la mano al cigarro del muchacho y empezó a patear los despojos del *rascabuche*, que al caer al suelo había esparcido sus menudos trozos de tabaco fuerte y de papel recio. Encolerizóse Masillo ante tamaño agravio y devolvió con creces los golpes. Era mayor que la hermana, pues ya contaba sus seis años, y la dominaba a su antojo:

—¡Camello!

—¡Soplona!

—¡Tabobo!

—¡Que te rompo la jeta!...

—¡Ay!, ¡ay!

Nada podía sentir más el chico que aquel desaguisado de su hermana estropeándole el cigarro. No poco trabajo le había costado tenerlo, y aun algunos golpes de otros muchachos. A la salida de un bautizo, aquella tarde, el padrino había tirado al aire un puñado de cigarros para que la chiquillería los recogiera *a la refatiña.* Tiráronse varios a recogerlos, en montón, revolcándose en el suelo, a puñetazos y coces, desgarrándose las largas camisas hasta los pies, únicas prendas que vestían sus desmedrados cuerpos.

Masillo había conseguido, mediante un regular *chichón* que recibió en la cabeza y un mordisco que diera a un compañero, hacerse con un cigarro. ¡Y ahora que lo saboreaba, aquella *perra* de Lelé se lo estropeaba de un manotón!

Corajiento, empezó a rebuscar en el bolsillo de la camisa.

—Fumo y fumo. ¡Rabea!...

Sentóse de nuevo en la estera Lelé sollozando. No cesaba su hipar doliente y de vez en cuando miraba a su hermanito, con ojos de rencor. Cortaba, a intervalos, los sollozos para repetir:

—A mare se lo digo. ¡Ya verás la *tunda*!

Quizás por miedo a los azotes que le esperaban, tal vez por lástima del irrestañable llanto de la chica, Masillo cambió poco a poco de actitud, degenerando su fiero enojo de antes, por trámites, en un mimoso requerimiento a las paces.

—Cállate, y no te pesa.

—No quiero.

—Mira que no te doy...

—¿Qué?...

—Una cosa que tengo.

—Dácala.

Masillo rebuscó bajo la tosca cama, donde dormían los tres hermanitos con la madre, allá en un rincón del cuartucho, escondiéndose bajo la colcha, que llegaba hasta el suelo.

Sonó una música extraña, pastoril, con dejos flébiles, haciendo escalas de notas volantes, agudas y temblonas.

—¿Es tuya la *capiadora*?

—La gané al trompo.

—Dácala.

—Pa «las misas de luz», si madre nos lleva.

Ya se acercaban Navidades. Los chicos preparábanse para las misas de alba de la infraoctava, a las que acudían con sus toscos instrumentos levantando en el instante del Gloria, bajo las bóvedas del templo, aquel estruendo alegre, clamoroso, como el grito de júbilo de un pueblo que ahogaba las graves notas del órgano ya viejo.

—Dácala, —repetía con suplicante acento Lelé.

—Aspera.

Salió de debajo la cama llevando en la mano el tosco instrumento de canutos de caña, de distintos tamaños y diferente grosor, fuertemente unidos con fibras de pita.

—Te doy... verás...

La chica sacó dos higos secos que le había dado la abuela.

—Trato hecho, —dijo el muchacho presuroso.

Con ávida glotonería se tragó la fruta regalada. No dio tiempo a que la hermana se arrepintiera. Por lo pronto le había cortado el llanto, y ya no abrigaba ningún temor de

que su madre, al llegar, le regañara y encima le diera un buen golpe de azotes. Bien sabía que la *capiadora* había de volver a sus manos muy pronto, por buenas o por malas.

Estaban solos. Esperaban a su madre que había ido a lavar a la Poceta, como todos los lunes, llevando a lomos del borrico los talegos de ropa, y *al cuadril* la chica pequeña, Tina, de dos años, que al verse sin la maternal compañía, lloraba como un becerro.

La luz del candil apenas alumbraba un trozo del cuartucho, dejando en sombras los rincones. En uno de éstos, la pila del *tallero* dejaba sonar el ¡glu, glu! del agua cayendo, al filtrarse, gota a gota. Afuera, en el patio, el cerdo removía con ritmo lento, hociqueando, la piedra ahuecada donde le echaban la comida, por la noche vacía, con tenacidad de hambriento. Eran los únicos rumores que rompían el silencio del cuartucho cuando los muchachos cesaban de charlar.

El caserío envolvíase también en un grave silencio. Acaso oíase lejano el tintineo de la esquila de algún camello que conducían, después del trabajo, con retraso, a la gañanía, sonando con enorme lentitud, a compás del tardo paso de la bestia.

—Tarda mare.

—Andará de conversa.

Masillo, cansado de corretear durante el día, comenzó a dar cabezadas durmiéndose. Tendióse cómodamente en la estera para echar un sueño. Su hermana tiróle de las greñas, enfadada:

—¡Upa!...

—¿Tienes *sorimba*?

—Me entra miedo...

La chica volvió sus ojos a todos lados, escrutando los rincones llenos de sombra, con mirar inquieto, y su cuerpo

estremecióse con temblor nervioso. Nunca se había fijado en ello. Al pronto sorprendióle aquel sombrajo que se removía en la pared, alargándose y encogiéndose, sin darse cuenta de que lo proyectaba su propio cuerpo.

—Masillo, mira...

El muchacho miró y al instante incorporóse fanfarrón.

—¿Aquello?...

Y se fue a la pared, descargando un puñetazo sobre el espantajo de sombras, mientras reía con aires de varonil denuedo.

Pero a la chica nadie la sacaba de su constante estribillo:

—Tarda mare.

A cada momento repetía la frase, como si fuese el ritornelo de un monólogo interior.

Nunca, es verdad, había tardado tanto Camila. Cuando no retornaba de la Poceta a donde tenía que ir a lavar, o del Puerto, a donde llevaba la ropa limpia, al sol puesto, apenas si pasaba un poco de anochecido.

Y aquella noche, ya en invierno, con los días cortos, hacía bastante rato que la oscuridad llenaba el cielo, envolviendo además pesadamente el caserío en que vivía la lavandera. Sin duda habría *pegado la hebra* con alguna vecina y charla que te charla, se estaba pasando el tiempo.

Masillo comenzó a bostezar de hambre y de sueño, estirando descompasadamente los brazos:

—¡Tengo un *jalio*!

De pronto rompió el silencio de la noche el toque de ánimas. El plañido de las campanas rodó sobre el caserío estremeciendo el aire corriendo por las callejas, metiéndose puertas adentro en las viviendas calladas, largo, cóncavo, lúgubremente lastimero.

Lelé estremecióse de miedo, y el mismo Masillo arrugó el entrecejo.

—Sí que tarda.

—Me entra miedo.

Lejano sonó el golpe de una puerta: era que cerraban la *lonja* de la esquina, allá al extremo de la desierta calleja. Su luz, que saliendo al arroyo era lo único que durante las primeras horas de la noche orientaba a las gentes que se aventuraban por aquellos contornos, ya no alumbraría.

Después los chicos oyeron también un cantar distante que lentamente se fue desvaneciendo. Y luego, silencio.

Ambos se miraron asustados. ¿Qué hacer? Lo mejor era irse a casa de los abuelos. Pero, ¿cómo atreverse, con aquella oscuridad, a recorrer de un extremo a otro el pueblo, solitario, envuelto en medrosas tinieblas? Además, la madre les reñiría.

Ahora, con mayores recelos, miraba Lelé a los rincones. Parecíale que, por momentos, iba a surgir una aparición de aquellas sombras espesas. Y la llama del candil oscilaba inquieta, y sacudidas por el viento, las maderas del ventano crujían, quejumbrosas, chirriando el hierro viejo de sus goznes enmohecidos. Hasta la cruz, alta, de gruesos maderos, que se alzaba junto a la pared, en la calle, entre el ventano y la puerta, oíanla tambalearse, con rumor áspero, a cada ráfaga de aire fuerte, mal acuñada en el basamento, como si quejándose, en la soledad de la noche y en el desamparo de los hombres, abriese sus brazos desnudos al infinito.

—Sí que tarda...

—Me entra miedo...

Y se volvieron a mirar asustados.

Súbito resonó cercano el rebuznar alegre de un pollino. Su eco hizo saltar jubiloso el corazón de los chicos, que se incorporaron, acercándose a la puerta.

—Es mare.

—Abre.

Ya sonaban en al calleja los pasos del animal y los dos chicos salieron a la puerta.

Ya estaba allí el pollino, muy plantado, resoplando ávidamente, como ansioso de que le descargaran pronto y lo llevasen al pesebre.

En la oscuridad blanqueaban, con una blancura dulce, las talegas hinchadas sobre los lomos de la bestia, y los ojos de ésta, vivos, inquietos, resplandecían como lucecitas.

—¿Y mare?

—Atracito venirá.

Lelé, a los pocos instantes, no pudo contenerse y comenzó a gritar:

—¡Mare!... ¡Ah, mare!

Nadie contestó. Sobre el pueblo dormía el silencio de la noche, soledoso y triste.

A lo lejos, el eco devolvió aquel grito de la niña:

—¡Ma... reee!

Lelé rompió a llorar.

II

EN LA MAJADA

El llano dormía en la mayor quietud, envolviéndose a la vez en el más profundo silencio. Algún soplo de brisa, que venía del mar, corriendo levemente tierra adentro, hacía rodar, con rumor apagado, los altos médanos de arena, que a la luz de la luna, clara y tranquila, a pesar de ser noche de invierno, resplandecía en la larga extensión del paraje solitario, inmenso yermo casi sin lejanías, con su color de oro, que en la sombra nocturna era una mancha blancuzca, rebrillante.

Atravesando la llanura, de vez en cuando resonaba el grito agudo de alguna aguililla que marchaba, descarriada y sola, a buscar nido en las grietas de los escarpados riscos distantes, que cerraban con su cantil pavoroso y su crestería abrupta el horizonte.

Ya hacía rato que los cabreros se habían tendido a dormir al zoco de una aulaga salvaje, en torno a la que se habían arremolinado las arenas. En muchas leguas a la redonda, en todo el *jable*, no había caseríos. Un cortijo acá y otro allá, pero tan distantes, que era muy posible que sus moradores no se hubiesen visto ni un sola vez en la vida.

Habían charlado largamente los cabreros, a la claridad de las estrellas, después de cenar. Luego, fatigados de la

jornada del día pastoreando los ganados, se habían tumbado a dormir cogiendo a placer el sueño.

Cerca de ellos, en los corrales improvisados y bajo la vigilancia de los perros, los rebaños también descansaban. Las cabras agrupábanse, apretujándose, echadas sobre la arena. Algún cabrito balaba de vez en cuando hambriento, con llanto de niño, buscando el ubre repleto de la madre. Un carnero arisco embestía a un compañero, entablando reñida lucha, y el áspero choque de los cuernos sonaba estridente, indicando la intensidad de los ímpetus enardecidos. Pero el ladrido corajiento y los mordiscos del perro vigilante los volvía al forzoso sosiego. También el macho cabrío, desvelado, revolvíase sin cesar entre la manada, corneando a discreción, despabilando el hato con su balar embravecido de celoso.

Un pastor, despertando sobresaltado, gritaba incorporándose apenas:

—¡Jurria!... ¡Jurria, acá!

De no apaciguarse el rebullicio del rebaño, incitaba al perro para que pusiese orden.

—¡Turco!... ¡eh!

La noche era tranquila. Calmoso y sereno el aire, la arena empapada por las lluvias últimas echaba de su seno un vaho helado, que hacía tiritar a las reses en los apriscos. Los pastores también se habían envuelto en sus mantas de pelo de cabra, recias y pesadas, para resguardarse de la humedad del suelo y del frío del aire. Los cinco dormían juntos, y entre el respiro de todos oíase roncar a *Chibusque*.

Ya hacía tiempo que en el silencio de la llanura, a lo lejos, estremecía el aire el ladrido agudo de un perro. Fue el primero en oírlo *cho* Am, el pastor más viejo, a quien despabiló.

—¡Condenao!

Incorporóse, creyendo que era de la majada y que andaba tras de alguna cabra extraviada.

—¡Turco! —gritó.

Y al instante vino el perro. Echado al lado de los pastores estaba *Atrevido*, otro de los perros. Sólo faltaba *Cachimba*. No era extraño, pues solía desertar muchas leguas, corriendo todo el llano enamoradizo y pendenciero, casi siempre vencedor en las riñas de sus rivales, también galanes y bravucones, como él de presa.

Calló un momento el lejano ladrido y cho Am tumbóse de nuevo.

—¡Bah! Andará de *moceo*.

Pero no bien había vuelto a cerrar los ojos, oyó otra vez la voz del perro, que ahora parecía aullar lastimero.

—¡Diantre!... ¿Oyen?

No contestaron los cabreros, que estaban profundamente dormidos. Sólo su hijo, Soleta, que parecía desvelado y que temblaba, contestó a cho Am:

—Será del cortijo...

—Malagora.

—Pue que corra un conejo.

Era posible lo que decía Soleta. Mas, viéndolo temblar, su padre le preguntó:

—¿Tiés frío?

—No.

El aullido persistía tenaz y lastimero. Su eco corría por el llano, perdiéndose como una humana voz doliente en los distantes confines. Parecía trepar por las escarpaduras de

las montañas y al llegar a la altura caer, cóncavo y sonante, sobre la inmensa llanura salvaje.

—No es cosa buena, —dijo el viejo, y llamó a los compañeros, sacudiéndolos para que despertaran.

—¿No oyen?

En aquel momento, ya despabilados los cabreros, el perro cesó de aullar.

—¿Qué es?

—Un perro malagora.

Como nada oían, todos declararon que eran figuraciones del viejo. Tal vez alguna pesadilla.

Cho Am enfadóse. Bien claro había oído, y distintas veces, la voz lejana del can. Como si quisiera robustecer su dicho, hizo que Soleta lo confirmara.

Nada tenía de particular. Puede que fuera algún perro de los cortijos del *jable* que rastreara algún conejo, o que estuviese malherido por el diente de un camello caliente que recorría embravecido y retozón, el llano. También podía ser que avisara el paso de un perro carnicero que se acercara cautelosamente a los rebaños en descanso, con propósito de descuartizar alguna res, o que en lucha con un gato salvaje, bravos como tigres que salen de sus guaridas hambrientos, hubiese sentido que las garras felinas le rajaran la piel y desangrándose imploraba, con aullar siniestro, un socorro imposible.

De todos modos, había que estar alerta. Si era camello caliente, era necesario evitar su asalto de fiera en la época del celo, al olor de carne humana. No lo temían. Acostumbrados estaban todos a ello. Casi todas las noches los sentían correr el llano de un extremo a otro, bramando con alarido trágico, rápidos como flechas, con un galope más enardecido que el de un caballo, *chirrinquiando los dientes y tocando*

la vejiga. Sin embargo, una sorpresa, de estar los cabreros dormidos, era un gravísimo peligro.

Peores eran los perros carniceros; con ellos, que llegaban sigilosos al ganado, haciendo presa para después huir a campo libre, tenían que luchar con los garrotes, cuerpo a cuerpo muchas veces, cuando los malditos, acosados y heridos, defendíanse y acometían con desesperada resistencia.

De nuevo volvió a sonar el ladrido del perro.

Era cierto, pues, el dicho de cho Am. Pusieron atento oído para fijar el sitio donde se hallaba.

—Paece *Cachimba*, —dijo su amo.

No había duda. A cuatro leguas que ladrara, al instante lo reconocería.

—¡Y es sobre el camino!, —añadió otro.

También parecía confirmado. Sólo con fijarse en que el cantil de la cordillera de montañas en cuya base se tendía a todo lo largo el camino, faldeándolas, parecía ahogar al pronto la voz del perro y que el eco la redoblaba en la altura, arrojándola clamorosa sobre el silencio del llano, podía determinarse con certeza hacia qué lado estaba el pobre animal malherido.

—Lo eslomo, —dijo el amo.

Silbó entonces con fuerza, astillando el aire. En la calma de la noche serena cruzó el espacio aquel silbido agudo, penetrante, estremecido por un ímpetu de cólera. A distancia, como si contestara, ladró de nuevo llamando, al parecer, el perro. Parecía pedir auxilio.

—¡Recondenao!... ¡Revienta!

Mas, teníale ley al animal. Fuera de las escapatorias nocturnas, por las que había llevado buenos golpes sin enmendarse, era dócil, vigilante, un buen compañero, y cuidaba escrupulosamente el rebaño.

—¡Ya te las ajustaré!

Como no acudía al silbo imperativo, el cabrero decidió, después de exacerbado por la ira, ir a buscarlo. Buen trecho tenía que andar, pero buenos golpes iba a repartir. Escupióse las manos y empuñó enfurecido el garrote, esgrimiéndolo, como si ya tuviese delante, como un reo contrito y en punto de ajusticiar, al pobre animalucho.

Rápido echó a andar, cruzando el llano hacia el camino fronterizo, que se tendía allá, al zoco de los altos riscos, a más de una legua de distancia.

Los pastores, en tanto el compañero a la luz de la luna atravesaba la llanura sin veredas, a cada minuto astillando el aire con su silbido estridente, tornaron a tumbarse envueltos en las mantas. La curiosidad por un lado y el afán de vigilancia de otro, por si corría la majada peligro de un asalto, les despabilaba el sueño. Soleta era el más desasosegado, y aquel temblor le persistía y de soslayo miraba a su padre y a los cabreros, echado en la arena y fingiéndose dormido.

Volvió a reinar un profundo silencio al cabo de un rato. Ya no se oía el aullido siniestro del perro turbando la muda soledad del llano. En los apriscos, después del rebullicio de las reses ante el vocerío de los cabreros disputando, los rebaños dormitaban en el más reposado sosiego. Hasta el macho levantisco se había espatarrado, con soñera de fatiga, hasta que clarease el día nuevo, todavía muy lejano.

Pasada una hora larga oyóse una voz:

—¡Ah, de la majada!

Era el amo de *Cachimba*, que desde muy lejos llamaba. Incorporáronse todos, menos Soleta, que continuó arrebujado en la manta.

—¿Qué? —gritó cho Am, haciendo tornavoz con la mano para que sus palabras, venciendo el soplo del viento, llegasen a la mayor distancia.

—¡Desgracia! —contestaron.

La voz del cabrero produjo en todos un hondo sobresalto. ¿Qué sería? Alguna cabra quizás descuartizada, algún camello que desde la altura de las montañas se despeñara.

Llegó a la majada el perro anunciando al amo, retozón y bullanguero. No tenía ninguna herida el animal.

Al poco rato, y a la claridad lunar, distinguióse la figura del cabrero acercándose a la majada. Los pastores creyeron oír algo como un llanto.

—¡Veréislo! ¡Un *baifo*!

—¿Y a cuál falta?

Todos quisieron revisar los hatos, a ver a quién los perros carniceros habían robado el cabrito.

Pero ya llegaba el pastor, y todos quedaron sorprendidos cuando vieron entre sus brazos lo que porteaba.

—¡Una creatura!

—¡Dios nos valga!

III

LAS LAVANDERAS

El oficio era de abolengo en la familia. Las Cuervo lo habían venido ejerciendo desde tiempo inmemorial. No sólo en la Villa, su solar nativo, eran conocidas, sino también en otros pueblos de la isla, sobre todo en el Puerto, donde más trabajo hallaron siempre. La escasez de agua les daba una importancia grande, en calidad de lavanderas, aunque muy pocos rendimientos si se tienen en cuenta los sudores invertidos. Los pies descalzos, andando los caminos, y los brazos desnudos, de remojo casi todo el día en el agua, padecían los horrores de una labor tan penosa como el oficio imponía.

De generación en generación, iban transmitiéndose la clientela. A las Cuervo nadie les disputó nunca los charcones de agua salobre en la Poceta, para lavar ropa ajena, ni aun propia. Teníanlos como un feudo hereditario, sólo compartido en los años malos, épocas trágicas de hambre y sed, en que desde los más remotos lugares venían por agua ranchos de gente miserable, a punto de morir, famélica, y los rebaños llegaban a abrevar, sin fuerzas para andar, dejando en el camino, a cada jornada, unas cuantas reses desfallecidas o muertas.

La vieja Carmen ya hacía tiempo que, medio paralítica del reuma, hinchada, había dejado el oficio. Ahora lo ejercían

sus dos únicas hijas, Camila, viuda y con tres chicos, y Petra, casada y sin críos. Ambas se habían repartido la antigua y constante parroquia, deslindando las jurisdicciones. Camila iba dos veces por semana al Puerto, a recoger y entregar la ropa. Petra hacía iguales jornadas a Tiagua, atravesando el Volcán, aquella masa de lava petrificada cuyas aristas le desollaban los descalzos pies.

Era aperreado el oficio. Tenían que correr de un extremo a otro de la isla. Y todo para sacar un mísero jornal. Con mil fatigas, a fuerza de privaciones, podían ir sacando adelante la vida.

Aquel camino de la Poceta, de tanto andarlo, se lo sabían de memoria. En él nació, un día de jornada, Tina, la pequeña de Camila, sin que ésta interrumpiera la marcha y menos la dura labor indeferible. Siempre recordaba aquella fecha de singularísima memoria.

Salían del pueblo al alba, emprendiendo el camino en dirección a la Poceta. Allí trabajaban, fregoteando la ropa en el agua, tendiéndola después al sol sobre las pitas, vigilándola hasta que se secara y después recogiéndola, amontonándola diligentes dentro de las sábanas, que anudaban fuertemente, para cargar los fardos repletos a lomos de los pollinos.

A distancia, mirando desde el llano, era una nota hermosa la ropa blanca tendida al sol. Destacábase entre los cercados de tunerales, que eran una mancha verde oscura, y los grupos de palmeras, que tenían por fondo, en aquel rincón de los montes, que con una cortadura en cantil de muchas lenguas se extendían mar afuera y llanura adentro, el negruzco tono del risco basáltico, desolado y repulsivo.

No era malo el camino a la Poceta. Faldeaba las montañas, corriéndose al pie de ellas, a la orilla misma donde comenzaba el inmenso páramo de arenas movedizas, con aspecto de africano desierto. Estaba libre de los inconvenientes de otras sendas que atravesaban la llanura, ya hacia Sóo, ora

hacia la Caleta, que el menor soplo de viento borraba al rodar los médanos desde la costa tierra adentro.

Pero era también temible. Las lavanderas, antes de lanzarse a recorrerlo, lo escudriñaban. Antes de descender al llano, desde la altura, delante de la cual se abre la inmensa extensión libre, teniendo al fondo el mar sin límites, reconocían el campo antes de lanzarse a él. Si el viento soplaba fuerte, con furia desencadenada, renunciaban a la jornada. El cierzo, dando de frente, impelía con ímpetu ciego los remolinos de arena, que cegaban los ojos, desgarraban los trajes y azotaban la cara hasta hacerla sangrar.

Cuando llovía era necesario asomarse también a ver el decrecimiento de las aguas del barranco de Maramajo. Encajonadas en un cauce estrecho, que atravesaba el camino, corrían con ímpetu loco, saltando y revolviéndose airadas, clamorosas, siempre con la amenaza de destruir cuanto hallaran al paso, descuajando peñascos, arrastrándolos, álveo abajo, con estrépito pavoroso que resonaba lúgubremente sobre el llano.

Y ofrecía, en tiempos de lluvia, otro peligro el camino... Escarpado, alzábase sobre éste el cantil de la cordillera.

Al humedecer el agua la costra, desprendíanse grandes trozos de piedra, que caían a plomo en algunos sitios, y en otros rodaban con impulso destructor extraordinario. A la vera del camino un sinnúmero de toscas cruces de madera señalaban muertes trágicas.

Esto era en invierno, que en verano el sol agresivo, retostando la arena, haciéndola reverberar de un modo cruel y asesino, cuando no enfermaba los ojos, hacía enloquecer con tremendas insolaciones.

Como si esto no fuera bastante, en aquel camino acechaban a las lavanderas otros enemigos, con los que veíanse obligadas a mantener heroicas luchas. Ya eran los camellos en celo, sueltos, dueños del llano, que corrían a su placer y que acometían a cuantos seres humanos encontrasen en

sus frenéticas andanzas; ora eran los cabreros, que ocultos en algún covacho o bien escondidos tras de las aulagas salvajes, de pronto las sorprendían, asaltándolas con acometividades brutales, enardecidos, a la desesperada.

Siempre igual. Año tras año, de mozas a viejas, de generación en generación, mantenían el oficio. Y dos veces a la semana, cuando hacía buen tiempo, se veían pasando y repasando el camino, los pollinos con la carga a lomos, y las mujeres tras ellos, medio acansinadas, los pies descalzos, animando con un cantar melancólico el andar lento de las bestias, ahuyentando la propia soledad medrosa y despabilando el enorme y trágico silencio de la llanura, allá muy lejos roto también por el eterno grito del mar.

IV

LOS PASTORES

Eran los amos del *jable*. Habíanse adueñado del erial inmenso por tradición. Si alguien alguna vez quiso disputarles la posesión, caro costóle el atrevimiento.

Vivían los cabreros como una tribu salvaje. No conocían más trato humano que el recíproco entre ellos. Cuando uno desertaba, por viejo, un hijo, que había hecho de muchacho el aprendizaje, reemplazábalo en el pastoreo del hato a su cuidado. Apenas si hablaban algún día con los pescadores que atravesaban la llanura, vereda adelante, y muy poco conversaban, si es que en rarísima ocasión lo hacían, con los camelleros, que iban a rozar aulagas y codesos agrestes para cargar las bestias y llevar combustible a las caleras distantes.

Tenían las majadas juntas. No había temor, sin embargo, de que las reses se confundieran. Conocían de sobra las voces de sus pastores respectivos y el ladrido de los perros, puestos a su vigilancia; aun en montón, con sólo el silbo del cabrero, cada rebaño se formaba al instante, sin el menor entresijo.

A golpe de vista, no teniendo que contar, los pastores sabían si faltaba alguna res, retrasada en la marcha o que había desertado durante el descanso nocturno. Difícil era el extravío, pues los perros vigilantes impedían toda fuga.

Bien descuidados podían dormir. Al abrigo de la choza, en los meses de invierno, y sobre la arena refrescada por el viento que venía del mar, al atardecer, durante el verano, reparaban las fuerzas por la noche con sueño de reposo, profundo y tranquilo.

En las noches estivales, claras y calmosas, a la luz de las estrellas, prolongaban, charlando, la velada, tumbados a placer. Y por las mañanas, en todo tiempo al romper el alba, despabilaban el ganado y cada cual, en distinta dirección, marchaba, atravesando el llano en busca de pastos, detrás de su rebaño y en la amigable compañía del perro.

Seis eran los pastores que usufructuaban aquella parte de la llanura y que convivían en paz. Cho Am era el más viejo, y su tipo patriarcal con las barbas blancas, amén de su sabiduría, y con más su entereza de carácter, infundía en todos no quebrantados respetos; él mandaba a su antojo, y nunca dejó de ser obedecido. Reprimió muchas veces las malas mañas de Pacorro, inclinado al latrocinio, y que al menor descuido hacía de las suyas apoderándose de cuanto hallara al alcance fácil de la mano, porque cobarde, pero astuto, jamás intentó ninguna violencia.

Soleta era instintivo como una bestia. Fornido y alto, nada resistía al empuje de sus puños, y hasta Casi, un mocetón también de recia contextura, hábil en el juego de palo, que esgrimía con todo arte, y certero con la honda, poniendo la piedra allí donde su intención quería, muchas veces doblegóse por miedo ante las intemperancias de Soleta.

Completaban el grupo Chano, que ya llevaba contados los cuarenta, galán enamoradizo a pesar de los años, cantador sin par entre los compañeros y en el pueblo, requerido siempre para coplear en los *ranchos de ánimas y de Pascuas*, ya salmodiando a los difuntos, ya entonando villancicos navideños; y Gorgojo, un mozalbete esmirriado, canijo, con unos cuantos mechones de greña blanquizcos en la cabeza, los ojos cadavéricos y de un mirar melancólico y

condolido, que parecía pedir lástima para las miserias de su cuerpo enclenque y de su piel enferma.

No lo pasaban mal en aquellas soledades. El trajín del pastoreo los ocupaba durante el día. Aunque separados, su soledad era entonces menos llevadera. Y por la noche, a comer en comandita y dormir en montón. Casi no había entre ellos ni el tuyo ni el mío, viviendo en una dulce edad dorada, en plenos tiempos primitivos. Salvo los ganados, lo demás era común. A escote sacábase el *gofio* de los zurrones y la leche caliente de las ubres fecundas de las cabras. Si un día lograba cualquiera de ellos una sandía de regalo, partíase entre todos a rajas iguales; si, por intercambio con los pescadores, alguno traía un manojo de *tollos* o alguna *jarea*, después de regodearse todos, al calor de la hoguera donde el pescado seco se asaba, con el tufillo picante, apetitoso de la pulpa tostándose sobre las ascuas, olfateando codiciosamente el rico y raro condimento, partíanlo como hermanos, sin que nunca hubiera disputa por trozo de menos o pedazo de más.

Solían también regodearse, en tiempo de cría, con un *baifo*, uno de aquellos cabritos nuevos, que sangrando, despellejado, chamuscaban entre las llamas vivas de los tizones de aulaga.

Eso sí, estaban condenados a vivir lejos de la casa familiar. Acaso si de año en año alguno veía a los suyos, llegándose hasta el caserío distante donde los otros vivían. Al atardecer, esperábalos Juanín con el burro en la majada. Ordeñábanse los rebaños, y la leche en zurrones era llevada por el muchacho al caserío para que allí las mujeronas hicieran el queso y utilizaran, para mantenerse, el suero sobrante, que también vendían.

Mujeres, muy de tarde en tarde llegaban a la majada. A traer una camisola remendada a cho Am solía venir la hija, o con un calzón de lienzo para su hermano. Así también la madre de Gorgojo con una montera nueva, o con un pedazo

de suela sin curtir para que hiciera soletas, aquella especie de sandalias que gastaban todos los pastores.

Y nada más. Como todos los días venía Juanín, él porteaba la provisión de gofio y la ristra de cebollas, en su tiempo, para el *conduto*.

A lo lejos, de vez en cuando, alcanzaban a ver algunas mujeres en el llano los cabreros. Era muy raro que se atreviera a hacer la jornada una sola, aventurándose en aquel descampado y silencioso desierto, que espantaba los femeniles ánimos más intrépidos.

Un grupo de leñadoras *rozaba* las matujas salvajes, a golpe de horqueta, que en sus manos, llegado el caso, era una tremenda arma defensiva; y estas faenas eran muy de tarde en tarde. También en verano solía pasar, vereda adelante, camino de la Caleta, en el rancho de pescadores, alguna mujer al servicio de la barca y que, por algún menester, iba al pueblo.

Únicamente, dos veces por semana, desde lejos, allá por el camino de la Poceta, se alcanzaban a ver las siluetas de las lavanderas moviéndose a la zaga de los pollinos.

Eran, pues, los cabreros dueños absolutos del llano. No había cuitado, ni aun los verdaderos poseedores de los terrenos, que se atreviera a disputarles el campo, y menos a impedirles el libre trajín del pastoreo. Si algún legítimo dueño, codicioso de una cosecha, se atrevió a laborar el arenal, bien pronto hubo de arrepentirse. Sin saber cómo, el pobre camello que tiraba del arado, abriendo los surcos, de pronto cayó en tierra, bramando dolorido y con una pata rota. Era de presumir que una piedra, tirada con honda a mucha distancia, por alguien que se escondiera detrás de un matorral de aulagas o tras un alto médano, ¡quién sabe dónde, en la extensión enorme del arenal!, derribara, malherida, a la pobre bestia. Y si esta advertencia no había sido bastante imperativa y el amor propio picado empeñábase en fecundizar el campo, surcándolo y sembrándolo de

centeno, bien seguro era que al crecer, espigar y resecarse la mies, sería un curioso espectáculo contemplar el inmenso incendio alumbrando siniestramente la llanura y poniendo cárdenas ráfagas en el aire, durante el silencio de la noche y en medio de la soledad de los campos.

V

EL MISTERIO

Quedáronse admirados los cabreros al ver llegar a Casi, teniendo por heraldo al perro, con una criatura en brazos. La primera impresión fue la sorpresa alarmada.

—¿Qué?...

—¡Un crío!

Y al instante, Casi mostró a los compañeros el hallazgo. Era una niña, y apenas si rebasaría con unos cuantos meses los dos años. Su refajillo de bayeta roja aireábalo el viento, dejando al descubierto los pies descalzos. Las manos, llenas de roña, sin duda tierra amasada con agua, formando costra, llevábalas a los ojos, restregándolos con ardimiento incontrarrestable. Cuando separaba los puños, el dulce mirar de sus ojos infantiles escrutaba en torno con doliente curiosidad. Su pelo negro, corto, y desgreñado, daba más triste aspecto a su carita mimosa y bella, en que apuntaban futuros encantos de mujer.

—¿Ónde campaba?

—Allá por el Reventón, a la banda acá del camino.

Contó Casi cómo la había encontrado. Estaba sola la niña, salvo la compañía del perro ladrando, sentada en el suelo, gimoteando con hipo ronco ya de tanto llorar.

Cho Am la acarició, preguntándola:

—¿Cómo te llaman?

La niña no respondió, y de nuevo, como si tuviese miedo, rompió en lloro infantil inconsolable.

—¿Quién es tu padre? —insistió a los pocos momentos el viejo, suavizando la voz, mientras con sus callosas manos de gañán, con dulce presión de los dedos, poniendo en ella un cariñoso instinto paterno, acarició el rostro de la niña en son de mimos y fiestas.

Como no le respondiera, insistió otra vez:

—Anda, di, ¿quién es tu padre?

La niña, entre un sollozo y otro, con la respiración entrecortada, dijo:

—¡Ma... ma!

Parecía que llamaba con grito doliente y desesperado.

Tal vez tuviera hambre. ¡Dios sabe cuánto tiempo estaría abandonada en el llano!

Cho Am mandó a Soleta que ordeñara una de las cabras. Al meterse entre los rebaños en montón, las reses levantáronse asustadas, intentando huir, mientras los perros súbitamente se lanzaron a contener el movimiento de escape, ladrando con tan desaforadas voces que rompieron por unos instantes el augusto silencio de la noche sobre el páramo deshabitado. Con agilidad certera agarró, al correr, una cabra por la pata, derribándola; después, tranquilamente, la ordeñó.

Sí que le supo a gloria la leche caliente a la niña. Con hambre codiciosa al principio, con gula regalona luego, sorbió en el *gánigo* la leche espumosa y apetitosa.

Calmósele, entonces, el llanto. Casi llegó a sonreír. Sin embargo, su mirar sobresaltado giraba a todas partes con

inquietud medrosa, y al fijarlo en Soleta, con un mohín de susto en el rostro, estremecióse su cuerpecillo con temblores escalofriantes.

De vez en cuando, queriendo iniciar el llanto, repetía su grito de llamamiento y súplica:

—¡Ma... ma!

Al advertir leves convulsiones de la niña, cho Am dijo a Casi:

—¿Qué aguardas? Acostarla y arroparla. Mañana será otro día. Paese friolera. Échale mi manta.

Casi obedeció, y lo mejor que pudo, acomodó la niña sobre las mantas. Hasta para mejor acallarla y dormirla, a media voz comenzó a cantarla. La niña, sin duda extrañada del lugar y de la compañía, notando la ausencia del calor materno, rompió otra vez a llorar, repitiendo su constante gemido:

—¡Ma... ma! ¡Ma... ma!

Al fin, cansada, durmióse. A la clara luz de las estrellas su rostro infantil, hermoso y dolorido, todavía con la expresión de los últimos llantos, inspiraba una honda simpatía de lástima. Casi, no pudiendo contenerse, como si un desconocido cariño muy hondo le tirara dentro, limpióse con la manga de la camisa los labios, para quitar el sabor del tabaco, y doblando la cabeza con temerosa y precavida actitud, besó en la frente a la criatura dormida.

—¡Hijita!...

Y su media voz sonó ronca, como enternecida. Quizás también se humedecieron sus ojos. Era una inexplicable emoción de ternura en aquella naturaleza tosca y salvaje, sin duda porque era la primera vez que acariciaba un niño.

Acordaron que uno de ellos hiciera guardia, mientras los otros descansaban durmiendo. Era posible que la niña fuese de algún cortijo y que se extraviara. Pero, ¿cómo? Su edad

no era para aventurarse andando por el llano. También era probable que fuese de alguna leñadora. Y ¿cómo la había abandonado en el *jable*? El misterio no podía desentrañarse tan fácilmente.

De todas maneras, si era extravío o era desgracia, vendrían a registrar la llanura los parientes. A tan altas horas no procedía mandar a los cortijos. Lo mejor era esperar a que llegase el día.

Mas, por lo pronto, era necesario vigilar, para dar aviso en caso de que se viera aproximar gente a la llanura.

A Gorgojo le tocó, por orden de cho Am, montar la guardia. Tiempo tenía al día siguiente de dormir, a la hora de más sol, cuando se amodorraba el ganado después de beber a placer. Bien le encargaron que no se durmiese, y bien sabían que el muchacho cumpliría estrictamente la consigna. ¡Y dándola cho Am...!

Necesitaba estar muy despabilado, avizorando si aparecía alguna luz en la llanura y con el oído alerta, por si escuchaba voces llamando en todo el inmenso contorno.

No se durmió. Alguna vez engañólo el grito lejano que, resonando en el desierto arenado con eco no agudo, le traía aquel: —¡Guiii! ¡Guiii!

Era una aguililla que revolaba a distancia, malagorando fatídica, y, al cabo, pasaba cerca de los cabreros, como una sombra negruzca y trágica en la claridad luminosa de la noche con estrellas.

Nada se escuchaba ni nada se veía.

En guardia, vigilante, pasó las horas nocturnas, llenas de soledad y silencio en aquellos parajes. Ya el lucerillo de la mañana, melancólico y piadoso, se despedía, con sus últimas guiñadas de luz, cuando despertó a todos los pastores el grito de la niña, que repetía con doliente gemir:

—¡Ma!... ¡Ma!... ¡Ma!...

VI

RASTROS

Cuando los cabreros despertaron al grito plañidero de la niña, vereda adelante venían ya los pescadores hacia la Caleta. Aún la claridad del día no alumbraba el arenal; sin embargo, los pastores conocían que se aproximaba la gente de mar, porque brillaba en la oscuridad, a distancias, el resplandor de los cigarros, como leves puntos de luz, y porque, venciendo al viento que venía de la costa, el eco de un lejano cantar henchía el aire de melancólicos dejos, apagado, monótono, soñoliento.

Cho Am fue el primero en resolverse.

—Menester es avisarlos.

—Salir al camino.

—¿Quién lleva el crío?

—Yo —contestó rápido Casi, quien sentía algo como una pena honda y secreta ante el temor de separarse de la niña.

Había dormido la pobrecilla durante la noche a su vera y de su calor, vigilándola como si fuera una hija. En su corazón de célibe, siempre solitario en el llano, sin haber puesto jamás los afectos, como adormecidos, pero intensos, allá muy dentro, más que en el perro o en las reses de su

rebaño, y en éstas prefiriendo siempre las más viejas o las enfermas de muermo o sarna, a las que curaba y cuidaba con todo ahínco; ante aquella criatura desvalida y descarriada desbordóse una gran ternura, incomprensible, que, bajo las formas de expresión más tosca, revelábase apasionada y fervorosa, pronta a la emoción y a los cariñosos abandonos.

—¿Quién me acompaña? —preguntó Casi.

Todos, como si necesitaran en la comisión que iba a parlamentar hombre de autoridad, contestaron al mismo tiempo:

—Cho Am.

Ya se acercaban los pescadores. No había tiempo que perder, pues podían pasarse vereda adelante y entonces era más penosa la jornada para darles alcance.

—¡Avisarles!

Sonó un silbido largo y agudo que resonó agriamente en la llanura. Al pronto notaron que los pescadores se paraban; mas, bien pronto, quizás después de un breve cambio de palabras, reanudaron la marcha. Pacorro entonces gritó con fuerza:

—¡Ah, del camino! ¡Asperarvos!

A grandes trancos andaban cho Am y Casi con la niña en brazos, atravesando el arenal, desde la majada a la vereda por donde iban los pescadores; éstos, al oír las voces distantes y divisar los hombres que se acercaban, previniendo un asalto en el descampado, cosa que no era rara, pues allí solían ventilar sus querellas cabreros y pescadores, desenvainaron rápidos los cuchillos, sin dejar la marcha, recelosos, dispuestos a afrontar con denuedo la acometida a costa de sangre.

Ya estaban muy cerca los cabreros, casi bordeando el camino.

—Nos toman la delantera.

—Atrás no recala naide.

Replegáronse formando un grupo los doce pescadores. Eran muchos más, y de no saltar otros cabreros al camino, caso de estar escondidos detrás de los médanos o del matorral salvaje, no había cuidado. Pero lo mejor era parar en firme y esperar.

La voz de cho Am les desarmó los arrestos reñidores:

—¡De paz!

—Alléguense, pues —contestó, gritando también, uno de los pescadores del grupo.

Luego, en voz baja, como si quisiera ahuyentar todo temor de los compañeros, añadió:

—Es cho Am...

Cuando estuvieron al habla, siempre a distancia, cambiados los saludos, el viejo pastor puso en autos de lo acontecido a los pescadores. Quedáronse éstos asombrados. Miráronse unos a otros y todos declararon que la niña no era de gente de la playa. Ningún chico se les había extraviado. Además, como era invierno, las barcas estaban en la isla fronteriza de la Graciosa, y por ende, allá estaban las familias de los que trajinaban ahora, y ellos, por ganar algo, pues no había labor en el campo ni jornal en las carreteras nuevas, iban a pescar de caña o mariscar en los charcones de la Caleta.

—¿Ni sabéis?... —preguntó cho Am.

—No; a quién se haya perdío, no sabemos.

—A ver si conocen... por un casual.

Y cho Am, al decir esto, ordenó a Casi que les mostrara la criatura. Ya el alba derramaba sus primeras claridades, perezosas y tranquilas.

Uno a uno, ya con ojos ávidos, ya con mirar indiferente, acercándose, fueron todos reconociendo la niña.

—No...

—Pues yo... esa estampa...

—¡Demontre! Si es la de mi comae —dijo uno de los marineros, y las miradas convergieron a él rápidamente.

—¿De quién? —preguntó ansioso Casi.

—¡Toma! De mi comae Camila.

Todos sabían quién era; pero todos quedaron muy asombrados, sin poder explicarse cómo estaba allí la chica.

—¿Estás cierto?

—Como si la hubiá echao al mundo.

Y contó, entonces, que los viejos, los abuelos de la criatura, vivían junto a su casa en el pueblo. Pero, era raro lo que acontecía. La noche anterior los había visto antes de acostarse y nada dijeron del extravío de la niña.

¿Qué hacer? No era cosa de que los pastores abandonaran los rebaños ni era tampoco de perder aquel buen día de pesca, uno de los contados que en invierno presentábase manso aquel mar bravío de la Caleta. Así, acordaron que si antes no venían por la criatura, al notar en casa la falta, al anochecer, cuando regresaran al pueblo los pescadores, se la llevarían.

Discutieron quiénes debían retenerla entretanto. Los cabreros alegaban que ellos tenían que alejarse de la majada pastoreando los rebaños; los pescadores expusieron que necesitaban recorrer todos los caletones y restingas de la costa, separados, para ver de tornar a casa sin perder la jornada.

Casi entonces cortó la disputa.

—Me queo al cuido.

Así fue. Continuaron los pescadores camino de la Caleta y los cabreros retornaron a la majada. La niña rompió a llorar. Parecía sentir gran horror a los pastores, y cuando estuvo entre ellos, como en la noche anterior, su cuerpecillo temblaba escalofriado, sollozando a la vez inconsolable. Sola se quedó con Casi, pues los cabreros reclutaron los hatos y se pusieron en marcha. Soleta encargóse de pastorear el de Casi, y cho Am marchóse, nada más que con la compañía del perro, detrás del propio.

Entretuvo a la niña el cabrero, haciéndola mimos. El pobre hasta contóle cuentos, que ella, naturalmente, no entendía. La ternura arrastraba a Casi a tamaña simplicidad. Y también la cantó y la cuneó, orgulloso y contento, con júbilo inexplicable, de aquel papel maternal en que estaba metido.

Al mediar el día, notó que por la cuesta, allá muy distante, al fondo del llano, bajaba buen golpe de gente, hombres y mujeres. Caminaban rápidamente, pues bien pronto se perdieron en la revuelta del barranco de Maramajo, cañada trágica que en la noche imponía miedo con sus apariciones fantásticas de brujas y trasgos, según tradiciones y leyendas que como historias reales narrábanse en los cortijos y en las majadas del llano y aun en los caseríos de tierra adentro.

Era una caravana numerosa la que llegaba al *jable*. Sin duda venían por la niña.

Cuando reapareció, salvado el barranco, Casi fijóse en que emprendía el camino de la Poceta. Eran ellos...

Y entonces determinó marchar allá, salirles al encuentro, entregándoles la criatura. ¡Ay, de ser posible se hubiera quedado con ella! Sentíase ladrón de niños. Nada más que unas horas de compañía, ¡y ya la quería tanto!

Aquella gente de la caravana iba como enloquecida. Apenas pararon mientes en las voces de Casi, que les llamaba desde lejos.

Al fin hicieron alto. Del grupo destacóse una vieja corriendo desolada, con alarido ronco, al encuentro del cabrero, al ver en brazos de éste la niña.

—¡Titina... Tina!

De pronto paró. Con ojos espantados, como si un súbito temor la hubiese clavado los pies en tierra, con el sobresalto de una desgracia trágica en el corazón, interrogó al cabrero:

—¿Y ella... mi hija?

—¿Quién?

—¡Camila... la mía!

—No sé...

Y hubo entonces un movimiento de susto, inmovilizándose con dolorida expresión estúpida. No se atrevían a mirarse unos a otros siquiera. Y aquel silencio era lúgubre, henchido de una angustia y de una inquietud muy hondas y muy íntimas.

Uno del grupo habló de nuevo al pastor:

—¿Y ella?... ¿Vístela?

—No.

VII

A LA BÚSQUEDA

Emprendióse el registro de la llanura. Unos siguieron hacia la Poceta a ver si Camila, sintiéndose enferma, no había podido continuar la jornada de regreso al pueblo, echándose a la vera del camino sin fuerzas para andar. Tal vez fuera esto lo más cierto. La niña, montada en el pollino, siguió en éste, y al darse cuenta de que su madre no la acompañaba se echó a tierra, o en un movimiento brusco del animal, éste la despidió, continuando la marcha, ajeno al misterio que tras sus pasos dejaba.

La niña, como no hablaba, no podía descifrar la clave y sólo repetía su constante imprecación:

—¡Ma!... ¡maa!...

También algunos apuntaron la posibilidad de que Camila se hubiese desriscado. No era extraño. Aquellas vueltas de la vereda en Famara eran peligrosas. Un mal paso bastaba, andando cerca de la orilla, para caer desde la altura de aquellas *fugas* al fondo del barranco, estrellándose contra la roca áspera y viva del álveo o en los picachos graníticos de las márgenes, que encauzaban el agua impulsándola hacia el mar. Ahora precisamente, con las últimas lluvias, el barranco llevaba una corriente formidable. Si Camila se había despeñado, cayendo en el barranco, era inútil buscarla. Su cuerpo, impelido por las aguas pluviales, habría ido a

internarse en el mar para festín de las *sardas*, enormes, hambrientas y numerosas en aquel rincón de la playa.

De ser así, había corrido la misma suerte de las infelices mujeres que iban por *orchilla* al Risco, a recoger la mata salvaje que tanto precio alcanzaba, y que al menor descuido rodaban al abismo sin que nunca se volviera a saber de ellas.

Podía ser... Motivo había para la sospecha. Preguntar en el cortijo de Famara, registrar los contornos de la Poceta, seguir el cauce del barranco y husmear escrupulosamente por la playa, era el encargo que se dio a parte de la gente que venía en la caravana.

Otros comprometiéronse a correr el llano. Sobre todo, precisaba examinar bien los pozos. Era muy probable que Camila fuera sorprendida, en aquel descampado, por un camello en celo, asesino de furor indomable. Quizás huyera la acometida del animal, temerosa de ser vencida en la lucha y morir aplastada bajo la presión del pecho de la bestia, calloso y resistente, que tritura la carne y astilla los huesos. No hay defensa para las mujeres que no saben dominar los camellos. En el llano, los pastores, cuando se encuentran desprevenidos, sin garrotes, acostumbran meterse en los pozos, burlando así la persecución de aquellas bestias enfurecidas. Quedan éstas en acecho, bramando coléricas, seguras de la presa. Dura es la suerte para el cautivo. De no acudir casualmente algún compañero, hay que confiar en una salvación extraordinaria. Por más que griten desde el fondo de los pozos, sus voces apenas rebasan el borde, y ¡cómo oírlas en la inmensa llanura! Corren además el peligro de morir aplastados. Como hay amontonadas piedras en la boca de los pozos, para que al ir los rebaños a abrevar no se caigan las reses, los camellos las ruedan, quizás con instintivo afán de matar, tal vez solamente empujándolas al acercarse, ansiosos de la presa, enloquecidos por el olor de la carne humana. Pastor hubo que sufriera más de un

día de forzado cautiverio, librándole de la muerte el cansancio del animal o el inesperado auxilio de los compañeros.

Tal vez algo de esto le aconteciera a Camila. Sorprendida en el camino y sin medios de defensa, huyó a esconderse en algún pozo. Era un recurso extremo, pero a él solían acogerse las mujeres, aquellas leñadoras que iban a *rozar* aulagas para las *caleras.*

Escrupuloso debió ser el registro. Quedaron en reunirse todos de nuevo en la majada, donde la niña quedó en compañía de la abuela y de Casi, quien les ofrendó leche.

De tarde en tarde, en el silencio del llano, sonaba una voz vibrante:

—¡Camila!

No se oía nada más. Sólo el eco, repercutiendo la voz en las altas montañas o devuelta por la brisa del mar, respondía tristemente:

—¡ ...Milaaa!...

Al oscurecer comenzaron a llegar a la majada. Los primeros fueron los pastores, conduciendo los hatos. Ellos, que habían recorrido, detrás de los ganados, en distintas direcciones el llano, no habían encontrado rastro alguno. Cuando regresaron los que habían ido a Famara, refirieron que el cortijero y su mujer habían visto a Camila en la Poceta recoger la ropa, tendida al sol, y emprender el camino. Nada más sabían. Tampoco encontraron nada en los pozos, según declararon, al llegar los encargados de explorarlos.

Prevaleció, entonces, una opinión como la más acertada. Casi era seguro que la pobre mujer había sido acometida y muerta al huir por el llano por algún camello en celo. A tanta distancia, por hallarse lejos de la majada, los cabreros nada pudieron ver, ni oír tampoco las voces desesperadas demandando auxilio. Y era seguro que el cadáver, abandonado por el animal, que en su ferocidad no se sacia hasta matar, poniendo el oído sobre el pecho de la víctima para sorprender si aún respira, las arenas, al rodar impelidas

por el viento, más vivo durante la noche, lo habían sepultado, formando sobre él algún médano y borrando así todo rastro. Era difícil, en ese caso, encontrarlo. Aunque se registrase todo el llano, era empeño inútil. Lo que en aquellas arenas cae, el viento, empujándolas continuamente, lo soterra ocultándolo sin dejar un denunciador rastro. Ya lo sabían todos. Y el día menos pensado, removidos de nuevo los médanos al soplo de un viento más fuerte, dejaban la presa al descubierto.

—¡El sino! —exclamó uno de los presentes.

Y se recordó que el marido de Camila había muerto también bajo las patas de un camello, triturado, tras una lucha horrible. También fue a solas la contienda. Al ir Pedro a echar la brazada de paja en el pesebre, inclinándose para esparcirla, una zarpada del animal lo derribó en tierra. Bajo las patas de la bestia, el pobre hombre debió hacer esfuerzos sobrehumanos para escapar. No pudo. Cuando al clamor de sus voces acudieron lo encontraron debajo del camello, exánime, la boca desmesuradamente abierta, como si quisiera aspirar mucho aire, ahogado por la asfixia, bajo la presión enorme del animal que lo estrujaba, astillándole las costillas, deshaciéndole los pulmones, aplastándole el corazón. Y los ojos de la bestia miraban y remiraban en torno, soñolientos, indiferentes, babeando su espuma blanquizca, sobre el rígido cuerpo del camellero, que sangraba, al parecer, hasta por los oídos, empapándose las revueltas greñas.

—¡El sino! —gimió de nuevo, tras un breve intervalo de sollozos, la madre de Camila.

Había que retornar al pueblo. Ya era noche cerrada, y todos, tristes y silenciosos, emprendieron el camino. Bien pronto la caravana perdióse en la oscuridad alejándose, llanura adelante, de la majada. Ya a los cabreros no les quedaba más, de la aventura, que los comentarios.

Sólo Casi estaba triste.

—Era linda...

—Hombre, ¿qué rezongas?

—Que era linda la cría... ¡pobrecita!

Y miró a sus compañeros como si otra vez despertara a la realidad de la vida.

VIII

SOSPECHAS

—¡Jurria acá!

No hacía caso el rebaño a las voces coléricas del viejo pastor. Tampoco a la furia con que tiraba el perro, mordisqueando, de la pelambre de las reses. Habíanse éstas apelotonado en torno del dornajo esperando que cho Am lo llenara de agua para abrevar.

Temeroso el pastor de que al menor descuido alguna de las cabras cayera al pozo, empezó con el garrote a ordenarlas para que saciaran la sed, al parecer acosadora, a turno. Mas las reses corneábanse, disputándose los primeros sitios con acometidas iracundas. Algún cabritillo, quejoso por el abandono en que le tenían, colocándole en última fila, quejábase con balido plañidero.

Cuando logró separarlas del borde del pozo y forzarlas a quietud, cho Am amarró la cuerda al zurrón y empezó a sacar agua vaciándola en el dornajo. En éste había unas escurrajas.

Las primeras cabras que hocicaron en el agua, para sorberla, retiraron la cabeza con aire de desgana.

Cho Am encolerizóse. ¡Tanto afán y tanta disputa, al principio, para venir a parar en que no bebían! Y comenzó a silbar, invitando las reses a que abrevaran. De nuevo

hocicaron éstas y otra vez retiraron la cabeza, temblándoles en el belfo unas gotas de agua.

—¡Contra! ¡Están de antojo!

Y se acercó al dornajo dispuesto a espantar aquellas reses melindrosas, aunque reventaran sedientas.

Mas vio que el agua estaba revuelta y mirando mejor advirtió que estaba teñida de un color enrojecido.

—¡Cuatro palos merece! ¿Quién será el porcallón?...

Cho Am quitó el entaponamiento al caño de desagüe, y el dornajo desalojó aquella inmundicia. Luego volvió a sacar agua y a llenarlo de nuevo. Las reses acudieron, riñendo otra vez por conquistar la primacía, hasta que las voces del pastor, ya enfurecido, las redujeron a pacífica espera y a orden reposado. Cada grupo fue llegándose al abrevadero en riguroso turno, sin apresuramientos y sin embestidas.

Entretanto cho Am cavilaba, al mismo tiempo renegando.

—Lo tengo dicho. Que laven las reses desolladas, pero que dejen limpios los dornajos. ¡Ya se las verán conmigo!

Indudablemente, algún otro de los cabreros había lavado allí las carnes de una res sacrificada, y no había cuidado de vaciar el agua ensangrentada. ¡Así estaba ella! ¡Ni que les costara tanto trabajo!

Si no se había vendido la carne a los pescadores de la Caleta y a la noche servían algún trozo de carne asada en la majada, descubriríase bien pronto el cabrero desidioso que quebrantara lo acordado. Muy apurado debía andar cuando no se ocupó de desalojar el agua. De todos modos, por prisas o por incuria, no se podía tolerar la falta. No era cosa de que unos limpiaran las inmundicias que otros dejaban. Iba cho Am a regañar en firme, como más autorizado, al olvidadizo de sus deberes para con los demás cabreros. Lo

mejor era proceder con cautela, sorprendiendo al quebrantador de lo acordado.

Así fue. Cuando, al anochecer, llegó el viejo con el hato a la majada, no adelantó ni siquiera una frase alusiva al caso. Esperaría la hora de la colación. Pero ésta se acercaba, y no encendían hoguera ni percibía tufo de carne fresca.

Agrupáronse y se pusieron a cenar. Aquella noche, por condumio, no había más que leche con *gofio*, *sobado* en el flexible zurrón, amasándolo a fuerza de puños y engullido en pellas enormes.

Caviloso estaba cho Am. Era raro. Nadie decía nada respecto a la res sacrificada. A la postre, viendo burlada su prudencia en la pesquisa, preguntó a los compañeros:

—¿Quién ha vendido?

—Yo no.

—Tampoco.

—Ninguno.

Miráronse unos a otros los cabreros al ir contestando.

—Lo último fue el baifo. Allá por más de una semana.

Dijo Casi y calló, esperando a ver si alguno daba otras noticias. Nadie habló. Después, a su vez, interrogó:

—Cho Am, ¿a cuenta de qué lo dice?

—Con mi cuenta y razón.

—No caigo...

—Pues, que en el dornajo del pozo de arriba me dejaron las escurrajas con sangraza de res.

—Lo que es nosotros...

Todos afirmaron que ellos no habían lavado allí carnes muertas. Ninguna cabra sacrificaron aquel día. Tal vez

algún pescador de la Caleta, al ir por agua, matara algún conejo a palos y lo desollara lavándolo en el dornajo. Después no se preocuparía de más.

—Puede ser...

Dijo y calló cho Am. Dentro le rebullían ideas informes, sin poder precisar un pensamiento claro.

De pronto, como si quisiera sacar conversación interesante, creyendo leer enojos en el ceño adusto de cho Am, Casi indicó:

—Y de Camila, ¿vustedes han sabido algo?

—No he platicado con naide —dijo Chano—. Dijéronme los del cortijo que no ha resollado por ninguna parte. Al pueblo no recala; por el *jable* no anda. Muerta debe ser. Algún camello confiscado la espachurró. ¡Lo mismito que si lo viera!...

—Dame que pensar...

Gorgojo, en su simpleza y movido de su espíritu supersticioso, arraigado en toda la gente del llano, aventuróse a decir con cierto miedo:

—Será cosa de las brujas... Se llevan las mujeres por el aire. ¿Y ónde?... ¿ónde, cho Am?

El viejo, que era el que contaba estas historias de embrujamientos, creyéndolas con una fe ciega, contentóse con responder:

—¡Quién sabe!

Al decir esto, disimulaba sus inquietudes internas. Habíasele metido en el magín, clavándosele allí dentro, una idea tenaz, que le traía conturbado el ánimo. Como si reanudara el hilo de la charla, el viejo añadió:

—Si no está en culpa, ella vuelve. Ya veis el caso de Petrilla la de Sóo. Por si habíase arrepentido de tratar con

brujas, una noche desapareció. Halláronla luego, al día siguiente, acurrucada en el portillo del cortijo de don Pedro, con todo el cuerpo molido, revolcándose como una perra y echando espumarajos por aquella boca. ¡Buena tunda! ¡No volvió a sanar de la reconfisquida malencia! Pero ahí está...

Acentuó el viejo las últimas palabras. Sus ojos se clavaron inquisidores en los de Chano. Mas éste no se dio cuenta. Recordaba en aquel momento cho Am que Camila, al encontrarla en el camino un día, le dijo que Chano, galán y fanfarrón, la cortejaba y que varias veces le había salido al encuentro requiriéndola de amores que ella desdeñara. Pero le tenía miedo. Bueno era que estuviera el viejo prevenido y hasta que terciara con unos consejos, ya que de tanta autoridad gozaba y a todos merecía un gran respeto.

—Quizás...

Decíase esto mentalmente, cortando la idea, como si la misma gravedad de ella le sobresaltase.

Luego en voz alta, como cerrando la conversación, al ver a todos ya tumbados sobre la arena para dormir, añadió:

—Muerta o viva, ella parece.

IX

ABRAHAM

Simplificando el nombre, todos le llamaban cho Am. Era cincuentón.

—¿Cuántos?...

—Raspando los sesenta.

Así solía contestar cuando le preguntaban por la edad. Conservaba su cuerpo robustez plena y una agilidad extraordinaria. Bien sabía mantenerla.

—¿Nos blandiamos?

—¡Hala allá!

No tenía miedo a ninguno. Luchaba a estilo del país con los compañeros, y era muy raro que lo vencieran derribándolo en tierra. Cuando esto acontecía, corajiento como si hubiese caído en deshonor, malparando sus prestigios, revolvíase apremiante.

—Anda; mano al calzón. Otra *cáida.* Con estos brutales ejercicios sus músculos tenían una resistencia de acero y su cuerpo una agilidad portentosa.

Además, era un jugador de palo sin par. Aún marcaba en sus sienes una carnosa y sanguinolenta cicatriz, uno de sus hechos de valentía más celebrados. Aconteció muchos años

atrás; todavía era mozo y no andaba al pastoreo, pues entró en él, como substituto hereditario, según costumbre, a la muerte de su padre.

Había ido a una *última*, y como al bailar cantara en loa de una moza en vísperas de ser su novia, un muchachón le *quitó el cantar* cortándole la copla y siguiéndola. El provocador con tamaña ofensa, prenda de desafío, estaba amparado por un grupo de zagalones pendencieros.

Rápida fue la resolución. Las luces del cuartucho se apagaron de pronto, como por arte de encanto. Y entre la baraúnda de las bailadoras, que buscaban la puerta, gritando con chillidos histéricos de miedo, y los ayes de la parturienta, quejándose en la cama, presa de espanto, en medio de la oscuridad, en la que brillaban las blancas hojas de los cuchillos desenvainados y prestos, sonó una voz tranquila diciendo:

—¡Afuera!

Era Abraham. Rápido había echado mano de su garrote, y esgrimiéndolo hábilmente no dejaba acercarse a nadie, empujando a la arremolinada turbamulta hacia afuera, al campo, sobre el que caía la dulce claridad lunar. Consiguió desalojar el cuartucho y se irguió en la puerta.

—¡Vengan!

Los del grupo enemigo avanzaron resueltos, ganosos de riña, prontos a moler a palos al osado muchacho. Sonaban ásperamente los palos chocando y los briosos golpes tirados a la cabeza eran parados con destreza suma por Abraham. Varias veces desarmó a algunos de los contrarios, vareándoles las espaldas e hiriéndolos en la cabeza. Su garrote era esgrimido con todo el arte clásico de los viejos jugadores de palo que le había enseñado su padre. Pronto quedaron, entre desarmados y heridos, más de media docena de enemigos fuera de combate. Él solo continuó manteniendo a raya los restantes, que en seguida comenzaron a batirse en retirada. Un fugitivo rehízose y tornó cerca del campo de

batalla. El golpe de una piedra en las sienes hizo dar en tierra al cuerpo de Abraham, que aún esgrimía, caído y todo, el garrote sin dejar acercarse a nadie. Los otros huyeron.

Siempre era contada esta hazaña, que cobró fama, como una gesta heroica entre campesinos y pastores, perpetuándose en la memoria de las gentes y dando al mozo en los futuros tiempos el nombre de cho Am el del Majuelo, pues en la cortijada de este lugarejo dio feliz remate a su aventura pregonada en lenguas.

Con estas proezas de las mocedades, y otras que después sobrevinieron acrecentando la fama, cho Am consolidó el concepto de hombre de coraje y temple.

De añadidura, tuviéronlo siempre en olor de sabiduría. Cierto que no conocía una letra, pero en él había un instinto y una aptitud singulares. Gustaba siendo muchacho, cuando aún no había entrado de lleno en el pastoreo y hacía el aprendizaje en el caserío de camellero, antes de recluirse forzadamente en el llano por razón del oficio, de oír los sermones domingueros. Era una manía terca. Había de ir siempre a la misa mayor, en el pueblo, como el señorío, y no a la de alba, según costumbre de la gente jornalera. ¡Perder los sermones! ¡Si aquello divertía más que el juego de pelota por la tarde, en la plaza, o el baile de candil por la noche, en casa de cualquier vecino!

Truncaba las cosas que oía, pero reteníalas con sus detalles en el magín. ¡Y venga después a contarlas! Tenía cierto arte pintoresco para ello; la historia del patriarca bíblico cuyo nombre llevaba, al contarla él, embobaba a los cabreros.

Era abundante su repertorio. Conocía casi todo el santoral cristiano, aprendido oyendo panegíricos en las fiestas de conmemoración religiosa; sobre todo milagros, relatábalos a porrillo. Y ¡cómo encantaban estas narraciones de hechos sobrenaturales, que tan bien adornaba con pródiga fantasía

cho Am, a sus embrutecidos compañeros, rudos y primitivos como bestias salvajes, como las mismas reses cabrías con quienes se criaran!

Más que nada, a éstos les gustaban los milagros de las advocaciones conocidas y de las imágenes que se veneraban en la isla. ¡La Virgen de Dolores! Cho Am contaba el milagro como cosa vista, y de él había sido testigo nada más que su padre. Cuando *reventó* el volcán, el río de lava, ahora petrificado, corría hirviente invadiendo los campos, arrasando caseríos. Para contener su empuje, sacóse la imagen, y el río se bifurcó, respetando el sitio. Allí se alza ahora la ermita, que aún cuenta pocos años, como testimonio perdurable del estupendo milagro. ¡Y el Cristo de la Veracruz! Contaba la historia de aquellos pescadores que hallaron la santa escultura sobrenadando en las aguas a orillas de Famara, allí cerca...

Luego novelescas narraciones de brujas, de aparecidos, removiendo toda la honda superstición popular. Además, había en él instintivos asomos de poeta. Suyas eran las mejores coplas que cantaban *los ranchos de Pascua*; suyas eran las décimas implorando el auxilio de la Virgen de las Nieves, toscas, pero empapadas de un suplicar adolorido y piadoso; suyo también el romance en que Basilio, un pastor amigo, en la cárcel quejábase de haber matado a su hermano y pedía perdones a los padres, a los amigos, a las mismas reses del ganado, de cuya compañía, en prisiones, sentíase nostálgico.

Era en el *jable* una autoridad. Por su fuerza, temíanlo, y por su saber lo respetaban. El garrote imponía lo uno y la conversación recababa lo otro. Sus consejos eran atendidos, y sus órdenes eran, sin réplica, cumplimentadas. Buenos escarmientos hubo de hacer a golpes para arribar a aquel autoritarismo, por todos, implícita y explícitamente acatado.

Había tratado allí, en el llano, mucha gente, y siempre se le tuvo en igual estima y respeto. Considerábasele como

una especie de patriarca de aquella tribu de cabreros, seres primitivos y medio salvajes. Acostumbróse a ejercer la justicia por su cuenta.

Fue cho Am quien contuvo, en los últimos tiempos, las rapiñas de Pacorro, que tiraba a ladronzuelo al menor descuido; quien cortó los asaltos de Chano, enamoradizo y brutal, acosando a las leñadoras, las pescadoras y las lavanderas; quien disciplinó los malos arrestos de Soleta, su hijo, muy *arranchado* con Chano, cuyos consejos seguía, atreviéndose también a ayudarle en sus aventuras de perseguir mujeres *cansándolas a la carrera*; quien, por fin, había amparado a Gorgojo, enfermizo, encanijado, siempre maltratado por los compañeros, poniendo en esta ayuda una intensa, aunque incomprendida misericordia.

Bastó que cho Am estuviese enfermo unos cuantos meses, ausente, por tanto, del llano, para que se desmandasen los cabreros. Camparon entonces a su antojo. No hubo cosa que no se hurtara, ni atentado que no se cometiera con las infelices que se aventuraban en la llanura.

Pero, todo se cortó a tiempo. Sano ya, *bien remendado*, como él decía, cho Am disciplinó de nuevo, y con estrecho rigor, los descarriados instintos de los compañeros.

No sólo entre éstos gozaba fama de aguerrido y prudente. Por aquellos contornos, todos teníanle en estima y le guardaban respetos. Las leñadoras le daban sus quejas, y ante él demandaban los pescadores pena para los que hurtaban mientras estaban a la mar, el pescado puesto a secar.

Y en los cortijos había un vaso de vino que ofrecerle y una piedra para que se sentara, bajo el sombrajo de una pared en verano y al soco de un *pajero* por invierno, si no llevaba mucha prisa, para encender una pipa y entretener un rato de charla.

Bien conocían todos las rectitudes y los ánimos de cho Am.

Nunca se le quitaba a éste de la boca su eterno estribillo, que parecía la norma estricta de su moral:

A golpes entra la res arisca en vereda. Si no entra, desollarla, porque descompone el ganado.

X

PAZ A LOS MUERTOS

En vano se buscó y rebuscó en el llano por si se encontraban rastros de Camila. Ninguna señal quedaba que indicara ni su vida ni su muerte. Presumíase que estaría enterrada bajo los móviles médanos de arena.

Con una breve visita de inspección a desgana, un ojeo rápido y una diligencia sumarial, contentáronse las autoridades del pueblo en punto al caso.

No era aquél un hecho extraordinario y de inmensa resonancia para exigir mayores cuidados y más escrupuloso celo. Era de lo más vulgar y corriente. Ni siquiera merecía las molestias de la caminata y el trabajo de emborronar papel. Como los camellos andan sueltos por el llano, es difícil averiguar el que ha conseguido presa. Luego es imposible disputar a las arenas un cadáver. Lo soterran, ocultándolo para siempre. Acaso si, andando el tiempo, dejan al descubierto los huesos para de nuevo volver a ocultarlos.

Por cumplir, las autoridades interrogaron a los pastores. Fueron compareciendo uno a uno. ¿Qué más daba? Todos habían de declarar lo mismo.

—¿Vieron ustedes a Camila?

—No.

Así todos. Cho Am también hizo idéntica confesión. Sin embargo, allá para sus adentros rumiaba tenaces sospechas, que, todavía sin confirmar, en estado de simples presentimientos, no era justo publicar. Mejor era la reserva. Caso de convencerse plenamente de cuanto al presente recelaba con motivo, él se sobraba para hacer ejemplar justicia. No hubo más. Cuatro preguntas, un vistazo al *jable* y se despidió la Justicia, regresando al pueblo. A lomos del flaco caballejo, harto del trabajo de labranza, el juez renegaba de las molestas obligaciones del cargo que le habían robado un día de labor, teniendo un bancal de maíz para escardar. ¡Y para qué! También el secretario, montado en rozagante asno, renegaba malhumorado. ¡Trabajar de balde! ¡Si al menos hubiera sido un embargo!... Pero una causa de tan poca monta y con diligencias a tanta distancia...

Sólo más filósofo, el alguacil, un viejo cachazudo, borracho de oficio, metido en el empleo por asco a que se le encallecieran con la azada las manos, marchaba a pie, a retaguardia, con ansia de refrescar con un buen vaso de vino el cansancio de la jornada. Era un pretexto, pero, ¡ahora no le regañarían por darle aquel pequeño gusto al cuerpo!

Quedáronse desde entonces tranquilos los cabreros, sin temor de que nadie volviese a molestarlos. Ya estaba bien enterrada la muerta y bien enterrada aquella vulgarísima historia. Tornaban a reinar absolutamente en la llanura que recobraba su eterna soledad y volvía a sus perdurables silencios, llenos de poético misterio y de supersticiosos terrores.

Sólo cho Am espiaba, despabilado su ánimo por aquella idea tenaz que se le había fijado, acosándole de noche y de día, allá muy adentro. Callaba, caviloso, inquiriendo con espíritu vivo el secreto indescifrable, siempre delante aquella visión imaginaria presentada con vislumbres de realidad mágica...

Y esperaba.

Iban pasando los días. Ya habían transcurrido más de dos semanas. Otra mujer había substituido a Camila en el oficio de lavandera. A Petra, la hermana de la muerta, acompañaba ahora en sus jornadas a la Poceta, Paulona: un virago fornido, de contextura masculina, con el rostro hosco y mal encarado, revelando temple para el trabajo y corajes para resistir cualquier acometida. ¿Bromas con ella? Había que probar sus puños. Un día encontrólas Casi en el camino, quizás de intento. Las mujeres, recelosas, pusiéronse en guardia, cogiendo del suelo unas piedras.

—Soy de paz —díjoles el cabrero, riendo.

—No gustamos de conversa —contestó, arrugando el entrecejo, que le daba una expresión feroz de bestia carnicera, la temible Paulona.

—No hagan reparo en platicar. Ya me conocen.

—Avía. ¿Qué?...

Casi, al verlas en tan airada actitud, a punto estuvo de callar. Pero algo forzábale a preguntar a las mujeres.

—Ninguna noticia, ¿eh?... ¡Pobre!

—Muerta. ¡Bueno!... ¡Ya descansa!

Casi insistió en la charla, por más que las mujeres arrearon los pollinos deseosas de andar.

—¿Y la cría?

—Güena.

—¿La han recogío?...

—¿A ti qué?

—Decíalo...

—¡Abur!

—¡Arre, *majalulo*!

Y corajienta descargó un golpe con la piedra, que aún conservaba en la mano, sobre las ancas del animal, que se encorvó con movimiento de dolor.

—¡Pos no es preguntón!...

Las mujeres, todavía recelosas, continuaron avanzando, mientras atrás quedaba silencioso Casi, pensando en la triste suerte de la pobre niña que nada más que una noche había mecido en sus brazos, acallando con canciones y caricias, hasta entonces por él desconocidas, sus inconsolables lloros.

No se le había borrado de la memoria, y de vez en cuando le rebosaba el corazón de pena al recordarlo, aquel grito infantil, desolado y trágico, que Dios sabe qué espanto y tristeza entrañaría:

—¡Ma!... ¡ma!... ¡ma!

Un día vieron los cabreros, desde la majada, una mujer y dos chicos atrafagados, como si abriesen un hoyo allá, orilla del camino de la Poceta. Era el sitio donde se habían encontrado a la hija de Camila la noche memorable. Sospecharon, por conjeturas, quiénes serían los cavadores que con tanto ahínco trabajaban. La madre y los dos chicos mayores de la muerta.

Pero ¿qué? ¿Creerían que estaba allí enterrada? Casi riéronse los cabreros de tamaña simpleza. Después la burla convirtióse en lástima.

Bien pronto advirtieron la piadosa labor de aquellas amantes manos. Alzóse, en aquel sitio, humilde, una cruz de toscos leños. Era en ofrenda del recuerdo familiar... Una cruz más. A lo largo de aquel camino se alzaban algunas, perpetuando la memoria de una desgracia.

Y en el llano había muchas, grandes, que se alcanzaban a ver desde lejos, escuetas, tétricas, como una nota de piedad en la melancolía de aquellas soledades; otras pequeñas, que

apenas salían a flor de tierra, esforzándose en sacar al espacio los brazos, indicando al caminante la ruta, para otros seres, de tristes destinos. Una, con un brazo roto, sola y desmantelada inspiraba cierta melancolía honda.

Cada cruz era una historia de todos conocida. Remontaban su edad a muchos años algunas; otras eran recientes.

Cabreros y pescadores las transmitían de generación en generación. *Aquí mataron, allí murió,* y en la evocación de unos minutos pasaban muchas vidas, horribles novelas, dramas espantosos.

La última colocada, la que señalaba el fin trágico de Camila, era tosca y pequeña. La pobreza no daba a los suyos para más. Al pasar un día cho Am por allí, fijóse en ella. Eran dos leños sin cepillar, sujetos por un grueso clavo de hierro herrumbriento. Ni nombre ni fecha.

Miró el paraje. Nada había allí que denunciara la huella de la mujer desaparecida, muerta.

—¡Quién sabe!...

Dijo, y quedó silencioso mirando fijamente el madero, mientras la idea tenaz que llevaba dentro removía su ánimo, inquietándolo.

Y estremecióse. Aquel clavo oxidado, de color oscuro, parecía una mancha de sangre reseca, y de los brazos de la cruz, mojados por la escarcha madruguera, rezumaban gotas de agua, que temblaban, tardando en caer, como si del seno de la tierra vinieran para destilar allí, con estremecimiento de lágrimas...

XI

SIGUIENDO UNA PISTA

Miraba ahora cho Am con ojos escrutadores a Chano. Cuando éste sentía el duro y persistente mirar del viejo, temblaba con extrañas inquietudes. Era ya una obsesión que, de un modo inexplicable, había engendrado en el ánimo del muchacho un miedo recóndito.

Adondequiera que iba parecía seguirle, vigilante y amenazadora, la sombra callada de cho Am en acecho. Hasta de noche, en sueños, sobresaltábale el recuerdo de aquel persistente mirar que no hablaba.

Por su parte, el viejo, viendo la turbación del muchacho, más y más confirmaba sus sospechas. Algún misterio guardaba aquel desasosiego que exteriorizándose tan a las claras, le vendía, entregándolo así a las iras de aquel justiciero vengador de agravios ajenos.

—Tengo que platicarte.

—¿A mí?...

—Sí; que estemos solos.

La intimación de cho Am dejó perplejo a Chano. ¿Qué sería? No podía imaginarlo.

Temía que llegase el momento de la entrevista. Algo grave había de ser el asunto que se ventilara cuando cho Am demandaba la soledad y el secreto, señalando momento en que estuvieran ausentes los cabreros.

Buscó Chano motivos de retraso para la entrevista, temiéndola como si presintiera no se sabe qué desconocidos daños.

Ya llegaba tarde a la majada, esperando a que allí descansaran reunidos los pastores; ora ingeniábaselas para que le acompañase al partir por la mañana un buen trecho algún compañero, temeroso de que le hiciera par el viejo.

No pasaban inadvertidas estas estrategias a cho Am. Ellas le afirmaban en aquella suposición recelosa, que, día por día, iba al parecer aclarándose.

—Sabe... ¡Vay!

Relacionaba recuerdos. Chano siempre pastoreaba por la banda del camino de la Poceta. Por lo tanto, debió haber visto a Camila y también hablar con ella. ¿Cómo, en punto al caso, no había dado noticia alguna? Negaba en redondo haberla visto, y aun añadía que desde una semana antes de desaparecer la viuda, no iba con el ganado por aquellos sitios cercanos al camino. Era, además, el hato de Chano el que abrevaba en el pozo en donde halló el dornajo con las escurreduras de agua sanguinolenta. Y este detalle no había sido explicado.

También gastaba ahora cuchillo nuevo. Cohonestando la sustitución, dio una disculpa no muy convincente. Se le había caído de la vaina al echarse sobre la arena y en ella debió quedar enterrado, pues al percatarse de la pérdida, por más que buscó y rebuscó, no pudo encontrarlo, a causa de no poder fijar bien en cuántos sitios estuvo tumbado.

Todos estos detalles los sorprendió, sin revelar sus intenciones, a la buena de Dios cho Am, entre chanzas y bromas.

—¡Buena hoja!

—Nueva.

—¿Y el *cabo*?

—También.

—¿Qué?... ¿y el otro?

—Perdióseme.

Y entonces, ingenuamente, contó Chano el lance.

—¡Bah, bah! —continuó el viejo—. Ganas de farolear. ¡Echa facha!

Dentro, ideas bien distintas se revolvían que se hubiesen traducido con más violentas palabras. Pero, era necesario callar aún.

Otro día cho Am encaróse con Chano.

—¡Contra! Tienes la camisuela rajá.

—La Morisqueta, de una corná, cuasito me deja sin ella.

—Pos, parece de una manotada. Mía fe, que jurara que anduviste en jarana.

—Por éstas, que son cruces, que no me he *trompiado* con naide.

Y contó cómo la cabra, la Morisqueta, estando ordeñando a otra, acercóse a él rascándolo en el pecho con la cabeza, y en uno de los movimientos metióle un cuerno por la abertura de la camisuela, y cómo él para espantarla le diera un manotazo en el cuello, asustado dio un salto atrás el animal, desgarrando el lienzo ya viejo de la camisuela.

—¡Ya...ya!, pues bien pudiste mandarla a recoser...

No creía estas cosas cho Am. Allá dentro en el magín tenía él otra visión, imaginada, pero que, poco a poco, acoplando detalles, le daba un hecho real con relieve y al vivo.

—Es él...

Chano cada vez sentíase más confuso. Nunca había sido tan reparón el viejo. Sobre todo, no paraba mientes tanto en cosas sin importancia, preguntando con machacona impertinencia, para luego, a pesar de lo que se le dijera, mantener aquel aire de mal disimulada incredulidad.

Sobre todo, creyó morir de miedo cuando el viejo le dijo:

—Tenemos que platicar solos.

Si bien él huía las ocasiones, cho Am advertíase que procuraba encontrarlas. Y al fin la halló. Una mañana, al salir todos de la majada, el viejo, retrasando el hato, ya impaciente por marchar, dijo a Chano:

—Aspera, hombre. Te haré compaña.

—Casi me aguarda.

—Aguanta un poco. Ojea el ganado, mientras le echo una correa a esta confiscada soleta que se me cae.

—Si lo manda...

—Ajulia, Casi.

Casi marchóse tras su hato. Solos quedaron cho Am y Chano. Creyó éste morir, presa de un incomprensible pánico. Entretúvose el viejo fingiendo recomponer la soleta, que se había descalzado.

Cuando ya estuvieron a distancia los cabreros, siguiendo la marcha de sus respectivos ganados, cho Am irguióse, grave, transfigurado. Lejana diseñábase la silueta de los

cabreros entre el polvo de arena que levantaba el paso de las reses retozonas. Nada podían oír.

Rompió a hablar.

—Vas a confesarte.

—¿Yo?

—Todo lo sé.

—Pero, ¿qué?

—Tú la has matado.

—¡Cho Am! ¡Por Dios! Se lo juro, ¿a quién?

—Dime en dónde la has enterrado.

Tenaz en sus ideas, como si en las preguntas fuese relatando la historia que había imaginado, no hacía caso de las turbadas contestaciones de Chano, que temblando se había echado al suelo y clamaba suplicante:

—¡Máteme!

—Dime dónde está.

El cabrero no salía de su grito implorador:

—¡Máteme!

Lo sabía. Así le dijo cho Am, y con los detalles que había ido recogiendo en su espionaje, reconstruyó la novela de aquel asesinato de Camila. Sus recelos se habían convertido en una arraigadísima certidumbre.

—¿No te declaras? —rugió—. ¡Peor! ¡Verás cómo la pagas! Haré justicia, como soy quien soy.

Luego, rápido, mientras el cabrero espantado le miraba con ojos llenos de súplicas, cho Am acomodóse, sacudiendo el cuerpo, el zurrón a la espalda, colgóse la mochila al brazo, y esgrimiendo corajiento el garrote en el aire, como

si quisiera apalear a alguien, lanzó un silbo muy agudo, que hizo estremecer a las reses de su hato.

Después dijo a Chano, mirándolo airadamente:

—Nos veremos.

Otro silbo, y el rebaño comenzó a andar.

XII

NOCHE DE TORMENTA

—¡Hum!

—Mal jocico trae...

El cielo se había encapotado. Negruzcos nubarrones cerraban el horizonte, tendiéndose sobre la ancha superficie del mar, allá en la lejanía. A los picachos de los altos riscos asomábanse también nubes trágicas como si amenazaran, pesadas y asesinas, desplomarse de golpe sobre el llano.

—Con agua viene.

—Si no salta el viento, nos *entripamos*.

Comenzaba a caer la noche, ceñuda y amenazante. Los pastores, presintiendo los estragos del temporal en puerta, preparábanse a capearlo lo mejor posible en medio de aquel descampado. Olfateando la tormenta los mastines, de vez en cuando lanzaban un aullido de alarma y las reses cabrías revolvíanse inquietas, apiñándose, como si el presentimiento del peligro, por instinto, las hiciera juntarse.

Con frecuencia, de la banda del mar, venían ráfagas de aire que removían y arremolinaban las arenas del llano. Aquellas nubes de polvo corrían sin descanso, dirigiéndose tierra adentro hasta el litoral opuesto de la isla. Al paso, azotaban las matujas salvajes, que crujían al choque de las arenas.

A medida que la noche fue avanzando, el viento arreciaba. Desencadenóse bravíamente el temporal, pero sin agua. Era un brisote recio que removía hasta el seno, hasta dejar al descubierto la gredosa tierra, el inmenso arenal. Rodaban, impelidos por el viento, los silvestres arbustos, arrancados de cuajo. En su carrera remedaban el loco galope de bestias fugitivas. Entre el torbellino, la sombra de las matas, rodando, hacía fantásticos visajes.

Los altos médanos mudaban de sitio en unas cuantas horas. Empequeñecíanse los que un momento antes mostraban su mole formidable, más allá otros, que eran pequeños, crecían y crecían, adquiriendo proporciones gigantes. Cambiaba el viento todo el aspecto del llano. Sacaba a flor lo que antes estaba soterrado, y, en muchos sitios, limpiándolos de arena, dejaba ver aquella superficie de *toscas*, de un blanco sucio como la cabeza de un tiñoso.

De allá, del mar distante, venía el clamor profundo de las olas. Era un grito largo, a veces como un plañido de queja, en ocasiones como un alarido de espanto. No cesaba. Extendíase por el llano, hondo y grave, como si arrancase del seno misterioso de lo infinito.

En medio de la oscuridad alcanzábase a ver, a mucha distancia, en el lejano caserío, alguna luz que aparecía un momento y al instante se apagaba. Sin duda eran labradores que buscaban en los predios vecinos al caserío algún animal extraviado.

Como si el temporal les placiese, venciendo al viento, algunas veces oíase el bramido de un camello en celo que corría el llano.

Aguantando la tormenta, de pie, afianzados en los garrotes, los sombreros de palma sujetos con el pañuelo amarrado en la cabeza, estaban los cabreros vigilando el ganado para que no se desbandara, huyendo de miedo. Los perros ayudaban, manteniendo el orden en las reses apelotonadas, ladrando y aullando con leves intervalos, según avisaran al hato o se sintieran atemorizados.

—Si no goteara...

—No huele a chubasco.

—Siempre este brisote trae compaña.

No llovió. Pero durante la noche no cesó un momento de soplar aquel destemplado ventarrón que sacudía y removía todo el llano.

Al ver pasar las matas descuajadas rodando sin cesar, uno de los pastores dijo:

—Mañana caen como cuervos.

—Buena apaña.

—Pa *rozar* ¡el viento!

—Lo menos treinta cargas.

Si amainaba el temporal, era seguro que al siguiente día, como bandada de cuervos, caerían sobre el *jable* todas las leñadoras del pueblo, pues se encontraban el trabajo hecho y no tenían más que amontonar los codesos y las aulagas, arrancados y esparcidos por la llanura. Al clarear el día comenzó a cesar el viento y al salir el sol ya había saltado.

Ahora el aire era grave, pesado. Teñíase de rojo, de un rojo apenas apuntado. Pero la atmósfera era densa y no se alcanzaba a ver a cuatro pasos. Además, era sofocante. Casi no se podía respirar. Quemaba. Las arenas del fronterizo desierto del Sahara, invadiendo la isla, recalentadas, presentándose de pronto habían oscurecido el cielo, que presentaba violentos resplandores cárdenos, encendidos tonos de incendio aquí y allá y pesando sobre la tierra como si quisiera aplastarla.

Era una sensación de peso lo que producía aquella atmósfera caliente, densa y perezosa. Además, inspiraba ideas lúgubres de exterminio y muerte.

—Peor, mucho peor.

Corrían riesgo los pastores de que se les enfermasen algunas cabras. Aquel polvillo se les metía en las narices,

haciéndoles estornudar con estrépito y resollar carleantes, como si estuviesen rendidas por la fatiga de una larga y penosa jornada.

Ya había para un buen rato. Casi siempre la lluvia de arena dura tres días si no se alarga el plazo.

Era necesario acercarse a la playa. El aire marino, refrescado en las ondas, reanimaría a los rebaños.

Y emprendieron la marcha hacia la Caleta. Ya no había vereda. El brisote de la noche última, rodando las arenas, lo había completamente borrado. A discreción iban orientándose, por conocer los parajes que aparecían transformados. Las cruces guiaban, pero algunas estaban soterradas bajo los médanos gigantes, que habían cambiado de situación y asiento.

Manchones de tierra al descubierto indicaban la fuerza del temporal. Acostumbrados a pisar, sin ruido, la arena muelle, los cabreros extrañaban la dureza de la tosca, sobre la que resonaban sus pasos con rumor seco, no calzando más que la soleta. Adheridas a la costra de tierra aparecían raíces con los filamentos desgarrados, como mordidos, y enseñaba su perfil puntiagudo una piedra blanquizca, donde las arenas se habían incrustado, formando una costra, y que ahora volvía a ver el espacio después de sabe Dios cuántos años bajo tierra.

Seguían los cabreros avanzando hacia el mar. Advirtieron el cambio de paraje, pero, acostumbrados a ellos, no se cuidaban de tamañas pequeñeces. ¿Qué les importaba? Lo urgente era llegar pronto y ventear la frescura de las ondas. Acaminadas las reses, en medio de la rojiza cerrazón de la atmósfera que quemaba, algunas se tendieron en el suelo, negándose a avanzar, fatigoso el resuello, los huesos como atenazados y doloridos.

Los cabreros marchaban atentos al andar de sus rebaños.

Sólo cho Am, con ojo avizor, exploraba en torno de la ruta que seguían.

No vio nada.

XIII

HALLAZGO

Quedóse parado Casi mirando. Después, señalando con el brazo extendido a sus compañeros, dijo:

—¡Carriso! ¿Véis?

—¿Qué?...

—Allá...

Efectivamente, a lo lejos, unos cuervos batían las alas a ras de tierra. En rápidos zigzag descendían, posábanse unos instantes y luego, reanudando el vuelo, graves y siniestros remontábanse, manchando la azulina diafanidad del cielo, que tras aquellos días anteriores de tormenta y de *sur*, había recobrado sus claras transparencias.

—Algún perro muerto.

—Puede que una res desriscada. Si la cogió el brisote...

—Sí; ¡carniza tienen!

Sólo cho Am callóse. Soleta ya había salido con el rebaño y tras él fuese poco después Chano, pastoreando el suyo.

La charla sosteníase entre Casi, Gorgojo y el viejo, que ya se aprestaban a partir también.

—¿Vamos? —preguntó Casi.

—Atrasito iré —contestó cho Am.

—¿Aspérolo yo? —indicó Gorgojo.

—No; hoy tiro para el cortijo —replicóle el viejo—. Y además, he de marcar.

—Pues, entonces...

Agarró la cayada, y puso en marcha su ganado el mozalbete. En seguida Casi animó el suyo con el grito extraño de marcha.

—¡Gui! ¡gui!... ¡Tumba acá, *Prieta*!

Y a la cabra rebelde le plantó en el anca una piedra.

Antes de que se marcharan los dos compañeros, cho Am, testimoniando su dicho, desenvainó el cuchillo y agarrando una de las cabras por el cuerno le hizo varios tajos en la oreja, que al instante comenzó a sangrar, manchando, en las sacudidas de la cabeza, el pelambre de la res.

—¡Quita, *Bardina*!

Como esta otra cabra, que cogió después, lograra desasirse, cho Am echóle mano a una pata derribándola en tierra. También la marcó con el cuchillo con otra incisión en la oreja. Como era más arisca, al revolverse ella misma hizo que el tajo fuese más grande, y colgantes quedaron aquellos dos tirajos sanguinolentos.

Y paró. Cuando ya iban distantes los compañeros puso en movimiento su rebaño, dirigiéndose hacia el sitio donde los cuervos revolaban a flor de tierra. Llevaba dentro un presentimiento. Hubiese querido andar de prisa y llegar pronto para saciar de una vez aquella ansiedad que le espoleaba sin tregua.

Pero el ganado, por más que trataba de animarlo en la marcha, gritándole con voces de coraje y azuzándole el perro, no salía de aquel paso menudo y perezoso que, en momentos tales, resultaba desesperante.

Después, a mitad de trayecto, viose obligado a hacer un alto. Atravesaba la llanura un camello con una carga de aulagas para las caleras del pueblo, y no era cosa de enredarse en conversación con el camellero. No bien hubo pasado reanudó la marcha, y las *cantijas* que oyó más adelante le hicieron de nuevo desviar la ruta. Estaban por allí las leñadoras y no quería que lo vieran.

Al fin iba acercándose. Todavía los cuervos revolaban por allí, pero al aproximarse más huyeron graznando despavoridos, azotando con las alas el aire para ir a perderse, arriba, tras los picachos de la alta cumbre frontera. Cerca, a unas cuantas brazas, pasaba, blanco y polvoriento, al pie del risco basáltico, el camino de la Poceta. No era día de faena; además, no era hora de ida ni de regreso, y por tanto no era de esperar el paso de las lavanderas. Muy raro sería también que pasara alguien del cortijo de Famara.

Paró en firme, y como si su actitud, sin mediar voces, se hubiese comunicado al rebaño, éste hizo alto uniformemente al mismo tiempo. Aguzó cho Am la mirada, como si, aun convencido, todavía dudara de la realidad que alcanzaban a ver sus ojos. A poca distancia, sobre la blanquizca tosca, había un bulto informe, como un cuerpo de mujer, hinchado, putrefacto, monstruoso, y la tela del vestido movíase levemente al soplo cálido del viento, débil en aquellas horas de sol.

No se había engañado. Aquella corazonada que tuvo, sus presentimientos de siempre, encontrábanse ahora confirmados plenamente. Allí estaba ella.

Desde acá no le veía el rostro; mejor dicho, no detallaba la fisonomía en aquel montón de carne, que la tierra había llagado, hinchándola, y donde los cuervos picotearon hambrientos.

Sin duda las arenas, que, en montón, la cubrían, quizás formando un alto médano, habían soltado su presa bajo el azote del viento huracanado que las empujara lejos.

No era tan implacable en esta ocasión que, sellando un secreto, ocultara la mísera historia de una vida acabada con tan trágico fin. Ahora, arrepentida de sus silencios, queriendo denunciar la crueldad de los hombres, abría su seno misericordioso mostrando aquella repugnante carroña, despojo inútil, para que la inflexible justicia se cumpliera.

Quizás algo de esto, con más tosca ideación y menos imágenes, cavilara cho Am, inmóvil, silencioso, un tanto conmovido.

Tras largo rato de indecisión intentó avanzar. Como si temiera ser sorprendido en un delito, violando una sagrada sepultura, miró en torno con ánimo inquieto y ojo escrutador. Nada alcanzaba a ver en los aledaños del paraje desierto. Lejanas sonaban las *cantijas* de las leñadoras y de mucha mayor distancia venía, a lo largo de la llanura, el eco del bramar colérico de los mares batiendo la costa.

Con callado andar acercóse, como si temiera despertar a la muerta. Un terror supersticioso le sobrecogía, ¡a él con ánimos de tanto temple!

Calentándose al sol, sobre una piedra, vio un lagarto, enorme y verdinegro, y su piel viscosa rebrillaba a la luz cenital. Los ojos del animal, vivos y llameantes, fijábanse tenaces en el cuerpo informe de la muerta. Parecía el lagarto hacer compañía, velándolo a la vez, al cadáver, inmóvil y vigilante. Ni aun al oír pasos huyó... Cho Am acercóse más para reconocer la muerta. Era Camila. Mal se distinguían ya las facciones en aquel rostro informe y los pingajos de su traje descolorido que comenzaba a podrirse velaban pudorosos el cuerpo rígido y allá en los pies, como garras amenazando, mostrábanse negras, afiladas, las uñas crecidas...

Vencidos los primeros sobresaltos el viejo púsose a mirar detenidamente. No había en aquel cuerpo señales de muerte a punta de arma blanca. Caían por tierra todas sus sospechas.

No era una víctima de la bestialidad de los hombres; Chano no...

Así pensaba, fijándose en que no había señales de herida alguna en aquel cuerpo. Unos coágulos de sangre reseca asomaban a flor de labio. Era lo único que señalaba violencia. La presión del camello al aplastar el costillaje había determinado los borbotones de sangre y aquellas manchas negruzcas del cuello eran el rastro de las dentelladas carniceras.

—¡Los juicios!... ¡los juicios! —clamaba monologueando cho Am, asustado de sus propios pensamientos temerarios de antes.

Con ojos piadosos contempló el cadáver largo tiempo. Allí esperaría hasta que pasara gente, dándole aviso del fúnebre hallazgo.

Al fijarse en una de las manos cerradas de la muerta alcanzó a ver en ella, saliendo por entre las junturas de los dedos, unas hilachas de tela. Fijóse más, y aquellos colores del trapo hiciéronle de pronto estremecerse. Trató de cogerlo. La mano resistíase a soltarlo, como si fuera una presa; era la punta de un pañuelo.

Cho Am miró al cielo.

—¡Dios!... ¡Al fin!...

Y calló, como si también hubiese muerto.

XIV

LA ENTREVISTA

A nadie dijo una palabra cho Am. El secreto de su hallazgo quería guardarlo a todo trance.

Retiróse con el ganado, y allí dejó el cadáver de Camila al descubierto. Malo sería que alguien pasara por el camino y no lo alcanzara a ver. Estuvo durante la tarde a la expectativa, situado a corta distancia, mientras el rebaño, indiferente a las hondas tragedias de los hombres, mordisqueaba las hierbas raquíticas que de milagro parecían nacer en aquellos parajes. Al atardecer ya sintió las voces y los silbos de los pastores, el son de las esquilas de las cabras y el ladrido de los perros, anunciando que retornaban a descansar en la majada. Era hora de volver. Indicaban los rebaños su paso levantando nubes de polvo que enturbiaban la azulina diafanidad del cielo.

También cho Am puso en movimiento el suyo, con intento de llegar pronto a la majada. Antes ató una de las reses al tronco de una robusta aulaga. Tentó a ver si las raíces del arbusto cederían al tirón del animal, desesperado al verse solo. No, no había cuidado.

Llegó a tiempo que los compañeros también llegaban. Aún no obscurecía. Una dulce claridad de ocaso, con suaves resplandores rojizos que teñían los confines lejanos sobre el mar, encendía el aire, perezoso, sobre la llanura; y en las

cresterías de las montañas la luz última del sol ponía colores de violeta, que poco a poco iban desvaneciéndose, hasta borrarse.

Por fin llegó la noche. Cayeron las sombras invadiendo el llano.

Cenaron los cabreros. Cho Am mostróse jovial, y para animar la tertulia, contó un cuento más; la historia de aquellos *guanches*, primitivos pobladores de la isla, que se refugiaron en la cueva de Zonzamas.

Después, cada cual, antes de dormir, fuese a dar una vuelta a sus respectivos ganados.

—¡Diantre! —exclamó el viejo— ¡Pues no me falta la *Regalada*!

—Se habrá rezagao...

—No sé cómo se me distrajo... ¡Y dir ahora!

—Mañana. No se pierde.

—¡Diantre, no! ¿Y si algún perro carnicero me la trinca? ¡Cuidado con ello!...

—Sí; mejor es buscarla.

Lanzóse al llano el viejo. Era lo que quería. Por más que algunos compañeros, y sobre todo su hijo, quisieron acompañarlo, él negóse en redondo. ¡Qué tontería! ¿Acaso tenía miedo?

Cuando se vio solo, a alguna distancia de la majada, apagó el cigarro, para que por el resplandor de la lumbre no conocieran los compañeros la dirección que tomaba. Orientóse y echó a andar hacia el camino de la Poceta. Marchaba a saltos, deseoso de llegar al instante. Estuvo luego unos minutos indeciso sin poder dar con el cadáver, y le entraron sobresaltos. ¿Se lo habrán llevado? No era posible. Hasta que obscureció, a nadie había visto pasar por aquellos lugares. Ya oscurecido, era difícil que nadie

le viese, pues estaba a unas cuantas brazas del camino. Pero, tal vez el hedor de la carne muerta...

Dio con él a la postre, cavó en la tierra con su cuchillo, abriendo un hoyo. Asustábase del ruido del acero arañando aquella arenisca amasada. Además, sin herramienta el trabajo era penoso y largo. El ahínco en la labor suplió todas las deficiencias. Abierto el hueco, colocó en él el cuerpo putrefacto, que entre sus brazos se doblaba. Miróse después la camisuela, por si le había quedado alguna mancha. No; en ella no se denunciaba ningún rastro.

Luego, antes de echar la removida tierra, besó un puñado:

—Cho Am jura que hará justicia.

Y cubrió el hoyo, apisonando después la tierra. Ya el viento, rodando las arenas, se cuidaría de borrar toda huella.

Ahora sí que el secreto estaba enterrado para siempre. No había peligro de que el cadáver de Camila volviese a quedar otra vez al descubierto.

Recogió la cabra, y tornó, preocupado, cavilando planes de justicia, a la majada. Cuando llegó, todos estaban durmiendo.

—Soleta, que se despabiló, interrogóle:

—¿Hallóla, pae?

—Sí, la hallé; dígote que la hallé...

Nada más hablaron. El viejo tumbóse también para dormir. No pudo. Allá dentro atenazábanle mil ideas distintas. Boca arriba, los ojos muy abiertos, miraba parpadear tranquilas en un cielo claro las blancas estrellas. ¡Cuántas!

Conmovíale hasta lo más hondo de las entrañas, ¡cosa rara! en aquella noche, el balido lastimero, como llanto de un niño sin madre, de un cabritillo. Así, sin dormir, vio que

el último lucero, lejano y misterioso, al anunciarse la mañana también se despedía como un fraternal amigo, melancólico, lagrimeando su pálida luz...

Cuando iba ya a romper el día, fue él quien despertó a los compañeros.

—¡Arría!... ¡Jadarios!

Estaba de broma. Los cabreros no le habían visto nunca tan de buen humor como entonces. Apercibidos los rebaños, cada cual tomó su dirección acostumbrada.

—Tumba hoy pa Maramajo —dijo cho Am a su hijo.

—No hay pasto —replicó Soleta.

—Que vayas, digo. P'allá voy también. Iremos juntos.

Anduvieron juntos padre e hijo largo trecho, par a par los rebaños. Iban silenciosos.

De pronto cho Am paróse, y con movimiento rápido de la mano desanudó el pañuelo del cuello a Soleta.

—¡Condenao! ¿Te has roío la punta?

—Se me ha rompío en un tirón.

Encendiéronsele los ojos al viejo, llameando vivos; todo su cuerpo tembló con una vibración de cólera suprema, mientras su mano, sin acertar, buscaba el bolsillo de la camisuela.

—Mira, ¿será éste?

Y le mostró un pedazo de tela de los mismos colores que tenía el que llevaba puesto el muchacho. Quedóse inmóvil éste, pálido, como muerto.

—Es... ¿Lo sabe, pae? —pudo decir al cabo de unos instantes, trémulo, tartamudeando, bajo el mirar fiero de aquellos ojos que parecían apuñalarlo.

Contó, después, como pudo, Soleta la historia de aquella muerte trágica de Camila. Fue una tentación primero; luego una desgracia. Estaba él pastoreando el ganado cuando vio venir por el camino a la lavandera. Iba sola. De pronto sintió la idea tenaz de asaltarla. Fue una locura, un golpe de la sangre que lo empujó, escondiéndose tras las matas unas veces, y de los médanos otras, hasta el camino. Abalanzóse sobre ella, que se defendió en lucha a brazo partido, mientras la niña lloraba. Al sujetarla por el cuello, bajo la brutal presión de los dedos, vio con espanto que ella abría desmesuradamente los ojos, y por la boca arrojaba sangre, en tanto que las manos agitaban, con estremecimientos desesperados, el aire. Tuvo entonces miedo y la soltó, viendo que caía desplomada en tierra, sin un grito, callada, respirando con esfuerzo estertoroso. Y a poco, muerta.

Huyó, pero la niña, como petrificada por el terror, lloraba. El pollino siguió impasible el camino, porteando la carga.

Pensó en enterrar el cadáver. Puso el oído a ver si todavía respiraba. Nada. Abrió con las manos rápidamente un hoyo en la arena y enterró a la muerta. Si al pronto no la descubrían, había tiempo para hacer otra sepultura más honda.

Ya con las semanas transcurridas, creía que no era necesaria.

Cho Am escuchó a su hijo en silencio, sin dejar de mirarlo con aquellos ojos encendidos de cólera exaltada.

Y cortó la conversación, diciendo tranquilo:

—¡Bueno! Dentro de unos días nos vamos.

XV

DE CAMINO

Después de cenar en el corro de los pastores cho Am, de pronto, díjoles:

—Nos vamos.

Quedáronse sorprendidos los cabreros. Aquel viaje inesperado llenólos de confusión. ¿Adónde iban ahora con el rebaño?

Cho Am explicóles el motivo de la repentina marcha con su hijo. Con aire jovial contó sus propósitos, ha tiempo madurados. Era ya llegada la hora de casar a Soleta.

—¿Contra quién? —preguntáronle—. Nadie sabía de los enamoramientos del muchacho.

—Es cosa mía y de mi comadre Tomasa. Dende largo tenemos apalabrado el casorio de los chicos. Gilda es ya una mujer de trabajo y es un buen apaño.

Celebraron al suerte de Soleta los cabreros. Conocían bien a Tomasa, la de Sóo, con buenos puños para el trabajo y su poco de hacienda, unos *fisquitos* de terreno que daban buena cosecha de moniatos y sandías, tras granar unas cuantas fanegas de centeno. Casa también tenía, amén de camello para la labranza y el acarreo.

Había enviudado unos cuantos meses atrás y necesitaba un hombre al frente del laboreo y de los cuatro tirajos que eran de su disfrute y pertenencia. Gilda era buena moza, cercana ya a los veinte, y aceptaba el marido en promesa.

Cierto que los chicos no se habían tratado, pero los padres habían tratado por ellos. Verdad era también que Soleta tenía que dejar la guarda de ganado para meterse al oficio de labrador y a la par de camellero. Bien pronto se avendría. Acercar a los muchachos, motivaba la marcha hacia las cercanías de Sóo. Pastorearían en los aledaños del lugarejo, y los domingos podrían avistarse los novios para el *moceo*, ya que tan próximas estaban las bodas comprometidas y era urgente que Soleta se fuera haciendo cargo, al cambiar de vida, saltando de cabrero a labrador, de sus nuevos menesteres, del estado de la hacienda que la mujer aportaba, y al mismo tiempo, *cogiendo gusto* al trabajo de las tierras que en adelante había de ocuparlo.

Decidieron la partida para dentro de una semana. Transcurrían los días, largos y tristes para Soleta, lleno de medrosas incertidumbres. El silencio hosco en que había caído su padre, llevábale al ánimo una impresión de temor angustioso. ¿Qué cavilaba el viejo? Con los demás mostrábase cho Am alegre, conversador. Nunca se le había conocido tan abierto de carácter, ni con tan locuaz regocijo. A solas, sorprendiéronlo algunos de los cabreros pensativo y hasta, así por lo menos lo parecía, lloroso. ¡Ya! Era para entristecer la cosa. Iba a perder el viejo la compañía del muchacho, después de tan largos años juntos, corriendo el llano tras de las retozonas reses de su rebaño. Se casaba el chico, y ¡rancho aparte!

Soleta no se explicaba aquello de la boda. Nunca le había dicho su padre ni una palabra acerca de sus proyectos. Casi no conocía él a Gilda. En fin...

La noche antes de la partida, noche de claridad lunar en el cielo, que se extendía también por todo el llano, blanco en su inmensidad de páramo, se prolongó bastante la velada.

Por entonces serían las últimas horas de charla íntima, en corro, al socaire de la choza donde tantas se habían vivido en estrecha confianza, como una tribu patriarcal, solitaria, errante, en aquel arenal desierto que tanto amaban. Para cenar, con honores de fiesta, se mató una res y su sangre aún fresca chisporroteó sobre las ascuas. No era aún de día cuando ya estaban en pie los cabreros.

Casi agonizante, en la lejanía del horizonte, sobre el mar, parpadeaba humilde el lucerillo del alba. Despabilaron los hatos, a silbos, acuciando los canes. El ladrido de éstos, en la paz de la mañana, resonaba estridente a lo largo de la llanura en soledad. Se despidieron.

—¡A más ver!

—¡Que recalen por acá!

—Por la boda, ya saben, los aguardo.

—Adiós, cho Am.

Los rebaños se pusieron en marcha. Cho Am, pastoreando el suyo, encaminó las reses por la vereda, levemente indicada, que llevaba a Sóo. Entre nubes de polvo bien pronto se perdieron de vista los cabreros, marchando en distintas direcciones.

A la vera de su padre, silencioso, los ojos en el suelo, apoyándose en el recio garrote, iba Soleta. Cho Am escudriñaba la lejanía, a través de aquella tierra áspera y salvaje, y de vez en cuando miraba al cielo, alegre como nunca con radiosa claridad del día, y hubo un momento en que sus ojos, que seguían mirando a lo alto, se aguaron, no se sabe si heridos por la luz o ante la visión de aquellas dos palomas salvajes extraviadas, juntas, agitando al compás las alas, solitarias en el azul infinito, que parecían peregrinar también por el cielo como ellos erraban por la tierra.

Con disimulo cho Am secóse los ojos con la manga de su recia camisola de lienzo. Miró a lo lejos, y vio completamente

desierto el llano. Ya los compañeros habían desaparecido. Cobró ánimos, reanudando la jornada. Marchaban padre e hijo juntos, callados.

De pronto, cho Am preguntó:

—¿Recuerdas la historia de Abraham?

—Sí, pae.

Hubo una pausa. Soleta tembló con miedo de que nuevamente su padre lo interrogara. Ladró el perro, lanzándose a la carrera tras un pobre pajarillo, que, asustado por el rebaño, había levantado vuelo, alejándose torpemente a ras de tierra, tropezando en las matas salvajes.

—Pues bien —comenzó cho Am—, sabe que Abraham fue un patriarca de hace muchos años, según cuentan libros muy viejos... ¡Jurria acá, morisca!... —y tiró una piedra a la res descarriada—, y Abraham tenía un hijo, a quien llamaron Isaac. El patriarca estaba en la gracia de Dios nuestro señor y en el respeto de la gente de la tribu santa de Israel...

—¡Pae! —interrumpía con voz sorda, tremante de angustia, Soleta, ahora andando a la zaga de su padre, como lebrel humilde rastreando a su amo.

El perro, a distancia, aullaba ahora como llamándolos. Sus dientes despedazaban, mordiéndolo, el cuerpo del pajarillo, que al aletear, ya moribundo, esparcía sus oscuras plumas al aire.

—¡Acude, verdino! —gritó corajiento cho Am.

El perro soltó la presa y tornó a flanquear el rebaño. Tras un breve silencio, el viejo continuó:

—Quiso un día el Padre Eterno probar las virtudes del patriarca. Y le envió un ángel mandándole sacrificar a su hijo, ¡el hijo único de sus entrañas!... ¿Sabes?...

Y la voz zaguera de Soleta imploró de nuevo:

—¡Pae!...

Pasaban entonces junto a unas aulagas, cuyas flores amarillas semejaban flores de muerto. Cabe el sombrajo del arbusto silvestre, herido, con el pico en tierra, el pajarillo estaba inmóvil, ensangrentado. Tenía aún las alas abiertas, como si todavía intentara volar.

—...Era llegada la hora tremenda —reanudó cho Am—. Por encima del cariño de padre, el más grande del mundo, según dicen, está la ley de Dios... ¿Sabes?

Como un quejido, a la dura interrogación paterna, contestaba la voz de súplica:

—¡Pae!...

—Sí; por encima de todo está la ley de Dios...

Y siguieron andando por aquella vereda borrosa y sin fin. La arena, caldeada, resplandecía al sol. Todo el llano, color de oro, era una fiesta de luz. Distante, el mar vestía su azul más puro, y en la calma matinal había acallado su ronca voz de cóleras trágicas, y era su murmurio lejano, en la playa, como un arrullo de madre ante la cuna. Las reses marchaban lentas, sonando las esquilas en la placidez del aire en calma.

La jornada era larga. Cho Am calló meditabundo, quizás apesadumbrado. Su silencio parecía revelar una tristeza honda.

Detrás, Soleta iba sosteniéndose en su garrote de pastor, repitiendo de vez en cuando en la soledad del camino, al parecer sin término, su grito angustioso de súplica:

—¡Pae!...

XVI

FIN DE JORNADA

Llegaron a orillas del mar. Era un paraje desierto. En la arena no se divisaba rastro de pisada humana. Quizás en largo tiempo por allí no había pasado nadie, ni siquiera una res extraviada. Sobre la playa había un cesto podrido. Quizás perteneciera a un pobre pescador que en aquellas aguas halló muerte ignorada; tal vez sería resto de un naufragio que las olas escupieron a la tierra.

Entre las dos restingas de lava volcánica que avanzaba en el mar, la charca se ofrecía mansa, soleada. Enfrente, la inmensidad desierta de los mares; detrás, el llano inmenso, siempre solitario.

—Ya llegamos —dijo cho Am y silbó para que el ganado hiciera también alto.

Grave, desenvainó su cuchillo, aquella arma blanca, reluciente, con que desollaba las reses y acometía a los mastines carniceros degollándolos.

Después, en una laja comenzó a afilarlo, siempre mudo, siempre grave.

Soleta, temeroso y espantado, miraba aquellos trágicos preparativos de sacrificio que presentía, con ánimo acobardado. Ásperamente, con sonido escalofriante, rozaba el acero la piedra, movido por la mano recia de cho Am.

Por no ver el blanco repulsivo del arma, que le hacía temblar las carnes y flaquear las piernas, Soleta cerró los ojos, y en aquel gran silencio del paraje desierto, el ruido del arma, aun cerrados inútilmente los ojos, le infundía un pánico insuperable.

Instintivamente dobló la rodilla sobre la húmeda arena, implorando:

—¡Pae!...

—Aguarda...

Terminó la trágica faena cho Am. El arma estaba limpia, cortante. Estaba a punto para tajar la mano maldita.

—Prepárate...

Buscó con la vista el viejo un peñasco que sirviera de ara.

—¡El Credo!... —murmuró con voz sorda.

Soleta permaneció inmóvil y callado. De nuevo insistió cho Am:

—¡El Credo!

—No sé... no...

—Repite...

Su voz enronqueció. Lentas, sordas, iban saliendo sus palabras.

—Creo en Dios Padre...

Y el muchacho sollozando repetía:

—Creo en Dios...

De ven en cuando, Soleta interrumpía el rezo, suplicante:
—¡Pae!...

Acabaron el rezo. Cho Am encaminóse hacia el peñasco. Tras él, sumiso, casi sin ánimos, marchó su hijo.

—Dios nos perdone —dijo el viejo—. Es llegada la hora...

En su mano brillaba la hoja del cuchillo empuñado.

—¡La bendición, pae!

Inclinó Soleta la cabeza, para besar la mano del padre en aquel instante supremo de perdones. Al avanzar la mano, viose que temblaba, y que se abría para que Soleta la besara. El cuchillo cayó, hundiéndose la hoja en la arena removida, como arma clavada.

El muchacho llevó los brazos al cuello de cho Am. Éste intentó desasirse, pero los brazos se agarraron tenaces. Fue como un sollozo lo que se oyó al principio; después, en un abrazo largo, rumor de lloros, que se confundían, rompió el silencio de la playa solitaria y de las aguas en reposo.

El viejo también, poco a poco, sin darse cuenta, fue llevando sus brazos al cuello del muchacho.

—¡Pae!... —decía.

—Sí —hipaba el viejo—. ¡No soy el otro!... ¡soy cho Am!... ¡tu padre!

Y el agua en la orilla pareció que en su murmurio también lloraba.

IV. CARIÑO ETERNO

¡Pobre vieja! Me llamaba su niño. Yo tendría entonces seis años; estaba en la edad de las alegrías infantiles, que tan pronto se van, y no vuelven. No aseguro si había servido en mi casa; solamente recuerdo que me estrujaba, estrechándome entre sus brazos secos, y que siempre me tuvo un cariño inmenso.

Cuando salía de la escuela, siempre iba a verla. Mientras ella sentada en la silla de nogal, a la puerta de su casa, con su traje negro y sus cabellos blancos hilaba los copos de lino con una actividad incansable, yo revolvía por el patio, husmeando con curiosidad inocente entre aquellos tiestos de albahaca que llenaban de perfumes el aire; cortaba las flores de la madreselva, que trepaba por las grietas de la vieja pared, o me entretenía en azuzar al gato que dormitaba sobre las cenizas del apagado hogar en la cocina sin techo.

Los primeros frutos de la higuera que abría en el huertecillo sus brazos escuálidos eran para mí, yo sólo los saboreaba, y ella me miraba regocijada comerlos, con delectación, como si fuese mi madre. Y cuando la vid que sombreaba la entrada de la casa dejaba colgar los frescos racimos, y la uva se doraba, como la mies al sol, yo los desgranaba, picando como pájaro hambriento. ¡Con qué alegría me miraba corretear entre las plantas, niño inquieto, como una mariposa enamorada! Algunas veces creí verla llorar. Sin duda pensaba que yo algún día sería hombre, la travesura infantil se convertiría en seriedad hinchada, mi cariño hacia

ella desaparecería con las primeras aventuras de la juventud, otras mujeres y otros afectos le robarían el mío, y ella, la pobre vieja, olvidada y miserable, ya no podría llamarme *su niño.*

* * *

Algunos años después me alejé del pueblo. La tarde antes de la marcha fui a despedirme de la pobre vieja. Estaba como siempre, con el vestido negro y los cabellos blancos, hilando a la puerta, bajo el parral ya seco, cuyas hojas caían y volaban por la tierra con rumor melancólico de almas muertas.

No sé lo que dije, ni qué hablamos. Sé que lloró, que al traspasar yo la portada del ancho patio volví la vista atrás para despedirme de todo aquello, cuna y nido de mi niñez, y vi la higuera amarillenta, rígida, triste, como si también me despidiera, las madreselvas sin flores, la cocina sin techo, el gato roncando sobre las frías cenizas, y la vieja, la infeliz mujer, restregándose los ojos, donde las lágrimas se agolpaban ruidosamente.

La vi y me llené de tristeza. Ella se quedaba sola, pensando quizás que volverían las flores y en los tiestos se secarían; que las uvas habrían de podrirse en los pámpanos, sin que nadie las hurtara y que ella, vieja, enferma, huérfana en el mundo, no había de volverme a ver. Y allí la dejé, sentada en la silla de nogal, hilando, quizás esperando mi retorno, tal vez aguardando la muerte.

* * *

Regresé. Ya era hombre. Mis sentimientos habían cambiado, y sobre el labio sombreaba el bozo. Era domingo, y a la puerta de la iglesia esperábamos ver salir en tropel de la misa de alba, al rayar la mañana fresca con reflejos suaves de una luz indecisa, las muchachas relampagueándoles los ojos negros bajo los pliegues airosos de la clásica mantilla.

Y allí cerca, una mendiga extendía su mano flaca implorando una limosna. Noté que me miraba; mas al fijar mis ojos en ella volvía el rostro como huyendo mi mirada.

Terminó el desfile. Volvíamos los muchachos bromeando y, al pasar junto a la mendiga, por más que envolvió precipitadamente el rostro bajo el mugriento pañolón, reconocíla al punto. Era la pobre vieja. En aquel momento más que eso: mi niñez, mis alegrías, todo lo que había amado. Abrí mis brazos y la abracé estrechamente. Oí entonces sollozos roncos, creo que mis ojos se humedecieron, y hasta, débilmente, como un grito de agonía ahogado, a mis oídos llegó aquella voz dulcísima de la infancia: *¡mi niño!*

V. ALGUNAS VOCES CANARIAS INCLUIDAS EN "LA LAPA" Y EN "EL JUSTICIA DEL LLANO"

ALGUNAS VOCES CANARIAS INCLUIDAS EN "LA LAPA" Y EN "EL JUSTICIA DEL LLANO"

ACOMODARSE.—Se dice de la chica que entra a trabajar en el servicio doméstico.

AJOGAS.—Ahogas.

AJOTO.—Palabra expresada como interjección de extrañeza: ¡Cómo!

AJULIAR.—Espantar, ahuyentar con voces o manotazos a personas y animales o a las moscas.

ALANTRE o ALANTRITO.—Delante.

ALLEGAR.—Llegar.

ANDORIÑA.—Golondrina.

ARRANCAR LA PENCA.—Marcharse.

ARRECULAR.—Cejar, retroceder. Por extensión acercar, aproximar.

ARREJALARSE.—Arrimarse, aproximarse.

ARREMPUJAR.—Empujar, seguir, aguantar.

ARRÍA.—Arriba.

ASPERA.—Espera.

ASPERARVOS.—Esperaos.

ASTORA.—Hasta ahora.

ATRASITO.—Detrás.

BAIFO.—Cabrito.

BALDE.—Cubo.

BEBEDEROS.—Abrevaderos.

BERNEGAL.—Tinaja que recibe el agua que destila el filtro.
BLANDIARSE.—Ejercitarse (los deportistas).
BOCINEGRO/BOSINEGRO.—Especie de besugo.
BRISOTE.—Viento fuerte racheado.

CABOSO.—Pez pequeño que se encuentra en los charcos de la costa.
CÁIDA.—Caída.
CAJETA.—(Intencionalmente) Pieza, ejemplar.
CALERA.—Horno de cal.
CALLAOS.—Guijarros.
CANTÍAS/CANTIJAS.—Despectivo de cantos.
CAÑIZO.—Utensilio casero hecho con cañas gruesas en forma de caja que se emplea en muchos hogares campesinos para guardar algunos alimentos.
CAPIADORA.—Tosco instrumento musical hecho de cañutos de distinto tamaño y grosor, fuertemente atados con fibras de pita.
CARRISO.—Eufemismo de «carajo».
CAZÓN.—Pez selacio del orden de los escuálidos.
COGÍAS.—Cogidas.
COMAE.—Comadre.
CONDUTO.—Alimento complementario de la comida normal, sobre todo el queso, las cebollas y las aceitunas, que se toman al tiempo del potaje o del gofio.
CONFISCADO.—Maldito, condenado. (Se emplea para renegar de todo aquel que se conduce mal).
CONVERSA.—Conversación.
CORAJIENTO/CORAJIENTA.—Que tiene coraje, corajudo.
CORRIQUEAR.—Corretear.
COSTERO.—Pescador que suele trabajar en los bancos de la costa sahariana cerca de las islas.
CUADRIL (Al).—A la cadera.
CUDIAR.—Cuidar.
CUENTERA.—Chismosa.
CUIDO (Al).—Al cuidado.

CHERNE.—Pez abundante en los bancos de la ribera africana cercana a las islas.

CHÍCHAROS.—Grano muy cosechado en Lanzarote, de la familia de los guisantes y de los garbanzos.

CHINCHARSE.—Fastidiarse, molestarse.

CHIRRINQUIANDO.—Chirriando, produciendo un ruido desagradable con algo.

CHO.—Vulgarismo muy usado en todos los medios populares de las Islas Canarias. Equivale a «señor».

CHOLOMBRE.—Palabra usada para llamar a un desconocido. En Canarias se usa con más frecuencia «cristiano».

DÁCALA.—Dámela acá.

DIR.—Ir.

DISGRACIA.—Desgracia.

ECHAR LA VEJIGA.—El camello en la época de celo suele echar por la boca un órgano rojizo, en forma de vejiga.

EMPALIDECER.—Palidecer.

EMPRESTAR.—Prestar.

ENRALO.—Liviandad, enamoramiscamiento.

ENTRIPAMOS.—Empapamos.

ESGORRIFAO.—Desborrifado, estropeado.

ESLOMO.—Deslomo, quebranto los lomos.

ESMIRRIADO.—Desmirriado, flaco, extenuado.

ESMORECÍO.—Desmorecido, desfallecido, sin aliento.

FARRAMALLAS.—Charla artificiosa, liviandad.

FELECONA.—Fragilona, bobalicona.

FISQUITOS.—Trozos pequeños.

FISTE.—Fuiste.

FOLÍA.—Canción canaria.

FUTRO.—Expresión popular equivalente a «mecachis».

GALIBARDO.—Hombre desgarbado, despreciable, inútil para el trabajo.

GÁNIGO.—Tosco cuenco de barro.

GAVIAS.—Hoya o zanja para plantar árboles, terrenos para plantar.

GOFIO.—Harina de maíz, trigo, cebada o garbanzos previamente tostados.

GÜELVES.—Vuelves.

GÜIROS.—Deslices, sobre todo deslices amorosos.

INDINA.—Indigna (empleado a veces con un sentido cariñoso).

INJALLA.—Manada o abundancia de personas.

JABLE.—Arenal.

JADARIOS.—Holgazanes.

JADASIO (De).—Sin hacer nada, sin dar golpe.

JALIO.—Hambre.

JAREA.—Véase JAREAR.

JAREAR.—Secar al sol y al aire el pescado, una vez abierto y lavado.

JARTÓN.—Hartazgo.

JELES.—Heles (Helos ahí, mirad).

JIMIERA.—Monifata, atontada.

JINOJO.—Hinojo. En el texto de «La lapa», desdichado, desgraciado.

JOCICO.—Hocico, cara.

JURRIA.—Véase JURRIAR.

JURRIAR.—Arrear, caminar de prisa.

JUYE.—Huye.

LANTRITO.—Véase ALANTRE.

LEJÍO.—Ejido, campo común a todos los vecinos de un pueblo.

MACHONA.—Marimacho.

MAJALULO.—Camello joven.

MALAGORA.—Mal agorero.

MALENCIA.—Mal.

MARE.—Madre.

MARGULLO.—Zambullida.

MASILLO.—Tomasillo (diminutivo de Tomás).

MATACANA.—Burra vieja.

MENJAMÍN.—Benjamín.

MOCEO/MOSEO.—Acción de mocear; en Canarias, enamoramiento.

MOCEAR/MOCIAR.—Ejecutar acciones propias de gente moza. Enamorar.
MONIATOS.—Boniatos.
MUSULUSTRE.—Extranjero.

NADA MÁS QUE.—Solamente.
NAIDE.—Nadie.

ÓNDE.—Donde.
ORCHILLA.—Planta rupestre, líquen tintóreo.

PA.—Para.
PAE.—Padre.
PAECE.—Parece.
PAJEROS.—Pajares.
PAL.—Para el.
PANCA (A la).—A la bartola, cómodamente.
PARDALES.—Bellaco, astuto.
PEGADO LA HEBRA.—Puesto a hablar.
PELLA.—Masa que se une y aprieta en forma redonda; cantidad o suma de dinero.
PENCA.—Hoja carnosa de ciertas plantas.
PERENGUENES/PERENQUENES/PERINQUENES.—Lagartijas.
PORCALLÓN.—Puerco, sucio.
POS.—Pues.
PROBE.—Pobre.

RASCABUCHE.—Tabaco de Virginia áspero y maloliente.
REBOSO.—Pleamar brava, marea alta.
REFATIÑA (A la).—Tumultuoso concurso de los que contienden por apoderarse de un objeto, arrebatándoselo los unos a los otros.
REFEÑEGADA.—Cascarrabias.
REVEJÍO.—Desmedrado, que no muestra el desarrollo normal.
RONÇOTE.—Sinónimo de costero. Véase esta palabra.

SARDAS.—Caballas.
SOBEJO.—Animal manso y cariñoso.
SOCO.—Socaire, abrigo.

SOLAJERO.—Persona que se pasa todo el día tirado al sol.
SOLETA.—Pieza de tela con que se remienda la planta del pie de la media. «Tomar soleta» equivale a correr, huir.
SOPLONA.—Chivata.
SORIMBA.—Miedo, vergüenza o cortedad.
SOS.—Eres.

TABLAS (Tener en las).—Estar en los huesos, estar muy delgado.
TABOBO.—Abubilla, pájaro insectívoro.
TALLERO.—Mueble en que se pone el bernegal. Véase BERNEGAL.
TANGANILLO.—Canto y baile popular canarios.
TESO.—Solar amplio; descampado; llano.
TOCANDO LA VEJIGA.—Véase ECHAR LA VEJIGA.
TOLLOS.—Tiras de cazón, en forma de látigo, que se secan colgadas al aire y al sol y que constituyen un alimento típico popular muy apreciado.
TOSCAS.—Piedras flojas que se desmoronan fácilmente.
TRABUCAR.-Volcar, hundirse.
TRÁIDO.—Traído.
TRANCA.—Cerradura, traba del molino.
TRINCAR.—Pillar, sorprender.
TROMPIADO.—Peleado.
TUCHE.—Voz que se le da al camello para que se agache, doblando las rodillas.
TUMBAR.—Derribar. En marinería, modificar el entrapado de una embarcación para conseguir un rumbo nuevo.
TUNDA.—Paliza.

UPA.—Aúpa (voz empleada para animar a levantarse).
UYISTE.—Oíste.

VENIRÁ.—Vendrá.
VERDINO.—Bardino, perro de finca y ganado muy abundante en las islas.

Ángel Guerra (José Betancort Cabrera) nace en Teguise de Lanzarote en 1874. Estudia el bachillerato en Las Palmas de Gran Canaria, en cuyos periódicos inicia su vida literaria. En 1900 se traslada a Madrid, siendo muy ruidosas y comentadas sus primeras impresiones sobre la Villa y Corte. En 1908 es nombrado redactor en París de «La Correspondencia de España», decana de la prensa madrileña, de cuyo periódico llegó a ser director en 1925. Autor de varias obras de crítica literaria y de novelas regionales de tema canario. El tiempo y la distancia y sobre todo el contacto con periodistas de primera línea mundial en París, van transformando al escritor doliente y sentimental en un pensador de temas políticos y sociales. Destaca su gran obra «Del vivir revolucionario» (1912) en la que muestra su interés por los grandes líderes de la Humanidad y su preocupación por los grandes problemas sociales.

Antonio Cabrera Perera nace en Las Palmas de Gran Canaria, Licenciado en Filología Clásica por la Universidad Central de Madrid, se doctoró en Filología Románica por la Universidad de La Laguna con la tesis «Ángel Guerra, narrador canario y crítico del Modernismo». Funcionario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, y Catedrático de Literatura de Escuelas Universitarias del Profesorado desempeña en la actualidad el cargo de Director de la Biblioteca Pública del Estado en Las Palmas. Autor de comunicaciones y ponencias en diversos

Congresos, editor de varias obras en facsímil, entre ellas «Ninfas y pastores de Henares» de B. González de Bovadilla (1978), tiene publicadas varias monografías: «Las bibliotecas en Las Palmas», «Ángel Guerra narrador canario», «Las Islas Canarias en el mundo clásico». Continúa preparando nuevas publicaciones referentes a las bibliotecas y a la Literatura canaria a las que ha dedicado su vida profesional y académica.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria:* María Rosa Alonso.
2. *Romancero Tradicional Canario:* Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología poética.*
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Afortunadas.*
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia.*
7. Fr. Andrés DE ABRÉU: *La vida de San Francisco.*
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid.*
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias.*
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador.*
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas literarias.*
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias.*
13. Benito PÉREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro.*
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos.*
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes.*
16. Ángel GUERRA: *La lapa y otros cuentos.*
17. *Ensayistas canarios:* Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra narrativa.*
19. Domingo RIVERO: *Poesías.*
20. *Poesía de la segunda mitad del siglo XIX:* María Rosa Alonso.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas.*

22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules.*

23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa).*

24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas.*

25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas.*

26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre.*

27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Campanario, Romanticismo* y *Enigma del invitado.*

28. Fernando GONZÁLEZ: *Antología poética.*

29. Agustín ESPINOSA: *Crimen y otros textos.*

30. Josefina DE LA TORRE: *Poemas de la isla.*

31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra selecta.*

32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Transparencias fugadas, Dársena con despertadores* y *Entre cuatro paredes.*

33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología poética.*

34. Pedro LEZCANO: *Paloma o herramienta.*

35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida.*

36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía.*

37. Manuel PADORNO: *El nómada sale.*

38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor.*

39. Luis FERIA: *No menor que el vacío.*

40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988.*

41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera.*

42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia.*

43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra.*

44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana.*

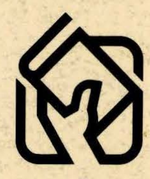
45. Rafael AROZARENA: *Caravane.*

46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad.*
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita.*
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal.*
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde.*
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos.*
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe.*
52. Nivaria TEJERA: *El barranco.*
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra.*

Se acabó de imprimir
el día 13 de julio de 1989,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

Ángel Guerra sintió un gran amor y una muy sentida pasión por su tierra canaria y por sus temas. Por eso no sólo da noticias sobre nuestra Literatura en su llegada a Madrid, sino que él mismo se convierte en escritor regionalista. Su amor a las islas le impulsa a universalizar su Literatura ya que

«quisiera recorrer todos los países... sólo por decir al mundo que no hay país como mi hermosa tierra canaria».



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socaem